

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

Estrategias de sobrevivencia en la calle

Niños callejeros en Santiago

Memoria para optar al Título de Antropólogo
con Mención en Antropología Social

Alumno : Marcelo Matthey Correa
Profesor Guía : Daniel Quiroz Larrea

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS SOCIALES
BIBLIOTECA
I. Carrera Pinto 1045
Fino: 8787737

Santiago
Noviembre de 1999

ÍNDICE

I.-	Introducción.....	1
II.-	Definiciones previas.....	3
III.-	Caracterización del niño callejero.....	6
IV.-	Algunas tipologías de menores.....	12
V.-	Estrategias de sobrevivencia en la calle.....	17
	1.- El trabajo.....	18
	2.- La alimentación, el vestido y la vivienda.....	40
	3.- Las relaciones sociales.....	44
	4.- El esparcimiento.....	55
	5.- Los vicios.....	61
VI.-	Pedro, un niño callejero.....	66
	1.- Su familia.....	67
	2.- La vida cotidiana.....	69
	3.- Su personalidad.....	69
	4.- Lo que piensa y conoce.....	71
	5.- Sus amigos.....	73
	6.- El juego.....	74
	7.- Sus vicios.....	76
	8.- El trabajo.....	77
	9.- El castigo y el encierro.....	80
VII.-	Guión argumental y video acerca de la sobrevivencia en la calle	82
VIII.-	Conclusiones.....	113
	Bibliografía.....	116

ANEXOS

ENTREVISTAS

I.- Estrategias de sobrevivencia

II.- El caso de Pedro, un niño callejero

I.- Introducción

A comienzo de los 90, se estimaba que como máximo había unos veintisiete mil niños callejeros en Santiago. Hoy esta cifra no ha variado substancialmente.

El mayor número de ellos trabaja en la calle durante el día y regresa por las noches a su casa. Un buen número está de tránsito en Hogares o Centros de Rehabilitación. Y otros permanecen en la calle, durmiendo en lugares ocultos y protegidos de la ciudad.

Pero sea cual sea el lugar en que se encuentran, tarde o temprano vuelven a la calle, porque en ella invariablemente pueden encontrar una respuesta inmediata a alguna necesidad básica insatisfecha.

Esa necesidad casi siempre es de origen económico. La gran mayoría de los niños proviene de familias extremadamente pobres, que no tienen los ingresos suficientes para satisfacer sus necesidades mínimas de alimentación o vestuario.

También es recurrente la existencia de hogares desarticulados, muy probablemente debido a los mismos problemas económicos, con padres sustitutos o ausentes, donde la violencia y el maltrato son habituales. Es así que muchos de ellos, abandonan sus hogares para evitar el castigo de sus padres.

La calle, como posibilidad de sustento económico, de independencia, de relación social y afectiva con otros niños o jóvenes, es sin duda un espacio deseable ante esta precaria realidad.

Para estar o permanecer en ella, sin embargo, el niño debe aprender estrategias de sobrevivencia. Puede recurrir al comercio ambulante, a la mendicidad o al robo, ya sea en forma permanente u ocasional. En algunos casos, el trabajo sexual también es una salida posible, sobretodo en las niñas. Sin embargo, aquí nos centraremos en la realidad de los niños hombres.

La decisión de qué hacer, sea personal o no, voluntaria o impuesta, tiene que ver antes que nada, con la inminencia de una necesidad básica que debe ser satisfecha prontamente.

Cuando el niño ya está en la calle, tiene que aprender su oficio. Sea con la propia experiencia o con el conocimiento de los que saben más. Debe alternar con otros que están allí, manteniendo relaciones de poder, de afecto, de competencia, o simplemente compartiendo un espacio común. En la calle, el niño trabaja, come, juega o pelea.

Es poco lo que se sabe sobre las estrategias de sobrevivencia del niño callejero en Chile. Pero se pueden recoger antecedentes de estudios hechos en otros países latinoamericanos.

Lo que interesa aquí es caracterizar las diferentes actividades que el niño realiza para sobrevivir en la calle, clarificando la permeabilidad de los límites que las dividen. Indagar primero sobre la existencia de una suerte de identidad entre quienes realizan lo mismo. Establecer luego la visibilidad y comunicación que existe entre actividades distintas. Para, por último, esclarecer las posibilidades de acceso a actividades diferentes a las que cada niño realiza habitualmente.

Previo a lo anterior, sin embargo, es necesario establecer como primera tarea, una tipología de niños callejeros según la visión de los mismos niños, lo que dará algunas luces sobre la existencia de relaciones preferenciales entre individuos por razones ajenas a la actividad que realizan.

Es de interés también identificar valores transversales, que abarquen muchos tipos de niños y actividades diferentes, como la solidaridad y la cooperación, que parecen ser valores compartidos y practicados por la mayoría de los niños callejeros. Es importante establecer si estas prácticas atraviesan los límites propios de cada actividad y en qué circunstancias. Si así fuera, sería posible trazar límites más amplios, con unidades mayores de individuos con ciertos rasgos de identidad común.

Por último, y dentro del marco de este mismo trabajo, se considera como etapa final, la elaboración de un guión argumental y de un video basado en él, que muestre las conclusiones más importantes del tema abordado.

A este respecto, muchos antropólogos tienen la percepción de que las producciones visuales etnográficas pueden complementar el conocimiento de un grupo de individuos, confirmando vívidamente un pensamiento preconcebido, pero no pueden en sí mismas crear un capital intelectual.

Es probable que así sea. Pero al mismo tiempo, las técnicas audiovisuales permiten mostrar mucho más que un pensamiento. Con un film es posible exponer ante un espectador ajeno todo lo que el ojo ha visto en un espacio determinado, dando cuenta precisa del contexto de la idea que se quiere transmitir. Y aunque el video documental puede cumplir en buena forma este objetivo, se ha optado por la creación de un argumento, pues es un método mejor para sintetizar resultados.

El argumento que aquí se propondrá será estructurado a partir del caso de un niño callejero de Santiago, en conjunto con elementos recogidos de experiencias de otros niños entrevistados, de manera de mostrar aspectos relevantes acerca de la sobrevivencia en la calle. Las entrevistas serán realizadas a niños trabajadores, principalmente en la calle. El texto del guión, elaborado con la ayuda de estos menores, permitirá construir una historia efectivamente representativa de sus vidas, a partir de la cuál se filmará un video, que contará con la actuación de niños de una población de Santiago.

II.- Definiciones previas

1.- La calle

La calle es el espacio público de libre acceso ubicado al interior de una ciudad. Son las vías de los automóviles, las veredas, las plazas, los parques, los pasillos de centros comerciales, los sitios eriazos, los puentes, los cerros, las riberas de los ríos, las estaciones del metro.

No es un espacio con límites fijos. Así pues, durante el día, una iglesia o un negocio de juegos de video pueden ser parte de la calle, y no serlo durante la noche, cuando cierran sus puertas. En la noche, la calle se reduce casi únicamente a espacios abiertos a la intemperie. Los lugares habitualmente atestados de individuos y vehículos en el día, quedan desiertos durante las horas destinadas al sueño en las viviendas.

La calle es un lugar de paso o un lugar de queda, según el destino del desplazamiento de las personas. Para quien va a la escuela o a la oficina, la calle es sólo una vía de paso. Para el que trabaja en ella en cambio, la calle es su destino cotidiano.

También una plaza es un lugar de queda para quienes van a jugar en ella durante algunas horas. Sin embargo, no reviste la misma importancia que tiene la calle para los grupos callejeros, pues las necesidades de recreación se encuentran en un grado de relevancia inferior en relación a las necesidades de alimentación.

Si bien, una de las propiedades de la calle es su unicidad, es al mismo tiempo un espacio vasto y conexo. Su gran amplitud ofrece una enorme cantidad de sitios con diferentes formas y funciones, en torno a los cuales se disponen los edificios y se organizan las actividades propias de la ciudad.

Es sobretodo esta diversidad de sitios lo que hace de la calle un espacio con innumerables posibilidades para sobrevivir en ella, constituyendo un fuerte polo de atracción para el niño.

2.- Los niños callejeros

Los niños callejeros son menores que diariamente obtienen ingresos en la calle para satisfacer alguna necesidad fundamental.

Según Vittachi (1986, pág. 14), existen cinco categorías de necesidades, ordenadas en orden decreciente de urgencia, cuya satisfacción es impostergable para todo individuo, pero en particular para el niño.

Primero, están las necesidades básicas de supervivencia, constituidas por el alimento y el afecto, que permiten la vida. Luego, las necesidades de protección de la vida, como el abrigo, la seguridad y la salud.

A partir de esta base primordial surge la necesidad de educación: la endoculturación, la conciencia de la propia identidad y el sentimiento de pertenencia. Y por último, las necesidades de esparcimiento y las de crecimiento personal.

Desde el niño que después de la escuela se pasea por un centro comercial pidiendo dinero y buscando entretención, hasta el que vive a la intemperie y debe obtener en la calle su sustento cotidiano, son en menor o mayor medida niños callejeros.

En relación a la edad de estos menores, ella varía entre los 4 y 16 años. El límite inferior lo define la realidad visible. Se pueden ver en la calle a niños de hasta 4 años pidiendo monedas, en compañía de algún hermano. Y el límite superior lo determina la legislación vigente, que establece que sobre los 16 años de edad, el menor es imputable, y por lo tanto, ya no se le puede considerar un niño.

Con respecto al sexo, son mayoritariamente hombres, debido a que la familia ejerce un mayor control sobre la mujer, privilegiando su trabajo en labores domésticas. Los padres consideran que la mujer está sujeta a mayores riesgos que el hombre, y que es al mismo tiempo más débil para enfrentarlos. Aún así, se ven igualmente niñas en la calle, pero casi siempre acompañadas.

3.- Estrategias de sobrevivencia

Las estrategias de sobrevivencia son los medios que el niño encuentra para explotar el hábitat urbano, de manera de satisfacer alguna de sus necesidades fundamentales. Es lo que hacen y cómo lo hacen.

Entonces, no son sólo las actividades que el niño realiza para obtener ingresos, sino también todas las otras acciones que caracterizan su particular manera de vivir. La forma en que se alimenta o juega, sus relaciones con los otros niños y adultos de la calle, sus modos de defenderse o agredir, sus formas de guarecerse en la noche, son todas ellas parte de las estrategias que el niño adopta para permanecer en este medio abierto.

Quienes recién llegan a la calle, las van aprendiendo de los que llevan más tiempo en ella. Deben incorporarlas a sus hábitos con rapidez. De lo contrario, el propio medio los forzaría a salir, o serán retirados de la calle desde fuera, probablemente por las instituciones represoras.

A los ojos de las instituciones y de la sociedad mayor, estas estrategias de sobrevivencia son siempre marginales y casi siempre infractoras, por lo que existe un

claro límite entre quienes las desarrollan y quienes no. Los niños deben aprender a enfrentar esta mirada social reprobadora y la acción persecutoria de la policía.

La reproducción de las estrategias de sobrevivencia en el tiempo, sólo es posible si se desarrolla la capacidad de evasión y ocultamiento ante la represión. Es así, como los niños llegan a detectar con rapidez la cercanía de la policía, ya sea para cambiar de actividad o simplemente huir.

4.- Trabajo

El trabajo está constituido por todos los medios de los que el niño se vale para obtener ingresos. La mendicidad, el comercio ambulante, el robo o el trabajo sexual, caen dentro de esta categoría. Si bien, dentro del circuito callejero, algunas actividades son más respetables que otras, todas las anteriores se consideran un trabajo.

Cuando el niño va a la calle, puede hacerlo por diversas razones. Para escapar del castigo de sus padres o para pasarlo bien. Pero si desea permanecer allí, debe necesariamente obtener ingresos, para poder alimentarse. Es decir, debe trabajar.

Todos los niños que trabajan en la calle se consideran callejeros. Pero los que sólo vagan o van nada más que a jugar a los videos, no lo son, porque no obtienen ingresos en ese medio.

III.- Caracterización del niño callejero

El niño callejero llega a la calle motivado principalmente por la estrechez económica de su grupo familiar. Padres cesantes o empleados en trabajos de baja remuneración, hacen que el menor deba ir a la calle a buscar los medios de subsistencia que permitan enfrentar esta situación.

Como actividad más común para la obtención de ingresos está el comercio ambulante. Los niños venden dulces en las micros o se instalan con sus padres en puestos ambulantes.

Están también los tarjeteros, los cantantes y los limpia o cuida autos. Todas éstas no son actividades necesariamente fijas, pues por ejemplo, un niño puede vender dulces durante la tarde y en la noche limpiar autos. Sin embargo, lo normal es que haya una actividad principal a través de la cual obtienen sus mayores ingresos.

Algunos niños se dedican a pedir monedas en forma esporádica.

En ocasiones, algunos roban dinero a los transeúntes, en compañía de otros niños o jóvenes, o extraen artículos en centros comerciales, para después venderlos y obtener dinero.

Todos estos son medios de subsistencia posibles para los menores.

[La mayoría de los niños regresa en las noches a su casa. Pero otros han roto los vínculos con su familia y permanecen en la calle.

Los que abandonan su casa casi siempre lo hacen por desavenencias con alguno de sus padres. Las más de las veces, es con el papá o con el padrastro. Sea por golpes a la mamá o a los propios niños, o por el consumo de alcohol o drogas de los mismos padres.

Parece que la odiosidad primera que se origina en el niño, es principalmente hacia el padrastro o madrastra que no le tiene afecto. El vínculo con la casa es menos precario si el niño es hijo de ambos padres.

Las padres o madres verdaderas que han muerto o desaparecido son recordados con un amor muy vivo por parte de los hijos, lo que pone al hombre o mujer reemplazante en una posición de intruso.

Y es más frecuente el problema con los padrastros, porque a no ser por muerte, es mucho más común que el padre deje a sus hijos, a que lo haga la madre. Así que es muy normal escuchar en la boca de los niños la palabra padrastro.

Las desavenencias terminan con la expulsión del niño o con la salida voluntaria de la casa, donde no hay espacio para él. Ya no soporta seguir siendo golpeado

por el ser que tanto odia y teme. En ese lugar no hay nada propio. Es un sitio ocupado por un intruso.

Como respuesta a este maltrato físico y a la carencia de afecto, es frecuente ver a niños con actitudes de desconfianza extrema y con gran agresividad.

En todo caso, esta realidad de padres sustitutos o padrastros, de violencia intrafamiliar y de alcoholismo, es recurrente en la vida de la mayoría de los niños callejeros, independientemente de que hayan abandonado su casa o no.

Cualquiera sea el motivo que lleve al niño a la calle, la salida del hogar se produce tempranamente. Ya a los 4 años, algunos dejan por unas horas su casa. A veces acompañan a sus padres cuando van a trabajar a la calle durante el día. O vagan por centros comerciales y plazas, en compañía de sus hermanos, pidiendo dinero y comida.

El hábito de ocupación de la calle viene incluso de antes, cuando los padres se ausentan y el niño queda en la casa en compañía de alguna hermana, el menor sale durante el día a jugar a la calle, en compañía de otros niños de la población. Puede permanecer allí, al lado de su casa, por horas cada día. Después, se aventura un poco más lejos. Y luego más lejos. Es así como la calle, se ve también como un medio de escape del control familiar.

Ocurre frecuentemente además que, debido a la carencia de espacio en las viviendas, los mayores fuerzan a los niños a dejar libre el escaso espacio habitacional durante el día. (Gutiérrez, 1978, pág. 36)

De cualquier manera, la calle es al comienzo, sobretudoo un espacio recreativo. Pero después, conforme va pasando el tiempo, la calle se hace parte de la cotidianidad y se convierte en una salida deseable para satisfacer las necesidades más urgentes.

Al mismo tiempo, otros lugares como la escuela, dejan de ser importantes. O quizá nunca lo fueron. Con facilidad el niño se ausenta de la sala de clases y, en ocasiones, no duerme en su casa, cuando se le hace tarde mientras está en la calle.

Más de la mitad de los niños que circulan por las calles de Santiago, tienen entre 10 y 15 años. Los menores de 10 años son normalmente retenidos por sus familias o las instituciones, por lo que es más raro verlos en este medio.

Permanecen en la calle por un tiempo relativamente prolongado. Con frecuencia dos o más años. Y cuando salen de ella, lo habitual es que sean expulsados a la fuerza, y no por su propia determinación. (Ramos, 1992, pág. 7)

En la mayoría de los casos el niño no se siente obligado por otros a ir a la calle a obtener ingresos. Sea que esté viviendo con sus padres o que haya dejado su hogar, su decisión es asumida como propia y voluntaria. Para muchos, aunque su familia los haya inducido a eso, nadie les ha impuesto tal permanencia. (Ramos, 1992, pág. 50)

La calle es ante todo un espacio de independencia, donde el menor puede obtener ingresos, ya sea para satisfacer sus propias necesidades o para contribuir con la economía familiar. Allí se siente bien, porque es capaz de alimentarse y vestirse, sin pedirle nada a su familia. Es autosuficiente. Además, cuando debe aportar a la casa, su contribución es valorada por sus padres y hermanos, razón por la cual se siente importante para ellos.

Al parecer, el hecho de irse de la casa marca una diferencia importante dentro de los menores que están en la calle, porque es una señal propia de los que tienen carácter fuerte y de los que toman decisiones antes que los otros. En Espínola (1987, pág. 107) se cita el caso de Juanchi, un niño trabajador de Asunción, considerado líder de su grupo: "Fue el primero que, cambiando de oficio, empezó a lustrar, y detrás de él cambiaron todos los demás". Es la capacidad de tomar decisiones para emprender cambios importantes, lo que es especialmente valorado en este medio.

En la calle el niño debe saber moverse con facilidad. Ya sea por las actividades que debe desempeñar o para huir del control policial. En el comercio ambulante, es frecuente que deban caminar varios kilómetros cada día. Como lo señala Lucchini (1990, pág. 32), la represión policial y los otros acontecimientos imprevisibles de la vida en la calle hacen que los niños tengan una gran movilidad espacial.

Esta necesaria movilidad hace que los niños lleven normalmente una vestimenta liviana, portando sólo lo imprescindible. Los comerciantes ambulantes, por ejemplo, llevan una caja con el producto que venden y, a veces, un monedero atado a la cintura. Casi siempre usan zapatillas para hacer menos pesado el caminar.

Durante el invierno, en los días de frío, es común verlos bastante desarropados, y cuando llueve, la imposibilidad de cambiarse de ropa, los obliga a permanecer mojados durante horas.

La facilidad para cambiar de espacio parece ser, en todo caso, un rasgo inherente al niño callejero. Desde muy pequeño son frecuentes los cambios de residencia familiar, ya sea por traslado de la familia entre una ciudad y otra, o por desplazamientos al interior de una ciudad determinada. Los motivos de estos cambios son variados. A veces algunas casas son ocupadas sin permiso municipal, razón por la cual los ocupantes son expulsados por las autoridades e instalados en campamentos periféricos. Ocurre también a veces que la casa se hace demasiado pequeña cuando viven varias familias en ella, debiendo salir algunas para instalarse donde otros familiares. En ocasiones, es el propio niño, el que se va a vivir donde su abuela o su tía, por desavenencias o maltrato de sus padres.

Y esta realidad está presente también en la calle. El que permanece en la calle no sabe a ciencia cierta en qué lugar va a estar al día siguiente. Si va a dormir a la intemperie o en la casa de algún amigo. Muchos se trasladan a otras ciudades en busca de trabajo o para visitar a un pariente.

La verdad es que junto con una indeterminación espacial existe también una inestabilidad en el tiempo. El padrastro que vive con la madre del niño hoy, repentinamente puede partir mañana. Y los menores que el niño conoce cada día en la calle, quizá no los vuelva a ver después, ya sea porque los retengan en alguna institución o porque se vayan a otros lugares.

De hecho, es normal ver en Centros de Diagnósticos o en Casas de Acogida de estos menores, la gran facilidad con la que llegan caras nuevas o parten niños antiguos.

Esta misma inestabilidad hace que sea frecuente una pérdida de la noción del tiempo en el menor, cuando se trata de períodos prolongados. Al niño le puede costar precisar, por ejemplo, si un hecho sucedido hace algunos años, duró un par de meses o un año.

Por lo demás, en su vida cotidiana el menor difícilmente habla de su pasado. Menos de su futuro. Más bien habla sobre lo que ocurre en el momento, lo que sucedió hace algunos días, o sobre lo que hará la próxima semana.

Esto no quiere decir que el niño no se proponga objetivos. Lo que ocurre es que su horizonte de tiempo es bastante más cercano que nuestro propio horizonte. Es así que, por ejemplo, un niño comerciante puede tener como propósito el reunir cierta cantidad de dinero en un mes, para comprarse un par de zapatillas.

En otras palabras, nada de lo que el menor hace en el día, tiene un fin que está más allá de unos pocos meses. Su existencia es esencialmente presente. El niño es lo que es hoy. También lo que tiene es lo que tiene hoy, porque quizá mañana ya no lo tenga.

Son estos los rasgos más profundos del inmediatismo que caracterizan a los niños callejeros. Lucchini (1990, pág. 32) señala que los menores traban relaciones con todos los que comparten sus mismas condiciones de vida, pero sin connotaciones afectivas, ya que la mayoría de los acontecimientos son inmediatos y la mayoría de las opciones son provisorias.

Sin embargo, la inexistencia de relaciones afectivas entre los niños callejeros parece ser un planteamiento extremo. De hecho, el pololeo es muy habitual entre ellos. A los 15 años un niño puede haber tenido ya muchas pololas y relaciones sexuales frecuentes.

Entonces, el menor sí establece relaciones afectivas, pero sabiendo que probablemente serán poco duraderas, confirmándose así que la calle es un medio inestable por naturaleza.

Y en esta misma perspectiva inmediatista, el niño, que vive sin saber lo que será de él al día siguiente, difícilmente renuncia a explotar todo lo que puede aportarle una ventaja. Tampoco puede acumular bienes o dinero pensando en el mañana,

porque quien posee bienes de valor está en peligro (Lucchini, 1990, pág. 32). Sin duda, los que viven en la calle están más sujetos a esta realidad, que los que vuelven por las noches a su casa.

Durante su permanencia en la calle, el niño comparte con otros menores algunas prácticas, algunos juegos, algunos problemas. De ellos y de su propia experiencia, va aprendiendo el oficio de su actividad, va aprendiendo a defenderse y a ser cada vez más independiente. Pasa a ser parte de redes de apoyo ocasional o de pandillas bien constituidas, donde tiene su lugar, y donde de acuerdo a su experiencia y trayectoria en la calle, es respetado por los otros.

Según Espínola (1987, pág. 107), el grupo de referencia es muy importante para los niños, pues parece que les da una especie de límite de seguridad, que está dado por la suma de las experiencias de los integrantes del grupo.

Una actividad importante en la vida cotidiana de los menores es el juego. Grupos de niñas y niños se juntan en plazas a jugar. Algunos pasan durante horas en los juegos de video, gastando una buena parte de sus ingresos.

Lo que habitualmente hacen en sus juegos es apostar dinero. Un partido de fútbol o una carrera, casi siempre culmina con la entrega de una suma de dinero, previamente acordada. Pero pocas veces son grandes sumas. Además, como están siempre apostando, el que pierde plata siempre tiene oportunidad para una revancha.

De acuerdo a Espínola (1987, pág. 114), a los niños callejeros les gustan los juegos de azar, los que requieren destreza motriz y los que implican un riesgo. La suerte aparece así como una nítida componente en los juegos de los niños. Más aún, la suerte es una componente crucial de la vida cotidiana de la calle. Todo lo que escapa al control de los menores, queda librado a la suerte.

Una parte muy importante del aprendizaje de la vida en la calle, lo constituye el aprender a defenderse y el hacerse respetar, tanto dentro del grupo de amigos como hacia afuera. Como primer paso para ello, el niño debe llegar a saber responder cualquier agresión. Esto significa dejar muy en claro, por cualquier medio, cuál es el lugar que le corresponde al agresor y cuál es el propio, estableciendo así los límites que no deben ser nunca sobrepasados por el agresor.

El saber compartir también caracteriza a quienes permanecen en la calle. En los grupos que eventualmente se forman, se comparten las experiencias y el producto de los robos, teniendo como regla fundamental el no revelar secretos a otros y el no delatar. (Lucchini, 1990, pág. 44).

Entre los que viven en la calle existen también lugares característicos que son utilizados para dormir. Son las caletas. Pueden ser zonas protegidas de parques, sitios eriazos, debajo de los puentes o sectores escondidos en los cerros. Son lugares donde hay poca luz, con techo, cierto tipo de resguardo contra el frío, y donde hay poca vigilancia.

Allí llegan grupos de niños a dormir, donde se cubren con papeles, cartones o ropa vieja. Con frecuencia andan con perros con los que duermen durante la noche, teniendo así más abrigo y sintiéndose más seguros ante la llegada de extraños.

En algunas caletas, dependiendo de la existencia de agua en las cercanías, los niños pueden asearse o lavar su ropa. Hacen sus necesidades en las inmediaciones, y tienen momentos de conversación en los que comparten las experiencias del día. Esos momentos son aprovechados a veces para fumar marihuana o aspirar neoprén, que son hábitos bastante extendidos dentro de los niños callejeros.

Parece ser que el aspirar neoprén es una práctica más habitual en individuos solos o en pequeños grupos, identificados como marginales y rechazados por los demás. El consumo de marihuana, en cambio, se da en todo ámbito y en grupos de más de 10 individuos. Como lo describe Gutiérrez (1978, pág. 29): "Una vez reunidos, organizan sus cigarrillos, forman sus círculos y empiezan a fumar tranquilamente, pasándose unos a otros el mismo cigarrillo".

El consumo de pasta base es también bastante frecuente, aunque en forma más localizada. Algunas poblaciones de áreas periféricas de la ciudad presentan altos porcentajes de adicción. En estos lugares, los pasteros deben casi siempre recurrir al robo para pagar los altos costos de su vicio.

La ingestión de alcohol es sobretodo extendida entre jóvenes y adultos. No obstante, menores de 15 o 16 años ya son buenos conocedores de todo tipo de licores y combinados. Se juntan con amigos a tomar, en momentos de diversión y celebración. Pero no es un hábito que hayan adquirido en la calle, pues desde muy pequeños ven a sus padres dependiendo del alcohol.

Empiezan a diluirse entonces los límites tan claros que parecen separar a los niños de quienes no lo son. Estos niños hacen lo que nosotros creíamos privativo sólo de los adultos. Trabajar, beber alcohol o tener relaciones sexuales. Pues en la calle, el paso de la niñez a la adultez es definido por otros indicadores, muy diferentes a los nuestros. Incluso la edad no es lo fundamental, sino más bien la experiencia que se haya adquirido durante los años de permanencia en la calle.

IV.- Algunas tipologías de menores

La clasificación más extendida en relación a los niños callejeros se basa en el vínculo que estos mantienen con su familia. Se habla de **niños en la calle**, cuando los niños acuden diariamente a la calle pero viven o mantienen contactos regulares con su familia, y se definen como **niños de la calle** cuando duermen habitualmente en la calle y han roto los vínculos con su familia parcial o totalmente.

Para Lucchini (1990, pág. 12), la familia, la escuela y las actividades en la calle son los factores fundamentales para clasificar al niño como **en o de la calle**. Por un lado estarían los niños que van a la escuela, que tienen contactos regulares con su familia, pero que van a la calle a trabajar, que corresponderían a la categoría de **niños en la calle**. Y por otro lado, estarían los que abandonaron la escuela, que están completamente separados de su familia, que trabajan y viven en la calle, que serían **niños de la calle**, existiendo todo una gama de posibilidades intermedias.

En Ramos(1992, pág. 16), se hace una tipología basada en estos mismos factores, pero considerando a la familia sólo en términos de si el niño aloja en su hogar o en la calle, y como actividad se distingue si el niño trabaja o no. Se entiende que el niño que no trabaja, no lo hace sistemáticamente al menos, pero sí obtiene en la calle ingresos eventuales. Por otra parte, se asume la inexistencia de niños que vivan en la calle y que, al mismo tiempo, vayan a la escuela. Es decir, el distanciamiento del hogar es posterior o simultáneo al abandono de la escuela, pero nunca anterior.

Estas tipologías consideran entonces como características relevantes para una clasificación, los aspectos asociados a si el niño **se relaciona o no con su familia, si estudia o no, y si trabaja o no**.

En esta delimitación de conglomerados, frecuentemente se hace una distinción entre **quienes infringen la ley y quienes no lo hacen**. Entre los jóvenes o adultos, se agrupa a los delincuentes, se les atrapa y se les encierra. A los niños infractores se les lleva a Centros de Rehabilitación Conductual, lugares muy parecidos a una cárcel.

Hay quienes piensan que la mayoría de los niños callejeros, son futuros delincuentes, haciendo de esta manera una relación directa entre calle y delito. Esta idea está muy presente entre las fuerzas represoras que controlan las calles, que tienden a aglutinar toda esta diversidad de formas de ser y actuar en una sola unidad, haciendo de casi todos los que permanecen en la calle, sujetos infractores susceptibles de sanción.

De esta manera, **la ley y el orden público son conceptos que trazan límites entre tipos de personas según sus diferentes formas de actuar**. Y aunque es una categorización impuesta desde fuera del medio en que se mueven los niños, debe ser observada por ellos, porque de la forma en que se respeten estos límites depende en gran medida la permanencia de ellos en la calle.

Son éstas algunas de las categorizaciones más habituales que se conocen sobre los niños callejeros. Sin embargo, al intentar encontrar tipologías según la percepción de los propios niños, algunos de los aspectos anteriores resultan irrelevantes para ellos.

Por ejemplo, la familia, como unidad estructural básica de la sociedad, es un concepto promovido esencialmente por la Iglesia Católica y el Estado. Pero sabemos que muchas de las familias de estos niños tienen graves problemas de convivencia, con padres maltratadores o alcohólicos, y con un alto índice de separaciones. Es natural entonces que, dentro de esta realidad, el niño le vuelva la espalda a su hogar, y comience a interesarse por lo que está presente dentro de su nueva realidad, que es la calle.

Más aún. Entre quienes viven todavía con sus padres, el dejar la casa es considerado como una iniciativa que requiere de gran fuerza y carácter, y los que la emprenden son muy respetados en ese medio.

Por otra parte, hemos visto que quien vive en la calle no va a la escuela, y que, entre los que viven con sus padres, la mayoría va a clases (Ramos, 1992, pág. 17). Se desprende de esto entonces, que la familia influye fuertemente en el hecho de asistir a la escuela. Entonces, cuando la familia deja de ser importante para el niño, la escuela también pasa a un segundo plano.

Y es comprensible que así sea. El inmediatismo que caracteriza el modo de vida del niño callejero, nada tiene que ver con los objetivos tan lejos del presente, que identifican a la escuela.

En relación al trabajo, en nuestro medio frecuentemente éste se identifica con actividades que implican prestaciones de algún tipo de servicio o la entrega de algún bien, a cambio de los cuales se recibe dinero. Es decir, se entiende como un intercambio. En este contexto, tanto un vendedor de dulces como un vendedor de pasta base o un niño cantante, son trabajadores.

En la calle, sin embargo, existen actividades como la mendicidad y el robo, que se consideran trabajo, pero que no constituyen intercambios.

El niño callejero va a la calle para obtener ingresos, así que la primera diferenciación que él hace es entre **quienes obtienen ingresos y los que no lo obtienen**, independientemente de la forma en que lo hagan. Sea o no un intercambio, sea o no una actividad legal. Siendo así, en la calle el trabajo se entiende como una forma de obtener ingresos, cualquiera que ésta sea.

Esto no quiere decir que entre los niños callejeros no haya diferenciación entre tipos de trabajos. Muy por el contrario. Hay claras valoraciones positivas dadas a algunos trabajos y definitivas condenas a otros.

Por ejemplo, parece ser que la **iniciativa y el movimiento** marcan un límite importante en este sentido. Quienes reciben dinero sin moverse, sin tomar ninguna

iniciativa, son reprobados. En este ámbito están, por ejemplo, los niños o jóvenes que se incorporan al comercio homosexual, también llamados los mostaceros y calificados de tontos. Son los pasivos. Ellos reciben dinero de los homosexuales, a cambio de permanecer quietos y dejarse tocar.

Aún así, los niños callejeros no dejan pasar una oportunidad de ganar una buena suma de dinero. Un comerciante ambulante, por ejemplo, puede acceder a un contacto homosexual si la oferta de dinero del cliente es importante. Los niños que trabajan durante la noche están más expuestos a ello.

Entre los que se mueven están los asaltantes, que son los más activos. El asalto o el robo implican siempre tomar una iniciativa. Allí se ponen en juego algunas de las habilidades más deseables del medio callejero, como el ingenio y la destreza. Pero por sobretodo, el asalto es forzar un cambio por decisión propia, por iniciativa.

En el robo están presentes también el azar y el riesgo, elementos muy propios de esta forma de vida. El azar es lo que escapa al control propio y el riesgo es la posibilidad de perder, como si el robo fuera un juego peligroso. Son los mismos elementos de muchos juegos que los niños tienen, donde casi siempre está presente la apuesta, con el consiguiente riesgo de perderlo todo.

Los niños distinguen claramente también a los que son más tímidos, los que no son capaces de llevarle la contra a nadie. Esto se ve sobretodo a nivel grupal, donde los líderes son los que tienen más carácter. Los líderes son, al mismo tiempo, los que tienen más experiencia en la vida callejera, y no necesariamente los de más edad.

Efectivamente, los años de experiencia en la calle representan un parámetro importante como diferenciador de tipos de niño, al interior de ese medio. Gutiérrez (1978, pág. 47), al describir la personalidad del líder entre grupos de menores infractores en Colombia, señala: "Es la persona que se hace respetar dentro del grupo, ya sea a las buenas o a las malas. El que más problemas ha tenido con la justicia, el que más ha ido a instituciones de readaptación. Y el mismo grupo, por miedo a su experiencia, lo reconoce como líder".

Estos niños de más carácter saben agredir y defenderse. Toman la iniciativa antes que los otros. Ya sea por miedo o por necesidad, los más débiles se acercan a ellos, buscando seguridad, y con el tiempo, van ellos mismos aprendiendo a defenderse.

Como parte de la experiencia en la calle, las relaciones sexuales son importantes. Aunque son habituales en este medio, es señal de masculinidad el haberlas tenido, y el haber estado con muchas pololas. Como en la calle la componente física es muy fuerte durante el pololeo, los niños de 11 o 12 años que pololean, normalmente tienen relaciones sexuales.

En resumen, la experiencia y el trabajo que el niño desarrolla, son antecedentes bastante decisivos en el tipo de relaciones que los menores establecen.

Con respecto al trabajo, es frecuente ver, por ejemplo, a grupos de niños vendedores de dulces conversando en la calle. Tarjeteros y cantantes, también se ven a veces juntos. Es decir, **una actividad común o similar** tiende a aglutinar a los niños en una misma unidad. Tiene mucho que ver en esta agrupación, el hecho de **trabajar en un mismo sector**, como puede ser un núcleo de intersección de calles importantes o un centro comercial.

Entre los niños que realizan una misma actividad, son más respetados **los que manejan más dinero**, que casi siempre corresponden a los que son más hábiles en esa actividad. Saben con mayor precisión cuáles son las horas y los lugares más adecuados para trabajar, y toman las decisiones antes que los otros.

Los que trabajan más también pueden obtener más dinero. Son los que llegan más temprano a trabajar y los que se van más tarde. Son, como señalamos antes, los que se mueven más. Aunque también es bien valorado el que gana más trabajando menos.

Sin embargo, las diferencias de ingresos entre los que desarrollan una misma actividad no son significativas. Las diferencias son visibles más bien entre quienes desarrollan actividades diferentes. Entonces, lo que identifica cada actividad no es sólo lo que se hace o cómo se hace, sino también **los ingresos que reporta**.

El escalamiento hacia actividades que implican un mayor nivel económico es bien valorado, siempre que esto no signifique una disminución del grado de movilidad de la nueva actividad en relación a la anterior. Es decir, si la pasividad aumenta, el cambio es negativo.

Por ejemplo, pasar de la mendicidad al comercio ambulante, es considerado positivo. Cambiar del comercio ambulante al robo, también. Pero pasar del robo al trabajo sexual, es algo absolutamente reprobado. No por razones morales, sino por el cambio de actitud que eso implica. Mientras **el robo es puro movimiento**, **el trabajo sexual es propia de los tontos**, los que dejan que sean los otros los que actúen.

Hay que tener claro sí, que los niños normalmente no desarrollan una única actividad. Durante el día, por ejemplo, un niño puede trabajar como comerciante, y en la noche limpiar autos. Sin embargo, siempre mantienen una actividad central, que es la que les reporta mayores ingresos.

Las drogas también son elementos distintivos de tipos de niños. Entre ellas, la marihuana es de consumo bastante generalizado a partir de los 11 años de edad, pero es sensiblemente mayor entre los menores que no van a la escuela y los que viven en la calle. Con el alcohol ocurre algo similar.

Con el neoprén, sin embargo, el consumo se produce más que nada en el grupo de los niños que viven en la calle que tienen ingresos más limitados, y que por lo tanto, tienen únicamente acceso a drogas de más bajo costo. De esta manera, **el neoprén refleja un menor grado de autosuficiencia económica respecto a otros niños que**

viven en la calle. También, los que aspiran neoprén son marginales, pues lo hacen solos o en pequeños grupos, diferenciándose de los grandes grupos que fuman marihuana. Aún así, la adicción al neoprén es un indicio de alejamiento del hogar, que demuestra independencia. El niño que aspira neoprén infunde un cierto temor a los ojos de quien vive con sus padres y no lo ha consumido, porque aparentemente tiene más carácter y experiencia que él.

Pero este temor se produce únicamente entre los que tienen poca experiencia en la calle y no han aprendido a hacerse respetar en ese medio. Para los que llevan más tiempo afuera, en cambio, el neoprén como vicio es algo propio de tontos que se hacen mal a sí mismos.

En cuanto al consumo de pasta base, que es cada vez más creciente en el medio callejero, la apreciación es similar. Quienes son adictos, viven para la droga y dependen de ella. Son individuos dispuestos a todos con tal de asegurar su consumo. Para los otros niños, los adictos son locos temibles que matan su cuerpo, con los que no hay que meterse.

Hay cualidades que no favorecen la sobrevivencia del individuo en la calle, como el ser soñador o el ser confiado. Quienes las poseen, tarde o temprano son forzados a salir, como en un proceso natural de selección.

Afortunadamente para los que acuden a la calle, la mayoría de las cualidades que se necesitan para sobrevivir allí, se van aprendiendo con la experiencia. El que es temeroso, aprende a defenderse. El que es lento, agiliza sus pasos. El que es egoísta, llega a ser solidario.

En este sentido, se podría bosquejar el perfil de un niño callejero perfectamente adaptado a su medio, caracterizándolo primero, como un niño muy despierto, agresivo y desconfiado. Trabajador prematuro, hábil para sacar provecho de situaciones ventajosas. Se inicia muy temprano en experiencias habitualmente asociadas a los individuos de más edad, como la actividad sexual y la ingestión de alcohol. Muy independiente. Con una enorme capacidad para sobreponerse a la adversidad y con un gran sentido del humor.

V.- Estrategias de sobrevivencia en la calle

La actividad central que el niño realiza en la calle es el trabajo. En torno a él se articula todo lo que allí se hace.

Los espacios por los que el niño se mueve, las personas con las que se relaciona o los lugares en los que duerme, todo, está condicionado por el tipo de trabajo que el menor desempeña. El trabajo es decisivo además en la autoestima del menor y en su modo de relacionarse con los otros niños.

Por ejemplo, los hábitos de alimentación y la forma de vestirse dependen en gran medida del nivel de ingresos del menor. Sin embargo, el tipo de alimentos que consume no es algo demasiado importante para él, pues lo esencial es no pasar hambre. En cambio, la forma de vestirse sí es relevante, pues es un medio que el niño posee para ocultarse de las instituciones represoras y, en algunos casos, una forma de mostrar a los demás su nivel de ingresos.

En lo que respecta a los sitios para dormir de los niños que no vuelven diariamente a su casa, unos pocos acceden a pensiones u hoteles. Pero la mayoría se queda en lugares a la intemperie, llamados caletas. Son espacios en los que el niño busca un cierto grado de defensa frente al medio y consigue abrigo. Lugares que, cuando son utilizados por grupos, definen territorios que no pueden ser ocupados por otros individuos. Algo así como una casa.

En este contexto, día a día el niño se va relacionando con decenas de individuos que ocupan el mismo espacio o que hacen las mismas cosas, entablando relaciones sociales con niños y jóvenes de distintas edades, y eventualmente incorporándose a las actividades de grupos callejeros.

Una parte importante de este estilo de vida son los momentos de esparcimiento, entendidos como las formas que el niño tiene para recrearse. Las distracciones, los juegos y la vagancia son parte de ellos. Aunque a veces la vagancia es una forma de matar el tiempo.

También están los vicios, como las drogas y el alcohol, que casi siempre se consumen en grupo. La marihuana, el neoprén y la pasta base, son algunas de las drogas más habituales. Con ellas se olvidan los problemas y se evita el aburrimiento. La experiencia que el menor tiene en este ámbito es un indicador de su experiencia en la calle, y por lo tanto, incide en el respeto o temor que los demás niños le tienen.

Todos éstas son actividades muy propias del medio de vida callejero, estrechamente relacionadas entre sí, con rasgos culturales que permanecen en el tiempo, como si fueran la única forma de enfrentar y explotar esa realidad.

Desde muy pequeño el niño se da cuenta que la calle es una fuente de recursos económicos. A los tres o cuatro años de edad ya acompaña a sus padres en algún puesto ambulante de una esquina concurrida de la ciudad. También ve a los amigos o familiares mayores que vuelven a la casa cada día con dinero en el bolsillo.

Y aunque primero el niño se queda en las cercanías de su hogar, jugando o conversando con amigos, después, cuando llega a una edad en que puede hacer una contribución a las necesidades económicas del grupo familiar, acude a otros sitios de la ciudad para conseguir ingresos.

La ocupación de la calle como una estrategia de sobrevivencia sistemática se produce habitualmente a los 10 u 11 años de edad. Aunque ya a los 4 años, algunos niños van a la calle.

Sin duda, que la disposición y actitud del niño en la calle cambian dependiendo de lo que haga en ella. Al comienzo, cuando es sólo un espacio de juego, no hay preocupaciones porque la diversión fluye naturalmente. Pero después sí, porque cada día debe obtener necesariamente algo allí, que requiere una acción determinada de parte de él, que no siempre implica un resultado positivo.

Independiente de que el niño busque satisfacer una necesidad propia o de su familia, está forzado a cumplir un objetivo monetario. Está, ni más ni menos, embarcado en un trabajo.

El hecho de vivir o no en la calle, también marca una diferencia importante en la forma en que el niño se desenvuelve. Por una parte, quien vive en la calle está menos sujeto a una presión familiar de obtención de ingresos. Aunque a veces hay presiones que se encuentran en la misma calle, como puede ser por ejemplo, el pago de una deuda a un proveedor. Por otra parte, el que no va a su casa por la noche, diariamente tiene un problema de seguridad que resolver. Está en la necesidad de encontrar un espacio donde dormir y guarecerse. Al mismo tiempo, está más expuesto a la posibilidad de agresiones de otros individuos de la calle, porque allí los límites entre lo privado y lo público, son difusos o inexistentes, y en todo caso, son marcados por el propio individuo.

Sin embargo, es frecuente que algunos niños se sientan más seguros en la calle que en su casa, por la presencia de padres castigadores en sus familias. Aún así, afuera deben soportar una incertidumbre permanente en sus vidas. Es el riesgo que caracteriza la vida en la calle. Para enfrentarlo, el niño debe tomar muchas decisiones en forma personal, sin la ayuda de los padres o hermanos, teniendo que asumir una fuerte actitud de independencia respecto al medio.

Cuando el menor se inicia en la calle, normalmente comienza haciendo lo mismo que ha visto hacer a sus padres, hermanos o amigos. Con un escaso conocimiento de otros trabajos, se reduce a unas pocas actividades que no requieren mayor experiencia.

Es común entre los primerizos y los más pequeños, **la mendicidad**, también llamada macheteo. Piden dinero o comida a los transeúntes, valiéndose de una imagen humilde ante ellos, para despertar su compasión.

Otros se dedican a **tarjetear**. Compran un buen número de pequeñas tarjetas, con bellas imágenes o calendarios, las que ofrecen en las micros, a cambio de un aporte voluntario de los pasajeros. Es una actividad intermedia entre la mendicidad y el comercio.

En la iniciación algunos se dedican a **cuidar o limpiar autos**. Aquí hay claramente un servicio que impone al beneficiado una suerte de presión por un pago. Sin embargo, el monto de este pago casi nunca es convenido previamente, por lo que queda a voluntad del dueño del automóvil. Debe ser, eso sí, una cantidad que varía dentro de ciertos rangos aceptables, sobreentendidos por ambas partes. Algunos choferes, sin embargo, no pagan porque dicen no haber solicitado este servicio.

Los niños **cantantes** también ofrecen un servicio en las micros, que es voluntariamente remunerado por los pasajeros. Casi siempre trabajan solos, porque de esa manera ganan más dinero. Y no se requiere aptitudes innatas para ello. Lo importante es saber la letra de una canción y poder entonar medianamente su melodía. Aquí también hay algo de presión sobre los pasajeros para que realicen un pago, debido a que el niño está efectivamente realizando un servicio.

Entra las actividades más habituales entre los niños callejeros se encuentra el **comercio ambulante**, pues casi la totalidad de ellos, la han realizado alguna vez o la realizan cada cierto tiempo. Compran algún tipo de golosinas o helados, en un negocio conocido, con dinero prestado o ganado anteriormente por ellos, vendiendo luego sus productos en las micros. El costo del producto es voceado por el niño en el pasillo de la micro, por lo que el pago del mismo debe ajustarse necesariamente a ese valor.

Dentro de los comerciantes, hay algunos niños que ayudan a sus padres en puestos que estos instalan en la calle. También en puestos de ferias libres o en la vega. Sobretudo en el caso de actividades que requieren un cierto capital de trabajo, como un carretón, un caballo, o un local, normalmente los hijos heredan el trabajo de sus padres. Esto sucede por ejemplo en la vega de Santiago, donde es habitual que los locales sean administrados por integrantes de una misma familia.

En las ferias de poblaciones también se ve a niños que ayudan a los clientes a trasladar sus mercaderías, llamados **fleteros**. Utilizan pequeños carritos de madera con ruedas, que instalan en los extremos de estos recintos, esperando a las caseritas para ofrecerles sus servicios. Como son trabajos que determinados niños hacen varios días de la semana, en ferias cercanas a sus casas, ya son conocidos por los clientes, así que el monto del pago de cada traslado ha sido previamente convenido.

Están también los **recolectores**. Lo que casi siempre se ve son personas adultas recogiendo papeles, cartones, plásticos y vidrios en depósitos de basura situados en la calle, para después separarlos y venderlos como material reciclable. En sus andanzas nocturnas, a veces van acompañados de niños que les ayudan, que reciben una pequeña parte de las ganancias.

A diferencia de otras ciudades de Latinoamérica, en Santiago no se ven ni a lustradores de zapatos ni a repartidores de diarios, también llamados canillitas. Diversas reglamentaciones han dejado estas actividades en manos de mayores (Ramos, 1992, pág. 82). En otras ciudades en cambio, estos trabajos están formalizados. Los niños portan su propio carné, que los autoriza para desempeñarse en esas tareas.

Un tipo de comercio diferente al planteado anteriormente, es el **trabajo sexual**. Es altamente reprobado en el medio callejero, por la comentada actitud pasiva de quienes la practican. Si bien es mucho más frecuente en las niñas, que desde pequeñas son llevadas por hombres solitarios a sus departamentos, a cambio de una suma de dinero importante para ellas, también se da el caso de niños que se dejan manosear por homosexuales para obtener dinero. Este trabajo habitualmente reporta ingresos económicos significativamente superiores a los ingresos medios de la calle, por lo que, aún a costa del descrédito entre sus similares, algunos niños entran en este ámbito.

Sin embargo, para aumentar sus ingresos, el niño puede acceder a otros trabajos sin experimentar retrocesos en su respetabilidad dentro del medio. Quienes se aventuran en este camino, deben sí asumir un alto riesgo, pues son actividades muy reprobadas y castigadas por la institucionalidad vigente.

Un trabajo de este tipo es el que realizan los niños vinculados al **comercio de droga**, que en la actualidad se refiere básicamente a la pasta base. Son niños que, por el mismo hecho de ser niños y por ser más desconocidos ante las instituciones represoras, pueden hacer de portadores o vendedores de droga, o de vigilantes para proteger una operación de compra y venta al interior de una población. Quienes realizan este trabajo quedan sí muy expuestos al consumo y a la adicción, que los lleva rápidamente a la desesperación y al robo para consumir.

El robo es una actividad también desarrollada por los menores, aunque son pocos los que la practican. Y, a diferencia de los ladrones profesionales, la mayoría de los menores que roban lo hacen en forma ocasional.

El robo es el máximo desafío a la habilidad y a la valentía, al que sólo se aventuran los más osados. Nadie es más valorado en la calle, que el que es capaz de salir airoso de un robo. Es sobretodo apreciado el saber burlar a la víctima y el escurrirse de la vigilancia.

Entre los niños, el tipo de ladrón más habitual es el **lanza**, que es el que roba en micros, trenes, negocios o en la misma vía pública, sin aplicar la fuerza. Casi

siempre extrae dinero, y lo hace en compañía de algún amigo que sirve de distractor ante la víctima.

También están los **cogoteros**, que actúan en conjunto con otros individuos de diferentes edades, y que roban valiéndose de la fuerza. Emplean todo tipo de armas cortantes. En sus ataques prefieren a las víctimas más desvalidas, como mujeres, ancianos y borrachos. Los sorprenden en lugares apartados, durante la noche. Primero les exigen su dinero, bajo la amenaza de que, si se oponen, serán obligados a entregarlo a la fuerza. Si la víctima se niega, se van sobre ella, propinándole golpes y heridas hasta quitarle el dinero.

Algunos niños participan en bandas de **monreros**, que son los que roban en casas. Normalmente, el niño acompaña a un grupo de dos o tres adultos hasta casas que se encuentran sin sus moradores. Allí se cuele por algún pequeño espacio hacia el interior de la vivienda, para luego abrirle la puerta a los otros.

Es en el robo donde más intensamente se ven las prácticas de acción grupal. Los individuos actúan en forma mancomunada, dependiendo estrechamente unos de otros. Cada cual tiene un trabajo específico que cumplir. Y si alguno llega a fallar, pone en grave riesgo el éxito de la operación. Al final, de salir todo bien, el botín es repartido entre los integrantes del grupo.

Puede decirse que en el robo, el individuo pone en juego toda su experiencia acumulada, para obtener dinero. Para ello se vale de todos los instrumentos disponibles, materiales e inmateriales, físicos y espirituales, y se embarca en una empresa en la que pone en riesgo toda su integridad.

Son estos los trabajos que habitualmente desarrollan los niños callejeros. Unos más valorados que otros. Unos reportan más ingresos, otros apenas alcanzan para comer. De cualquier manera, el trabajo es la actividad más importante que el niño desarrolla en la calle, pues le permite cumplir su objetivo principal: obtener ingresos. Todo el resto de sus prácticas y hábitos callejeros los organiza en función de esta actividad central.

Revisemos, separadamente ahora, cada uno de estos trabajos.

1.1.- El mendigo

Pedir monedas a los transeúntes o machetear, como actividad permanente de sustento económico, es poco habitual en los niños. La mayoría de los niños lo hace más bien en forma ocasional, cuando no está desarrollando otro trabajo y tiene una necesidad inmediata que satisfacer.

Es sin duda, el trabajo más pasivo de todos, pues lo que recibe del adulto queda absolutamente determinado por la decisión de éste, porque no se está pagando por ningún bien. Se paga sólo por compasión o por evitar el no darle a un niño, que es concebido como algo moralmente reprochable o malo.

Esta misma característica de pasividad hace del macheteo una actividad poco valorada entre los niños. Quien la desarrolla en forma permanente se automargina, reduciendo sus contactos a relaciones con otros niños igualmente pasivos, como tarjeteros o limpiadores de autos. A veces, el menor va alternando entre distintas actividades con características similares de pasividad, como las anteriormente nombradas.

El niño acude a lugares habituales a machetear, donde las personas requeridas llevan necesariamente dinero. Una bomba de bencina o la entrada de un cine, por ejemplo, son lugares adecuados para ello.

La frase: " Tiene una monedita" es pronunciada por el niño cuando la persona acaba de pagar o lleva dinero en la mano. En tal circunstancia es poco frecuente una negativa. Y si así fuera, la solicitud se reitera al siguiente individuo, hasta conseguir lo deseado.

A veces, el niño realiza un pequeño servicio, como abrirle la puerta al dueño de un auto, después de que éste se baja a pagar en una bomba de bencina. Es necesario sí, que el niño esté allí cuando el auto llega a la bomba, de manera de ser reconocido por el chofer. De esta manera, al hacer un servicio, el niño no tiene la necesidad de pedir expresamente una moneda, para que la persona se decida a darle una.

Los niños que piden en cualquier calle al transeúnte que pasa, y no lo hacen en un lugar fijo, no tienen como única actividad el macheteo, sino más bien lo hacen para juntar unas monedas en un momento determinado. Pues, cualquiera que sea el trabajo, no se puede dejar al azar el dinero recibido, si es que el propio niño puede hacer algo para maximizarlo.

Es así que el niño va probando en distintos lugares, hasta que ubica el sitio más adecuado para machetear, así como el mejor horario, en el que maximiza la cantidad de dinero recibida. Al mismo tiempo, y como parte de su estrategia, el niño prefiere trabajar solo, pues de esa manera recibe más.

Habitualmente los niños que macheteen en forma permanente no superan los 13 años, pues dentro del propio medio callejero, la percepción de otros niños y

jovenes frente a este trabajo va siendo cada vez más negativa y excluyente. Igualmente, el transeúnte normal rechaza a los mendigos de más edad, y es más reacio a darles dinero. El transeúnte justifica que un niño no trabaje, pero difícilmente acepta que un joven viva pidiendo.

El niño de más edad que machetea, percibe claramente la mirada reprobadora o despectiva del ciudadano corriente, y siente disminuidos ostensiblemente los ingresos de cada día, por lo que forzosamente debe cambiar de actividad, y sólo acude al macheteo en forma ocasional.

1.2 El tarjetero

El niño tarjetero ofrece en las micros, tarjetas con imágenes religiosas, paisajes o calendarios, a cambio de un aporte voluntario del pasajero que la recibe. Para ello, se sube a la micro y entrega rápidamente una tarjeta a cada pasajero, dejándosela a su lado o sobre su rodilla, y voceando al final, desde el fondo de la micro, un mensaje, pidiendo una cooperación. Al entregar la tarjeta, el niño espera no más de un segundo a que el pasajero le dé su aceptación. Si la persona no se niega a recibir la tarjeta, el niño se la deja.

El mensaje voceado por el niño es del siguiente tipo: “ Bueno, damas y caballeros, tengan Uds. Buenas Tardes. Esa tarjeta que tienen en la mano, no se las regalo, tampoco se las vendo. Tan sólo pido una cooperación, como sea su voluntad. Muchas Gracias por su atención y que el Señor los bendiga ”.

Mientras tanto, las personas miran la tarjeta y deciden si van a darle alguna moneda al niño.

Finalmente, el menor pasa por cada asiento aceptando los aportes, o retirando la tarjeta cuando el pasajero no entrega ninguna moneda.

El mismo niño compra las tarjetas de a un ciento cada vez, por unos 600 pesos, en negocios conocidos por él. Luego se va subiendo a diferentes micros, que vayan con poco público, para poder transitar con facilidad por el pasillo. Por lo demás, las tarjetas son ofrecidas sólo a los pasajeros sentados, pues casi siempre se deben dejar al lado de las personas, siendo muy pocas veces recibidas por mano. De esta manera, el menor prefiere trabajar en horarios y sectores en los que viaja poca gente en las micros.

Dado que el tiempo total de permanencia en cada micro fluctúa entre 3 y 5 minutos, al niño le es difícil mantenerse en un mismo sector. Más bien, va y vuelve por largos tramos de determinadas avenidas.

Es sin duda ésta una actividad bastante pasiva, muy cercana a la mendicidad. El niño pide una cooperación voluntaria, y cualquiera que ella sea es

aceptada a cambio de la tarjeta. Las decisiones son casi en su totalidad tomadas por el pasajero: desde la cantidad de dinero entregada hasta la tarjeta que va a llevar. En todo caso, el niño nunca queda con pérdidas, porque el costo de las tarjetas es siempre inferior al dinero recibido.

El carácter pasivo de esta actividad y su similitud con la mendicidad quedan corroborados por el hecho de que es únicamente realizada por niños de corta edad. Así como entre los mendigos, la compasión es una componente importante explotada por los menores, que tendría poco efecto con tarjeteros mayores.

1.3.- El limpiador de vidrios de autos

Limpiar vidrios de autos es también una actividad pasiva, en la que el dueño del auto decide la cantidad de dinero que le pasará al menor. Actividades como cuidar o lavar autos, son muy similares a ésta, por lo que no es necesario detenerse en ellas.

El niño se instala, normalmente acompañado de uno o más amigos, en esquinas con semáforos, con alto flujo vehicular. Cuando toca luz roja, acude a los autos y le pregunta al chofer si le limpia el vidrio. Si le dicen que no, pasa a otro auto. En caso de silencio o respuesta positiva, el niño comienza su trabajo, que no debe sobrepasar la duración de la luz roja, para no provocar un taco.

Para su actividad el niño requiere de tres implementos. Un frasco con detergente o limpiavidrio, una plumilla y un paño. Prefiere trabajar en intersecciones de calles grandes, de mayor tráfico, como Santa Rosa con Américo Vespucio, o en el Paradero 14 de Vicuña Mackenna. Son ideales, las horas en que se arman tacos, cuando los vehículos permanecen detenidos por mayor tiempo. Durante la luz verde, el niño se entretiene conversando con un amigo limpiador o simplemente espera el cambio de luz.

Se aprende fácilmente por imitación o con la ayuda de un amigo. Y se debe tener paciencia, porque los choferes dicen constantemente que no. Algunos dejan limpiar el vidrio, y después no le entregan dinero al niño, lo que le produce gran indignación al menor.

El niño se para de preferencia en los bandejones centrales de las calles, y no en los paraderos, pues estos últimos son ocupados por las micros. Al niño le interesan sobretodo los autos y camionetas, es decir, los vehículos bajos.

Existen en este trabajo algunas zonas en donde se producen fricciones por la ocupación de territorios. Cada foco admite un número máximo de limpiadores de vidrios, de diferentes edades, que depende de la hora del día. La llegada de extraños al lugar, a realizar la misma actividad es mal mirada, pues las ganancias disminuyen. A no ser que el nuevo limpiador sea presentado por uno de los ya instalados en el lugar, el intruso es forzado a retirarse.

De esta manera, los que recién incursionan como limpiadores deben buscar sectores y horas en que haya pocos individuos haciendo lo mismo.

Parece ser ésta una actividad que está relacionada con la forma de ser del niño. Los que practican únicamente este trabajo, son tímidos y temerosos. Al igual que los que cuidan autos, prefieren los trabajos en los que no hay que tomar demasiadas iniciativas o donde hay menos peligros. Vender helados, por ejemplo, puede ser para ellos una actividad riesgosa, por el peligro que revisten las micros en movimiento. Además, son fácilmente intimidados por niños que realizan otras actividades.

Lo anterior, sin embargo, no significa que este trabajo no sea realizado por niños de más carácter. Por el contrario, un gran número de menores practica distintas actividades, entre las cuales se encuentra el limpiado de vidrios.

1.4.- El cantante

En este trabajo, el niño obtiene sus ganancias cantando en las micros. Canta una o dos canciones y después pasa por los asientos recogiendo el aporte voluntario de los pasajeros.

Tiene recorridos prefijados, prefiriendo siempre las avenidas con alto flujo de locomoción colectiva. Se sube a dos o tres micros en un sentido, para después hacer el mismo recorrido de vuelta, repitiendo el circuito varias veces al día.

El niño tiene referencias físicas en las cuales se apoya para saber cuándo debe bajar de la micro. Es decir, tiene una perfecta asociación entre el tiempo que debe estar en la micro y el espacio recorrido. Las referencias físicas que emplea, habitualmente son lugares concurridos. Puede ser el acceso a una estación del metro, un mall o la intersección de dos avenidas.

La micro elegida para cada cantadita no debe ir demasiado llena, por lo que no son indicados para esta actividad los horarios de entrada o salida de las oficinas. Es preferible trabajar entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde, o en la noche.

Al iniciar su trabajo, el niño se ubica en un paradero esperando la micro apropiada. Apenas la identifica, se aproxima a la puerta de subida y le pide permiso al chofer para cantar. En ese momento, todo depende de la voluntad del chofer y de si la radio de la micro está funcionando o no. En muchos casos la radio tiene parlantes, y funciona gran parte del día, siendo escuchada por todos los pasajeros. Si eso sucede, el niño no puede subir.

En caso contrario, y después de un leve gesto de aprobación del chofer, el cantante pasa rápidamente a la parte de atrás de la micro, donde interpreta un par de canciones, con voz suficientemente fuerte para que sea escuchada por todos.

Al ubicarse atrás, sólo unos pocos pasajeros quedan de frente al niño, lo que le hace sentir menos vergüenza. La mayoría queda de espalda a él, por lo que sólo escuchan su voz. En este sentido, la personalidad del niño es un factor importante en el momento de decidirse por esta actividad.

El canto se realiza con celeridad, sin importar el ritmo original de la melodía. Tampoco interesa la entonación. Lo principal es la letra. Por esto, la preocupación central del niño es no olvidarla.

Las canciones elegidas son las mismas que los menores escuchan cotidianamente en las radios, con letras que hablan de sufrimientos de amor, la mayoría de ellas. Así que casi siempre son atendidas por los pasajeros.

El aprendizaje de las canciones se logra escuchándolas repetidamente en un cassette. A veces, y si el niño sabe leer, un familiar cercano le puede ayudar, escribiéndole las canciones en un papel.

Al finalizar, el niño le dirige unas palabras a los pasajeros, pidiéndoles una monedita. Al hacerlo, hace hincapié en que se está ganando honradamente ese dinero. A veces, expresa alguna necesidad urgente en la cual piensa emplear la plata, como por ejemplo, el pago de la operación de un familiar o la compra de ropa para una hermana. Finalmente, da las gracias.

Luego, pasa por los asientos extendiendo una mano abierta, haciendo sonar en ella las monedas recolectadas. Cada pasajero decide voluntariamente si va a hacer un aporte o no. Si la persona no estira su mano o mira hacia otro lado, se sobreentiende que no hará ningún aporte, por lo que el niño sabe, en menos de un segundo, la respuesta de cada pasajero, así que la recolección se hace rápidamente. Por lo demás, los aportes individuales se reducen casi siempre a una o dos monedas.

La recolección se hace de atrás hacia delante, terminando con un agradecimiento al chofer.

La edad del niño cantante influye en forma importante en el dinero acumulado diariamente, pues cuando son más grandes, el público se pone más exigente respecto a la calidad del cantante, y no entrega dinero a cualquiera. Así que sólo los que tienen buena voz, pueden intentar seguir en esta actividad más allá de los 14 o 15 años de edad. Por lo demás, los ingresos son habitualmente reducidos en este trabajo, así que es frecuente que los niños, en corto tiempo, deriven a otras actividades.

El cambio de actividad casi siempre se hace manteniendo el nivel de pasividad del trabajo. Considerando que la actividad de cantante es pasiva, pues los ingresos son principalmente decididos por los pasajeros de la micro, el niño cambiará a trabajos igualmente pasivos, como tarjetear o limpiar autos.

Diariamente, el niño cantante obtiene no más de cinco mil pesos, por lo que prefiere cantar solo, para así no disminuir sus ganancias. Ello no descarta, sin

embargo, la existencia de grupos de niños cantantes, que al final de cada día se reúnen para distribuir el dinero acumulado individualmente.

1.5.- El comerciante ambulante

El comercio ambulante es la venta de productos en la vía pública, en forma libre o en puestos ambulatorios, sin el pago de impuestos.

Aunque existe aún un gran número de vendedores ambulantes jóvenes y adultos, en puestos de zonas céntricas y comerciales de la ciudad, la mayoría de ellos no acude acompañados de menores. La actividad de los niños se concentra más bien en el trabajo de venta en las micros, donde venden dulces o helados, preferentemente.

El propio niño compra los productos que va a vender cada día, con plata ganada en el día anterior o con dinero prestado, que debe devolver con las ganancias del mismo día. A veces, tiene algunos productos guardados en un local, donde hay amigos que se los cuidan.

No tiene horarios fijos. En el invierno, se venden galletas con chocolate o queques, más bien en las tardes y hasta las 9 o 10 de la noche. En verano, la jornada se extiende desde el mediodía hasta la noche, con la venta de helados en las horas de más calor, y dulces por la noche.

Hay focos predilectos para los vendedores. Son los lugares donde hay mayor densidad de micros y personas. Lugares, por lo general, con gran actividad comercial, a donde confluyen diversas líneas de locomoción colectiva. Las horas preferidas son pasadas las 6 de la tarde, cuando la gente sale del trabajo.

Mientras más gente va en la micro, mejor es el negocio. Aunque cuando va demasiado llena, tampoco es bueno, porque resulta muy difícil moverse por el pasillo. Los niños van, en todo caso, sólo con lo indispensable: vestidos livianamente, portando la caja con los productos.

Es ésta una actividad que requiere de cierta experiencia en la calle. En primer lugar, el niño debe saber desplazarse desde y hacia una micro en movimiento, lo que naturalmente implica un riesgo físico. Debe además, hacer frente a las presiones de otros vendedores, de distintas edades, que lidian de cualquier manera, por la propiedad de un territorio. En este sentido, hay una fuerte competencia entre los vendedores cuando se ocupa un mismo sector. Frente a individuos nuevos, a veces se producen agresiones verbales o físicas para expulsarlos. En estos casos, el niño recurre a su propio carácter, la superación del miedo y la ayuda de sus amigos.

En ocasiones, sin embargo, en calles que están sobresaturadas de vendedores, el propio niño cambia de sector para conseguir mayores ganancias.

El comercio ambulante es una actividad que gusta a los que la practican. En primer lugar por el dinero que se gana. Se puede ganar hasta 10 mil pesos diarios, o más, dependiendo de la experiencia. También porque es entretenida y se conoce a mucha gente. Es común ver a niños que llevan más de dos años en este trabajo como actividad principal, sin intención de cambiar.

Durante su trabajo, el niño se ubica en los paraderos a la espera de una micro buena. Cuando la elige, corre hacia ella. Debe correr para alcanzarla antes de que parta y para llegar a ella antes que otro vendedor. Ya en su interior, muestra a los pasajeros el producto, voceando su precio, y caminando por el pasillo en busca de algún interesado. Para ello se debe tener personalidad.

Como la mayoría de los vendedores de micros se mueven dentro de un mismo sector o paradero, deben hacer breve su permanencia en cada micro, cinco minutos como máximo, para así tomar una micro de vuelta que los mantenga en la misma área. Lo que le interesa al niño es vender rápido, y eso hace que en ocasiones opte por vender un producto y no otro.

Algunos vendedores se mueven en sectores más amplios, que abarcan varias cuadras, pero igualmente tienen límites en su recorrido. Cuando llegan a uno de los límites, se suben a una micro para ir en sentido contrario, sin salirse del sector.

El niño sabe que el comercio ambulante es ilegal, así que se esconde ante la presencia de carabineros. Piensa que los carabineros asocian a los vendedores con los ladrones, porque muchas veces los mismos ladrones se suben a las micros haciendo creer a los demás que son vendedores. Para algunos niños, las autoridades y los carabineros creen que ellos roban o venden marihuana, de común acuerdo con los choferes. Pero, entre los mismos niños, los choferes de las micros son considerados como poco amistosos con los comerciantes.

1.6.- El fletero de ferias

El niño fletero trabaja en ferias de poblaciones cercanas a su casa. Acude a ellas con su carro y se ubica en una esquina, por la que entran o salen las caseras, para ofrecerles el traslado de la mercadería comprada.

Las ferias son mercados ambulantes que se instalan en sitios públicos determinados, dos o tres días prefijados a la semana. Los puestos de la feria se ordenan en dos líneas paralelas, dejando un espacio libre entremedio, para que transiten los clientes. Casi siempre ocupan un tramo de una calle, de algunas cuadras según el tamaño de la feria, cuyo tránsito vehicular es cortado durante las horas en que ella se instala.

El horario y ubicación de las ferias es públicamente conocido. Así, por ejemplo, el niño sabe que tal o cual feria funciona los martes, jueves y sábados, entre diez

de la mañana y tres de la tarde, en determinada calle. Por lo que se organiza para ir a una u otra, según el día que corresponda. Elige, sin embargo, sólo las más cercanas, que habitualmente no son más de tres. Considera también en su elección, tanto la magnitud de la clientela, como la cantidad de fleteros existentes en cada una de ellas.

Con frecuencia son varios los fleteros, de distintas edades, que se instalan en cada feria. A la llegada o salida de los clientes, les ofrecen su carro para llevarles la mercadería. A veces, este servicio se realiza durante la compra. Otras veces, se reduce únicamente al traslado de la mercadería, desde la feria hasta la residencia de la caserita.

El dinero que el niño recibe por cada traslado, en ocasiones es convenido previamente, y otras veces, es el mismo cliente quien decide al final cuánto es lo que le dará al niño. Sin embargo, hay ciertos márgenes de costos del flete, que se subentienden. Si estos no son respetados por la casera, el fletero evitará ayudarle en el futuro, a la vez que le avisará a sus demás amigos fleteros, que aquella no es una cliente recomendable.

El niño debe hacer por lo menos seis fletes en un día, para quedar conforme. Lo que le reporta unos dos mil pesos. De manera que no debe gastar demasiado tiempo con un cliente, salvo que tenga de antemano asegurada una ganancia importante con él. Y si el menor va a la escuela, sus ganancias se ven reducidas durante el período de clases, porque tiene que reducir su horario de trabajo.

Cuando el niño llega por primera vez a una feria con su carro, puede sentirse intimidado por otros niños que ya trabajan allí, y que ven al novato como un intruso que les puede arrebatar algunos clientes. Lo que se disputa en tal caso no es el trabajar o no en esa feria, sino el lugar adonde se instalará el niño para conseguir a los clientes. Las esquinas de determinadas calles, son las más codiciadas, porque son los lugares de acceso a la feria.

Al principio, por temor, el niño puede verse obligado a moverse de un lado para otro, en busca de caseras, o bien, simplemente irse a otra feria. Pero con el paso del tiempo, los demás niños se van acostumbrando a su presencia hasta que, finalmente, le ceden un espacio en la esquina. A veces, algún líder del grupo o un fletero adulto, intercede por él y lo incorpora en el grupo ya establecido, transformándose en su protector en el caso de potenciales enfrentamientos.

No obstante, una vez que el grupo se ha afianzado, las relaciones entre los niños fleteros son buenas.

Uno de los juegos que realizan son las competencias de quién gana más plata. En tal caso, un niño le dice a otro, que le va a quitar toda la clientela, y aunque es un juego, a veces termina en pelea. Entre los amigos también existe ayuda mutua. En ocasiones se prestan dinero. Sucede, por ejemplo, cuando alguno no ha enterado determinada cantidad que debe llevar a su casa.

Como elemento fundamental de trabajo, cada niño tiene su carro. Es de madera, con rodamientos o ruedas extraídas de otro móvil. Para construirlo, el niño

necesita la ayuda de un adulto, que habitualmente es un familiar cercano. Sus dimensiones no van más allá de medio metro de alto y ancho, y un metro de largo, volumen suficiente para transportar toda la mercadería de un cliente.

El trabajo del fletero de ferias es también una actividad pasiva, en la que el niño se somete a la voluntad del cliente. Parece ser al mismo tiempo, una actividad frecuente en menores que no requieren de ingresos mayores, y por lo tanto no están interesados en cambiar de actividad. Su trabajo se encuentra cerca de su casa, así que no ven cotidianamente lo que hacen otros niños para ganar más dinero, y en consecuencia, se conforman con su trabajo en la feria. Quizá algunos se mantienen allí, porque requieren de menor esfuerzo para obtener lo que necesitan, y no tienen interés en aumentar sus ingresos.

1.7.- Los recolectores

Los recolectores habitualmente no son individuos aislados, sino familias de recolectores, asociadas o independientes, que viven en sectores marginales de la ciudad. En un vecindario a un costado de un río, en un sitio eriazo o en un solar. En ocasiones, sin embargo, son individuos solos, que viven al lado de una línea de tren abandonada o en calles céntricas de poco tránsito.

El trabajo se realiza por las noches, en las calles de la ciudad. Se recolecta el material reciclable contenido en bolsas de basura de casas, oficinas e industrias.

La mayoría de las veces acuden hombres solos en triciclos, o llevando un carretón. Las pocas personas que tienen camionetas o camiones, van acompañados de una o dos individuos más. Y, en ocasiones, los niños van con los grandes.

En las familias recolectoras independientes, el padre acude a recolectar material, acompañado a veces de algún hijo, para después separar el material en su casa, con la ayuda del resto de la familia, y finalmente venderlo.

Cuando se usa un vehículo motorizado, un individuo al que se le llama jefe, recolecta el material en el centro de la ciudad, y se lo entrega a varias familias. Son familias asociadas, porque tienen un mismo jefe. En cada una de ellas se hace la separación fina de la carga, trabajo en el cual los niños participan activamente.

La separación fina se refiere básicamente al trabajo de apartar papeles y cartones según su color. Se debe diferenciar el papel blanco, el mixto y el cartón. Después, un adulto introduce los distintos montones en bolsas, las que son pesadas y vendidas al jefe, según su peso, siendo el precio establecido por el jefe.

Los desechos que quedan como resultado de esta selección, deben ser llevados prontamente en camión a un botadero. En caso contrario, las familias recolectoras se exponen a pagar una infracción, cursada por carabineros.

Pero este trabajo de separación fina, se hace principalmente dentro de las casas, por lo que no es un trabajo de calle.

En cambio, cuando los niños acompañan a los jefes o a sus padres, a buscar papeles al centro, allí sí que realizan un trabajo callejero, seleccionando material en las bolsas de basura. En este caso, habitualmente se hace una separación gruesa, en la que sólo debe diferenciarse lo que es papel de lo que no lo es. En ocasiones, el espectro de diferenciación puede ampliarse, incorporándose al material acumulado, latas, botellas, aluminios y plásticos.

Sin embargo, la mayoría de las veces, en los sitios céntricos de recolección, las bolsas de papel ya vienen diferenciadas, y sólo poseen una mínima parte de material no deseado, por lo que se echan directamente al vehículo, dejando la separación para el trabajo en la casa.

En este trabajo, el recolector debe atenerse a los horarios en que las bolsas son sacadas a la calle. También depende de la buena voluntad de las instituciones para que dejen retirar las bolsas, y del sistema interno que ellas tienen para distribuir sus desechos.

En los desplazamientos nocturnos, el niño, al ir con su padre o un jefe, se siente protegido por una persona de confianza, por lo que siempre mantiene una dependencia respecto a ellos. Para él, sin duda, estos viajes representan una experiencia apasionante, pero que jamás haría solo, porque seguramente el miedo no lo dejaría.

El niño recolector es menos independiente que los demás niños trabajadores. Al igual que el fletero de ferias, el ámbito en que se mueve y su fuerte dependencia de los adultos recolectores, le impide ver el trabajo de otros niños que desempeñan actividades diferentes. Por esto, se mantiene en la misma actividad por mucho tiempo, sin pensar o atreverse a cambiar de trabajo.

El carácter pasivo de esta actividad, en la que las ganancias son función de los precios impuestos por un jefe, la hace cercana al trabajo del tarjeteo o del limpiado de autos, con la diferencia de que en la recolección, el menor mantiene fuertes lazos de dependencia de adultos. Sin embargo, si en algún momento el niño recolector se atreve a cambiar de actividad, es muy probable que se mantenga en actividades pasivas, como las anteriormente señaladas.

El comercio sexual puede iniciarse tempranamente para un niño que trabaja en la calle haciendo otra actividad. Un menor que pide plata en la noche, por ejemplo, puede verse atraído por una buena suma de dinero que le ofrece un hombre mayor, a cambio de dejarse tocar.

Es sabido dentro del ámbito callejero, la rapidez con la que se adquiere dinero mediante esta actividad. En una hora de trabajo es posible acceder con facilidad a diez mil pesos o más. Así que algunos niños derivan a ella simplemente por este fuerte incentivo.

Un buen número de menores se mantiene haciendo otras actividades, como tarjetear o machetear, sabiendo que de esa manera están a la vista y a la mano de eventuales clientes. Se sabe que cualquier persona puede acercarse a un niño de la calle, así que la posibilidad de contacto está siempre abierta.

La fuerte diferenciación sexual de roles y comportamientos esperados en hombres y mujeres, tan marcada en el ámbito callejero, fuerzan a muchos niños trabajadores a desempeñarse en determinadas actividades alejadas del comercio sexual. Sin embargo, es frecuente también que muchos niños entren a este trabajo, manteniendo absoluta reserva frente a sus pares y familias.

Algunos niños que se encuentran en etapa de definición sexual, se alejan del grupo de pares donde se exalta la masculinidad. Un menor que no gusta de jugar a la pelota, por ejemplo, puede automarginarse del grupo y a la vez ser marginado por los demás, para luego buscar en otros ambientes, a otros niños que posean gustos similares a los suyos, en un afán de acercarse a su propia identidad.

Este tipo de niños, que aceptan su indefinición sexual, son abiertamente rechazados por sus pares, y sobretodo por su familia, lo que los lleva a vagar por las calles buscando adultos que los acojan y protejan. Con frecuencia caen en manos de proxenetas, que les ofrecen protección a cambio de dinero que los niños deben obtener entrando al comercio sexual. Y como el niño busca afecto, su escasa edad le impide darse cuenta de la escondida intención del adulto.

El proxenitismo también puede darse entre familiares, aunque ello ocurre preferentemente en el caso de las niñas. La entrada a este medio ocurre a veces por presión familiar, para obtener ciertos montos de dinero o porque hay antecedentes de trabajo sexual en la familia.

En ocasiones se producen relaciones más horizontales, sin la existencia de explotación sexual. Esto ocurre, por ejemplo, entre los travestis. Travestis que ya tienen toda una historia, que acogen a los niños y les van transmitiendo su experiencia. Los menores van aprendiendo, entonces, a identificarse con las travestis ya instaladas.

Aprenden a vestirse, a expresarse más femeninamente, y a correr los mismos riesgos que corren las travestis mayores frente a la policía o a los clientes.

El primer contacto puede ser a través de un adulto o hacerlo directamente el mismo niño, mientras realiza otra actividad en la calle, como vender flores. La mayoría de las veces se produce en lugares predeterminados. Hay calles específicas donde el cliente sabe que hay comercio sexual. El trabajador sexual se para allí, el cliente se acerca en automóvil, y si se produce una buena comunicación, la conversación continúa en el auto. Entonces se hace una negociación de qué es lo que se quiere y cuánto es lo que se pide. Después, si hay acuerdo, la relación sexual puede darse en el mismo auto.

Muchas veces el contacto sexual se produce en la misma calle, en parques o plazas. Deben ser lugares ocultos y oscuros, protegidos de la policía y del público. Pero nunca en departamentos, porque allí hay mayor vulnerabilidad frente al cliente.

Entre los menores que están en esto, hay mucho traspaso de información. Y no sólo acerca de procedimientos para contactar clientes, pues pueden ir aprendiendo, por ejemplo, a robarles dinero.

Parece haber, en todo caso, muchos niños que van de una actividad a otra. Un día están robando y otro día están con algún cliente, buscando siempre conseguir las mayores ganancias. Para ellos, lo principal es ganar lo más posible, y a menudo compiten por eso.

En algunos lugares, el comercio de droga está vinculado al comercio sexual, pues un niño que vaga por esos parajes puede ser acogido fácilmente por un adulto que practica el comercio sexual y que también vende droga. El menor entra en esta actividad como vendedor, por el sólo incentivo de los importantes ingresos que ella reporta. Y con facilidad también, entra al consumo, con la consiguiente necesidad que llega a tener él mismo de pagar ese consumo.

1.9.- El comercio de droga

La entrada al comercio de la droga se produce mayoritariamente por influencia del medio circundante. Hay poblaciones enteras comprometidas con la venta de pasta base, donde casa por medio se esconde el producto, para luego ser vendido desde allí. En esas casas, toda la familia vende: el papá, la mamá, la abuelita, los hijos. Es la forma que tienen para vivir. Y aunque la familia de un niño no esté vinculada a la droga, el niño entra casi siempre a la red de comercio por la fuerte influencia de un medio, en el que casi todos hacen lo mismo.

La pasta es introducida a la población por los narcotraficantes, que son dos o tres pobladores que tienen contactos en otros lugares. Son muy queridos y respetados dentro de la población, pues de ellos depende la sobrevivencia de mucha gente. Es más,

Existen vínculos que van más allá de la droga. Los narcos financian fiestas de fin de año, van con los niños al estadio y se preocupan de la salud de las familias que están metidas en la red de la droga.

Los menores al entrar en la red se sienten bien, pues se sienten incorporados dentro de una familia importante, que es la familia del narco de la población.

Un trabajo que hacen los niños al principio, es el de sapo. Se instalan en las afueras de la población, para dar aviso cuando vienen los carabineros o la policía, transmitiéndose luego el mensaje hacia adentro, mediante una red bien constituida de mensajeros.

Otro trabajo que realizan al comienzo, es el de barredor. Es habitual que durante una noche, un narco se quede vendiendo pasta base frente al frontis de una casa. Lugar al que llegan compradores de la misma población o venidos de afuera, donde se consume cerveza y otros productos. El narco le paga al niño para que al día siguiente limpie la basura dejada allí. Otro ejemplo, es la limpieza durante las fiestas de fin de año, donde vienen artistas, y se reparten regalos para los niños.

Al entrar dentro del comercio mismo de la droga, el niño puede hacer de burro, es decir, transportar la pasta base entre dos lugares, o incorporarse directamente como vendedor. Previamente sí, debe haberse comprobado su fidelidad. Es decir, si el niño es detenido por portar droga, el hecho de no pronunciar nombres es prueba de su fidelidad, lo que es mérito más que suficiente para un ascenso dentro de la red. Este ascenso implica, entre otras cosas, acceder a un trabajo más importante. Además, el hecho mismo de haber estado en la cárcel le da al niño un status distinto.

Los ingresos percibidos van siendo cada vez más significativos. Como sapo, el niño puede juntar 3 o 4 mil pesos en un par de horas. Y después, como vendedor, puede ganar lo mismo con 5 o 6 cigarrillos vendidos.

Sin embargo, para mantenerse dentro de la red, debe evitarse el consumo, pues el consumo, tarde o temprano, lleva a la adicción. Y un adicto es inepto para cumplir las labores vinculadas a la droga, por lo que es expulsado.

El adicto debe entonces encontrar otros medios económicos que le permitan financiar el consumo de pasta. Para ello acude al robo. Primero desvalija su casa, donde sabe que su madre jamás lo denunciará. Después va a la calle. Por cualquier medio debe conseguir el dinero necesario para comprar la droga. De lo contrario vendrá la angustia y la desesperación.

Dentro de la población es habitual portar armas. Pueden ser revólveres, pistolas o cuchillos, en manos de niños o adultos. Las armas permiten superar los problemas, las diferencias. Una mala palabra en la calle, una mirada a una mujer ajena, o una patada en un partido de fútbol, a veces culmina con una balacera o una pelea a

cuchillazos. Un problema mayor se puede generar también, cuando un vendedor de pasta entra a vender en el territorio de otro.

En estos casos, son los choros los que se imponen. Son los hombres importantes, los que antes ya han matado a dos o tres. Los demás se agrupan en torno a ellos, formando bandas.

De cualquier manera, cualquiera que sea el problema, éste se resuelve internamente en la población.

1.10.-

El robo

El robo es una forma rápida de conseguir sumas importantes de dinero. Para el que tiene una necesidad urgente es una salida. Para otros es un medio habitual de obtener dinero.

La iniciación en el robo es por simple imitación. A un niño de 5 años, le basta ver a otro que roba un chocolate en un supermercado, para que días después intente hacer lo mismo. Y al comienzo, se roban las cosas para comerlas.

Después se comprende que fácilmente se puede vender lo robado. Dependiendo del producto, se vende a compradores muy específicos y secretos, o a cualquier persona en la calle. Sin embargo, la obtención de plata también se puede conseguir directamente, robando dinero. De cualquier manera, en el momento mismo en que se hace la asociación entre robo y dinero, es cuando el robo se hace un hábito, un trabajo.

El tipo de robo más habitual realizado por los niños es el por sorpresa: el lanzazo. Con un fuerte y repentino tirón, el niño retira del cuello de la víctima una cadena, o le quita una bolsa o un gorro, para luego arrancar velozmente.

Las sustracciones en el metro o en las micros son más propios de los jóvenes o adultos.

El cogoteo es un medio también empleado por los niños. En este caso se intimida a la víctima con el uso de armas cortantes. Grupos de 4 o más menores armados, amenazan al individuo, con un lenguaje fuerte e intimidatorio, obligándolo a entregar algún objeto de valor o dinero. Actuando con gran decisión y recurren a cualquier medio para lograr el objetivo. Sin embargo, normalmente basta el miedo para invalidar a la víctima.

Y es frecuente también, que los robos sean hechos a otros niños callejeros, que se sabe que portan dinero. Víctimas muy apetecibles son niños comerciantes solitarios al final de un día de trabajo.

Entre los mismos ladrones se roban. Hay vigilantes que averiguan cuándo determinado grupo ha robado, para hacérselo saber a otro grupo, que pronto se dispone a robar lo robado.

Es indiscutible la importancia que toma, sobretodo entre los niños, el actuar en grupo, pues así quedan habilitados para enfrentar a cualquier víctima o enemigo, y para defenderse o atacar a otros grupos.

Un niño con experiencia puede llegar a hacerse fácilmente de 30 mil pesos en un día. Aunque difícilmente roba todos los días. Más bien lo hace cuando tiene la necesidad y no por vicio.

La necesidad puede provenir de la presión del grupo familiar a que el niño lleve dinero, o a necesidades propias del niño.

Es bastante extendida entre los niños callejeros, la idea de que existe una relación entre pasta base y robo. Para ellos, quienes caen en la adicción, encuentran en el robo la única forma de satisfacer sus necesidades, debido al alto costo que eso implica. Los que fuman pasta base, roban. Aunque al revés, no necesariamente es así.

De cualquier manera, el que roba puede mantener un nivel de gastos muy superior al de la mayoría de los niños callejeros. Sus ingresos son solo superados por los que practican el trabajo sexual o el comercio de la droga.

El dinero se gasta en buena ropa, en cigarros y marihuana. También es habitual la compra de coca o pasta base. Estas drogas son consumidas en lugares ocultos de la población, junto con el mismo grupo del robo y otros amigos más, formándose el gran grupo de los vicios.

El temor frente a la represión policial es más bien habitual entre los primerizos. A medida que el niño va adquiriendo experiencia en la calle, va perdiendo muchos de sus miedos originales. Las detenciones reiteradas en comisarías y el maltrato de carabineros, los van habitualizando a ese contexto.

El que hace del robo un trabajo permanente, llega a dominar muchos miedos, fortalece su carácter y se convence de que son pocos los límites que no pueden ser sobrepasados. Los individuos que antes lo intimidaban, ya no. El niño se piensa dominador de todas las situaciones.

Sin embargo, el miedo se reactiva cuando se producen enfrentamientos entre personalidades fuertes, con niveles de experiencia equivalentes. Los temores también se acrecientan cuando el individuo actúa solo, después de estar habituado a la protección de su grupo.

De cualquier manera, al robar, el niño aprende a dominar sus miedos, y adquiere un sentimiento de dominio sobre los territorios, las cosas y las personas.



Macheteando en la calle



Niños fleteros en La Bandera



Comerciantes en Americo Vespucio



Niños atendiendo un puesto de cerámica



El negocio de los volantines en septiembre

2.- La alimentación, el vestido y la vivienda

2.1.- La alimentación

En la calle, el niño come cuando tiene hambre. Durante su trabajo diario acumula dinero, y una vez que ha reunido lo suficiente, se compra un completo, un sandwich o un helado.

En ocasiones, siente hambre y no tiene plata, así que se acerca a almacenes o lugares donde hay gente comiendo, para pedir algo. Sin embargo, si está trabajando, lo habitual es que esto no sea necesario. Algunos recurren al robo de dulces o chocolates en negocios establecidos o supermercados. Si se trata de menores que se dedican a robar como actividad principal, el dinero que obtienen lo destinan principalmente a la comida y a fumar, sean cigarrillos, marihuana o pasta base.

Cuando son primerizos o niños que determinado día no se encuentran trabajando, invariablemente la solución se encuentra pidiendo dinero o comida.

Sin embargo, los niños más experimentados casi siempre llevan dinero y pueden satisfacer sin problemas sus necesidades de alimentación. No obstante, es común que lo hagan desordenadamente, dejándose llevar por goloserías momentáneas y por atractivas promociones en negocios de comida rápida.

Algunos menores, y en especial los que no deben llevar dinero a su casa, gastan gran parte de sus ganancias en comida y en juegos de video. Sin observar en absoluto el nivel alimenticio de los productos adquiridos, el niño puede, por ejemplo, llegar a consumir cuatro o cinco helados durante un día. Es decir, siempre comen, pero la buena alimentación es un tema aparte.

Espinola (1987, pág. 112) señala con razón, que la comida y la plata les quema. “ El hambre permanente y las tentaciones que sienten como niños, viendo pasteles, helados y gaseosas, los lleva a gastar a medida que van ganando, y es con un esfuerzo tremendo que tratan de guardar una parte del dinero para su casa ”.

En todo caso, como lo habitual es que los lugares de trabajo de los niños se encuentren en espacios donde hay mucha gente o en centros de gran actividad comercial, tanto los recursos para obtener dinero como los lugares para comer, están a un paso.

A veces, algunos adultos proveen de comida a los niños, como sucede en el caso de educadores de calle de instituciones benéficas, que acuden a los sitios de trabajo de los menores llevándoles pan, leche o dulces. En estas ocasiones los educadores invitan a los niños a asistir a centros abiertos, en donde les dan almuerzo y les imparten actividades educativas y recreativas.

2.2.- El vestido

Los niños callejeros llevan poca ropa. Sólo lo indispensable. Un pantalón de blue-jeans o buzo y una polera. Habitualmente zapatillas. Cuando hace frío, en los meses de invierno, se ponen chaleco. Algunos usan gorro. No llevan nada en la mano, a no ser que sean comerciantes ambulantes.

Este liviano vestido les facilita el trabajo, que casi siempre exige largos desplazamientos cada día. Frente a cualquier amenaza deben saber moverse con rapidez, para escabullirse del enemigo y asegurar así la permanencia en la calle, lo que no sería posible si portaran objetos pesados.

Y muchas veces, aunque llueva o haga frío, se les ve bastante desarropados. En ocasiones pasan mojados durante horas. Pero mientras están trabajando, se olvidan de ello. El movimiento, el paso rápido o las carreras, los mantienen calientes. Sin embargo, si se detienen a conversar, sienten el rigor del clima. Entonces, buscan un techo y, cuando andan sin chaleco, introducen sus brazos bajo la polera.

El propio cuerpo les proporciona las herramientas necesarias para sus quehaceres. Sus manos se hacen resistentes para cortar cordeles y sus dientes son útiles instrumentos para rebanar alimentos. De esta manera, los niños minimizan el uso de artefactos, pues ello coarta sus posibilidades de sobrevivencia en la calle.

La mayoría de estos menores anda con ropa en buen estado, pues de esa manera encubren su presencia ante la vigilancia policial. Zapatillas grandes y vistosas, son una estrategia para pasar desapercibido, pues el uso de ellas es cada vez más extendido a todo nivel. De hecho, en este accionar incesante, el calzado adquiere gran importancia. Se gasta con rapidez, por lo que debe ser cambiado con frecuencia, sobretodo si se toma en cuenta que en ocasiones usan zapatos viejos. Pero en la medida que pueden, juntan dinero durante uno o dos meses, para comprarse un buen par de zapatos o zapatillas. Lo que no quita que sea bastante frecuente también, verlos en las poblaciones a pie pelado, con sus torsos desnudos, en los meses de verano.

Aunque cuidan su vestido, el aspecto del rostro muchas veces los delata, pues andan despeinados y con la cara deslavada. Otros usan el pelo corto. Puede ser por higiene o como señal de virilidad. En ocasiones lo llevan así, porque cuando los detienen les cortan el pelo, para identificarlos con mayor facilidad en la calle. En estos casos, los niños frecuentemente recurren al uso de gorros para ocultar su cabeza.

Cuando el niño se va haciendo más independiente de su casa, se compra ropa, lo que aumenta su sensación de autosuficiencia. Más aún. La buena ropa es señal de mejores ingresos, lo que reporta respeto y envidia en los demás niños. En cierto modo, es una señal de prestigio.

La ropa es un objeto personal que requiere cuidado. El mismo menor la lava, sea en su casa o en las cercanías de su vivienda en la calle, como una necesidad

básica de sobrevivencia, donde cada cual hace lo que le corresponde. Y aunque la ropa pueda parecer algo demasiado personal, el niño demuestra su conducta solidaria al prestar o regalar una prenda a un amigo, en caso de necesidad.

La moda también es algo relevante para el niño en el momento de elegir su ropa o usar adornos. El empleo de insignias o distintivos de clubes populares de fútbol, en poleras o gorros, es algo normal. Algunos usan aros prendidos a la oreja. Pueden llevar también objetos colgados al cuello, como un simple collar de mostacilla o la reproducción de una hoja de marihuana. Así el niño le muestra a los otros y a sí mismo, que lleva algo normal o querido, fácilmente identificable por los demás. También puede ser una forma de llamar la atención. En todo caso, la moda es lo que todos hacen. Pero sobretodo es lo que hacen los niños que están en aquel medio al que el propio menor pertenece o desea pertenecer.

2.3.- La vivienda

El niño está constantemente cambiando de vivienda. Vive con su madre, después se va a donde su tía o su abuela, donde algún pariente en otra ciudad, o simplemente reside en algún Centro de Diagnóstico o de Rehabilitación. Las mismas desaveniencias entre los convivientes o la estrechez de los espacios, no hacen de la vivienda familiar un sitio deseable. Algunas son casas de tablas, con techumbre de latas retenidas con piedras, llenas de orificios por donde se cuele el frío, y donde el suelo es la tierra. Habitaciones realmente pequeñas en donde viven familias extendidas, con padres, hijos, abuelos, tíos y sobrinos, muestran altos grados de hacinamiento y desorden, como rasgos recurrentes en la vida cotidiana de estos niños.

El corto tiempo de permanencia en la vivienda se presenta también en el caso de las caletas, que son los sitios escogidos para dormir, cuando el menor se encuentra viviendo en la calle. Aunque se ubican en lugares protegidos al aire libre, son altamente vulnerables a las inclemencias del tiempo y a la vigilancia de carabineros. En el caso de las caletas aledañas a las riberas de los ríos, las lluvias de invierno que aumentan el caudal de los cauces, muchas veces hacen imposible dormir en esos lugares, por lo que los niños deben buscar abrigo en otros lugares, como parques o cerros de la ciudad.

Las caletas pueden estar en ductos secos de desagüe, debajo de los puentes, en sitios eriazos al costado de calles, o en cualquier lugar que se considere más o menos seguro y protegido. En invierno, debe tener techo y estar suficientemente abrigado. Se sabe por ejemplo, de la existencia de grupos de niños que duermen en los accesos de algunas estaciones del metro, lugares que según ellos, son calentitos, pero que deben ser ocupados mientras las estaciones permanecen cerradas, para burlar la vigilancia de los guardias del metro.

Un tipo de espacios que también se utiliza para instalar viviendas son los solares, que corresponden a sitios emplazados en zonas céntricas de la ciudad, donde aún

no hay construcciones y están abandonados. Se instalan a vivir allí familias extendidas, en forma más o menos permanente, hasta que son expulsadas por presiones municipales. Familias de recolectores de materiales reciclables, frecuentemente ocupan estos solares, quedando cerca de los lugares a los que concurren a recolectar material.

Al igual que en el caso de los solares, habitualmente las caletas se ubican cerca de los lugares de trabajo de los menores. De manera que para los que viven en la calle, el tiempo utilizado en los desplazamientos cotidianos está condicionado por la ubicación de la caleta, sobretodo entre quienes se mueven a pie, lo que también es válido para los menores que viven con su familia. En este sentido, la hora en que el niño pone término a sus actividades diarias, depende en gran medida del tiempo que necesita para volver a su vivienda. No obstante, quienes tienen más experiencia en la calle, tienen identificados ciertos lugares, en diferentes puntos de la ciudad, que pueden servir de refugio durante la noche, lo que les da más flexibilidad en relación a la hora de término de sus actividades. Sin embargo, estos menores más experimentados, en caso de emergencia, duermen allí donde los pille la noche.

No obstante, y dependiendo del trabajo y del nivel de ingresos del menor, algunos pueden ocasionalmente arrendar habitaciones en hoteles baratos, lo que les da cierto prestigio frente a los demás niños. Para los que se mueven en el comercio sexual y están ligados a un proxeneta, el alojamiento diario está asegurado.

Ciertas caletas son empleadas únicamente para dormir, como sucede en los accesos al metro, adonde concurren grupos de niños, por las noches, y donde se dan instancias para el acercamiento de los primerizos hacia estos grupos, que los acogen y los protegen. Aunque son caletas de ocupación colectiva, son concebidas por los niños como algo propio. Algunos de estos lugares, sin embargo, sobretodo cuando se encuentran en pleno centro de la ciudad, quedan demasiado expuestos a la posibilidad de detenciones por parte de carabineros, lo que implica que los menores deben estar en una actitud de permanente vigilancia.

Cuando estos sitios no están bien protegidos del frío, los niños se cubren con cartones y duermen sobre tablas. A veces recurren a la compañía de perros, que les dan protección y abrigo durante las noches.

Hay otras caletas, sin embargo, que son propiamente viviendas para los niños. Allí duermen, comen, comparten con otros niños y adultos y hacen sus necesidades, siendo característico el hacinamiento y el desorden, al igual que en la vivienda de origen. Aunque el hacinamiento aquí puede entenderse como una estrategia para protegerse del frío.

Casi siempre disponen de agua cerca, en donde pueden asearse y lavar su ropa.

Estos lugares son fácilmente identificables en las riberas del río Mapocho, por ejemplo. Desde lejos se ven toldos, como medio de protección y privacidad. La

vegetación también proporciona un buen sistema de ocultamiento. Y desde cerca, se puede ver ropa colgando o espejos, como indicadores irrefutables de que allí vive alguien.

Este tipo de viviendas son concebidos como propiedad privada por sus ocupantes, que no puede ser invadida por extraños. Quien lo hace se expone a ser expulsado violentamente.

Algunas caletas están asociadas al consumo de neoprén. El mismo hecho de encontrarse en lugares protegidos y ocultos, les da la seguridad a los niños para darse este placer. Se juntan en las noches, en pequeños grupos, a aspirar neoprén, y después se quedan a dormir allí.

Es probable que la ocupación de una caleta represente uno de los vínculos más profundos que el niño puede establecer con la vida callejera. Quien haya dormido en una caleta, se siente más propiamente un niño callejero, pues ella refleja la expresión máxima de independencia y autosuficiencia del menor.

3.- Las relaciones sociales

3.1.- Las relaciones individuales

El niño pocas veces llega a la calle solo. Casi siempre lo hace siguiendo el ejemplo de algún familiar, sea menor o adulto. De manera que en ese espacio habitualmente tiene conocidos a quien recurrir.

Durante el día ve a decenas de otros niños moviéndose, tratando de conseguir dinero. Así que, tarde o temprano, se encuentra con algunos de ellos, haciendo lo mismo.

En esos encuentros, el solo hecho de compartir un mismo problema - el de obtener dinero - facilita la comunicación entre ellos. Ya sea para juntarlos, en el caso de aveniencia, o para separarlos, en el caso de conflicto. Pues casi nunca la relación es de indiferencia.

En muy pocas ocasiones, el niño se propone permanecer solo. Sucede en personalidades muy fuertes e independientes, o en menores que creen que en poco tiempo ya no necesitarán estar en la calle.

Sin embargo, la mayoría de las veces, el sentimiento de inseguridad y el miedo, que priman al principio, mueven al niño a acercarse a los otros, pues así se siente protegido. Además, al hacerlo así, puede aprender de los demás otras estrategias de sobrevivencia desconocidas por él.

Y esta misma necesidad de protección, hace que habitualmente los niños se integren en grupos de más de cuatro o cinco individuos, siendo las parejas poco habituales en la calle, porque no dan garantía de seguridad, a no ser que uno de los dos sea adulto o muy experimentado.

Cuando dos niños callejeros se encuentran por primera vez, la inmediata inquietud que surge en ambos es saber el lugar de procedencia del otro, en qué población vive. Después, en qué trabaja, aunque casi siempre esto se deduce fácilmente. Lo demás, se va conociendo con la misma relación cotidiana: la experiencia, el carácter, el sentido del humor. Pero son sobretodo las cosas comunes, las que facilitan una relación más permanente entre los niños: trabajar en un mismo lugar, tener amigos comunes, haber tenido experiencias parecidas. Estas cosas los llevan a andar juntos, a jugar juntos, a trabajar juntos. Y sobretodo a afianzar aún más su relación, a través de la confianza mutua, la principal aliada en la calle.

Un tipo de contacto frecuente en la calle, son las peleas.

Cuando un niño es atacado por otro, habitualmente recurre a los puños para defenderse. Previamente sí, trata de asustar al rival mediante palabras fuertes que lo alejen. Luego, si aquello no prospera, recurre a empujones o roces corporales, para dar indicios de su fuerza. En estos roces, las miradas se encuentran constantemente, siendo medios de intimidación de gran efectividad en algunos casos. Por último, si los implicados se mantienen allí, el enfrentamiento culmina con golpes preferentemente dirigidos a la cara. El principal objetivo es hacer fluir la sangre en el otro, pues la aparición de la sangre reactiva el miedo en el afectado. No obstante a veces, cuando ello ocurre, la furia aflora con más fuerza, porque no se concibe el hecho de haber sido dañado.

En las peleas, con frecuencia el niño expresa grados altos de violencia, al lanzar objetos, como piedras o palos, contra otros niños, advirtiéndoles de esta manera que deben mantenerse a distancia.

Señales hechas en el cuerpo pueden favorecer los amedrentamientos, como cicatrices resultantes de peleas anteriores. No obstante ello, aunque muchos de estos menores tienen huellas corporales de quemaduras, heridas o accidentes, algunas de ellas visibles, habitualmente no existe una intención expresa de mostrarlas con algún objetivo.

En este contexto, el karate, como medio de defensa, es admirado y temido entre los niños, porque maximiza las posibilidades del cuerpo. Un menor que sabe karate es siempre respetado.

El empleo de armas también es muy frecuente como medio de amedrentamiento. El uso de cuchillos y cortaplumas es bastante extendido entre los menores. Cuando amenazan con estas armas, el objetivo principal es producir miedo en el adversario, más que producir un daño físico. No obstante, el que lleva un cuchillo no duda en usarlo si es necesario.

El uso de pistolas también es habitual. Pero más que nada entre los jóvenes y hombres mayores. Se da sobretodo en las poblaciones donde hay tráfico de drogas. Los que trafican o venden pasta base deben a veces defender la mercancía a balazos.

3.2.- Las relaciones grupales

En el grupo, el niño se siente acogido y respetado por otros niños, y siente además cierta seguridad frente al medio. Allí tiene su espacio, que al igual que los otros, ha debido ganarse. Los demás conocen sus defectos y cualidades. Y sobretodo saben de su experiencia y de su personalidad, que casi siempre son los rasgos que definen el posicionamiento del menor dentro del grupo.

Existen cosas en común que definen y cohesionan a cada grupo. Una procedencia común de los integrantes, el ser hinchas de un mismo equipo de fútbol, o un trabajo desarrollado en un mismo lugar, pueden dar origen a un grupo. Y es sobretodo esto último - la concurrencia a un mismo lugar - lo que facilita la formación de grupos de individuos, porque es la manera en que los niños se reconocen unos a otros, en sus actividades cotidianas. Van identificando a los que acuden a un determinado lugar y saben qué actividades realizan, porque los están viendo a cada momento.

Es así como puede haber un grupo formado por niños cantantes y comerciantes de un paradero determinado, y otro constituido por cierto número de menores que asiste a una casa de acogida.

Cada grupo tiene un líder o cabeza, que es el que tiene más experiencia en la vida callejera y el que posee más personalidad para imponer sus propias decisiones a los demás, por cualquier medio. Sin embargo, el líder pocas veces utiliza la fuerza. Y cuando lo hace, es sólo para demostrarle a los demás que él es el más fuerte, pues tampoco es bien mirado el empleo reiterado de la fuerza. Más bien lo que garantiza la permanencia del líder, es la seguridad que él tenga en sí mismo.

De hecho, la sobrevivencia en la calle no está en absoluto garantizada con el solo empleo de la fuerza. Por el contrario, la seguridad del menor depende en gran medida de su propio autocontrol y del uso de la fuerza sólo cuando es necesario.

El líder define los límites del grupo, marginando o incorporando a nuevos integrantes. Se quedan afuera los que son diferentes, los que no comparten con ellos. Mientras que los que entran son los que espontáneamente se acercan y que al mismo tiempo respetan las normas del grupo.

El que primero toma las decisiones es el líder, y detrás siguen todos los demás. Les pone sobrenombre a los integrantes o decide cuándo hay que hacer o dejar de hacer algo. Jamás acoge una idea de un primerizo porque aquello es señal de debilidad. Y menos, se deja intimidar por alguien externo al grupo, porque eso cuestiona ante lo demás su capacidad para protegerlos.

La seguridad es uno de los atributos de los grupos que el menor más busca al acercarse a ellos. Los individuos se protegen mutuamente ante agresiones externas y se prestan ayuda en los momentos de necesidad. Además, es común la concertación de acuerdos, sobretodo entre quienes comparten una misma actividad, para reunir ganancias individuales y distribuir las posteriormente entre todos, lo que le reporta una seguridad económica al grupo.

De esta manera, con el acercamiento a un grupo, el niño puede ir independizándose de su relación con familiares y fortalecer sus vínculos con la calle.

Uno de los comportamientos más característicos de los integrantes de un grupo, es la solidaridad. Por ejemplo, cuando algún miembro es perjudicado por una acción de un agente externo al grupo, todos, sin excepción, adoptan alguna actitud de apoyo al afectado y de rechazo al extraño. Es éste un mecanismo natural de sobrevivencia del grupo, que fortalece su cohesión y lo defiende del exterior.

La cooperación también es un rasgo que caracteriza las relaciones al interior de cada grupo. Se ve con frecuencia, por ejemplo, en los grupos de niños fleteros o comerciantes, el préstamo de dinero al comienzo del día, para favorecer el desempeño de los que tienen menores recursos. La confianza depositada, inherente a la acción del préstamo, debe ser correspondida al final del día, con la devolución del dinero.

Otra conducta habitual en la calle es compartir. Es inherente al grupo. El que no comparte dentro de un grupo, se va. Y se comparten no sólo las ganancias. También la comida, algunas pertenencias personales y, por supuesto, las anécdotas y experiencias de cada cual.

Sin embargo, las relaciones al interior de los grupos no siempre son pacíficas. Sobretodo cuando algún hecho ha cuestionado el adecuado desempeño de uno de los integrantes. En tal caso puede ocurrir la expulsión del incriminado. Un ejemplo de ello acontece cuando uno de los menores delata al grupo frente a la policía o frente a otro grupo (Lucchini, 1990, pág. 44), situación que es gravísima pues aniquila las bases de la confianza entre los demás miembros y el delator. Otras veces, puede darse una confrontación entre dos miembros, para dejar en claro ante los demás y ante el otro, quién es el más fuerte.

Invariablemente, los mayores protegen a los más chicos. Se podría decir que existe un afecto innato hacia ellos. Así que es frecuente ver a niños de 14 o 15 años, con niños pequeños. De esta manera, los más chicos se sienten protegidos, y los grandes se sienten cumpliendo una función natural de cuidado hacia ellos, a los que les prodigan atención y afecto.

Casi siempre los grupos tienen formas homogéneas de jugar o elegir sus pasatiempos. En determinado momento, todos juegan fútbol o taca-taca o videos. Y el que no participa sistemáticamente en ellos, se va automarginando del grupo. Por otra parte, una marginación natural ocurre cuando el niño adhiere a los pasatiempos de otros

grupos, como sucede en el caso de un menor que se incorpora en un juego de mujeres. En este sentido, los grupos de hombres y mujeres están claramente diferenciados.

Algunos grupos se mantienen unidos debido a la existencia de un mismo sitio para dormir, ocupado por todos. Pero tal sitio es mucho más que un espacio para dormir, pues allí los menores comparten experiencias, comen, beben alcohol o se drogan. El consumo de drogas y alcohol, muchas veces obedece a necesidades compartidas de afecto o sentimientos de soledad.

En lo que se refiere a las relaciones entre grupos diferentes, casi siempre ella se produce en instancias de rivalidad, con lo que se remarcan los sentimientos de identidad al interior de cada grupo. Puede ser un encuentro de fútbol entre equipos de dos poblaciones diferentes, o una lucha abierta entre pandillas. Existe siempre una descalificación hacia los del otro grupo, porque lo que interesa a cada cuál es conseguir sus propios objetivos, sin considerar los propósitos del otro.

Hay ocasiones sin embargo, en que los intereses de los distintos grupos callejeros convergen. Y es cuando todos ellos se ven afectados simultáneamente por un mismo grupo de extraños. Es el caso de la presencia de unidades de represión policial. En esas instancias, todos los menores se alinean con el propósito de defenderse de la policía, independiente de grupos, actividades o procedencia.

3.3.- Las relaciones afectivas

El niño callejero es sumamente desconfiado frente a los extraños, sobretodo con los adultos. Quizá porque cree que lo van a maltratar, reproduciendo así en los mayores la imagen que él tiene de sus padres. Pero la desconfianza es una actitud necesaria en la calle, como mecanismo de defensa. De esta manera, el niño entra a la calle, habiendo ya sido adiestrado en ella.

Sin embargo, cuando encuentra a alguien en quien puede confiar, se compromete rápidamente en una relación afectiva. Si se trata de un hombre mayor, busca cariño. Si es un niño pequeño, le entrega afecto y protección. Y si es un niño de su edad, lo hace su amigo, compartiendo con él momentos de intimidad, prestándole sus cosas o ayudándole a solucionar algún problema.

Una gran parte de las relaciones que el niño tiene con adultos de la calle se deben a su trabajo, teniendo una baja connotación afectiva. Otras veces, las relaciones son de tipo clientelista, en las que el niño recibe favores de una persona a cambio de una retribución futura. Es el caso del proxeneta, que le proporciona protección al menor, a cambio del dinero que éste pueda obtener del trabajo sexual.

Las relaciones afectivas que el niño mantiene con adultos de la calle son escasas. Casi siempre es con mujeres. Las prostitutas adultas, por ejemplo, desarrollan hacia los menores una especie de instinto maternal que las lleva a protegerlos,

aconsejarlos y ayudarlos. Con las más jóvenes, muchas veces se produce la iniciación sexual de los menores. (Espínola, 1987, pág. 119)

A veces conoce a hombres o mujeres mayores que atienden locales de videos o negocios en donde los niños compran su mercadería, con los cuáles entabla relaciones más o menos permanentes. Esos lugares son importantes espacios de encuentro con otros niños, en donde el adulto es mirado muchas veces como un protector afectuoso y necesario.

En otras ocasiones, individuos mayores acogen a niños por compasión, proporcionándoles un espacio permanente para estar o dormir durante las noches. Fuertes lazos de dependencia se pueden crear entre ellos. Se sabe, por ejemplo, del caso de un hombre que trabaja en una bomba de bencina - llamado Tata por un niño - que tiene un lugar en la bomba donde permite que este niño duerma, cada vez que él no quiere volver a su casa, para que no lo golpeen sus padres por no haber juntado dinero suficiente en su trabajo.

Existen también contactos afectuosos con jóvenes o adultos que trabajan en instituciones que acogen a niños callejeros. Habitualmente son educadores de centros abiertos que van a la calle para invitar a los niños a acudir a estos lugares, donde se les proporciona comida y espacios de recreación, y donde comparten con otros niños callejeros.

Sin embargo, las expresiones de afecto más claras se producen hacia los niños más pequeños. Existe una conducta natural de protección hacia ellos, de parte de los más fuertes, evitando que los más grandes se aprovechen de los más chicos. Es común ver a grupos de niños, que van detrás de un mayor. De esta manera, el hombre grande se siente fuerte porque desarrolla un papel de protector, siendo querido y respetado por los chicos.

Pero, como es natural, la afectividad más fuerte se desarrolla entre niños de las mismas edades, sobretodo en el pololeo.

El pololeo es algo muy normal entre los niños, comenzando desde muy pequeños la actividad sexual. La sexualidad es estimulada en este medio, antes que reprimida, porque es un indicador de masculinidad y experiencia.

Los niños llegan a llorar o pelear por la mujer que aman. El llanto se puede expresar sólo frente a la mujer o a solas, porque es señal de debilidad. En tanto, la pelea es una forma de proteger lo propio. Pero, por sobretodo, al pelear, el niño pretende demostrarle a la mujer lo que es capaz de hacer por ella. Más aún, para retener a su polola, el niño debe estar constantemente mostrando su amor a través de gestos de negación de sí mismo y de exaltación del ser amado.

En este medio, la necesidad de afecto se ve en la lucha por retener a la mujer que se ama. Es así que un pololeo de unas pocas semanas puede derivar en una

propuesta de casamiento, como una forma de demostrar que la mujer es tomada en serio y no como un pasatiempo.

Las relaciones de pololeo se dan sobretodo entre quienes comparten un mismo espacio. Un grupo de niños y niñas, por ejemplo, que pasan la noche en un hogar de menores, por el solo hecho de encontrarse allí cada noche y de compartir ciertos hábitos en ese lugar, entablan con mayor facilidad este tipo de relaciones. Además, debido a que el número de niñas callejeras es bastante inferior al número de hombres que están en la calle, los niños tienen que buscar pareja dentro de un grupo pequeño de mujeres. Por este mismo hecho, la mujer está constantemente coqueteando con unos y otros, sean chicos o grandes, porque sabe que son muchos los interesados. Es así que, en este escenario, retener a la polola se hace aún más difícil.

La amistad también es habitual entre los niños callejeros. Los amigos son los que andan en grupo y hacen las mismas cosas. Juegan juntos, hacen embarradas juntos, toman juntos. Es el hacer lo mismo, lo que lleva a los niños a llamarse amigos. El compartir y el solidarizar, vienen luego, por añadidura, como consecuencia natural de la existencia de un grupo. Los amigos son los que están en un mismo grupo. Y un grupo está formado por los que hacen lo mismo.

Sin embargo, ninguna de las relaciones que el niño entabla en la calle son duraderas, porque, como hemos señalado, allí todo es efímero. Nadie sabe lo que va a suceder al día siguiente.

Las relaciones afectivas no escapan a esta realidad. Y aunque el niño comprometa todo su ser en ellas, de antemano sabe que pueden desaparecer prontamente. Así que, después de una separación, el menor está siempre preparado para darse a sí mismo una explicación que lo deja tranquilo.

3.4.- Las relaciones laborales

3.4.1.- El territorio

Cuando un individuo llega por primera vez a un lugar ocupado por otros, con frecuencia se producen enfrentamientos, pues los más antiguos piensan que el primerizo les va a quitar alguno de los beneficios que obtienen en la actualidad. Pueden ser simples miradas, insultos abiertos o agresiones físicas, directamente. Y a no ser que el extraño sea un niño de carácter fuerte, lo más probable es que sea expulsado.

Sin embargo, ocurre a veces, que alguno de los individuos más antiguos del territorio se ofrece como protector del niño, permitiéndole su entrada. Pueden ser adultos o jóvenes más respetados dentro del medio. Aunque casi siempre esto lleva implícito una suerte de deuda permanente de parte del niño hacia el protector (Espínola, 1987, pág. 118).

Otra forma de entrada es a través de un conocido ya afianzado en el lugar. Éste puede ser el caso de un niño que trabaja desde hace algún tiempo allí, que invita a algún pariente o conocido a trabajar con él. Pero debe dejar, desde un principio, muy en claro que el primerizo no es un extraño.

Lo que se protege al interior de cada territorio es el dinero que se puede recibir en él. Mientras más individuos hay trabajando allí, menor es la cantidad de dinero recibida por cada uno, independientemente de la actividad que realicen. Así, la llegada de un extraño representa un riesgo latente para todos, ya que pueden ver disminuidos sus ingresos.

3.4.2.- La competencia

El respeto entre los niños de la calle tiene que ver con el nivel de ingresos de cada uno, porque ello está directamente ligado al grado de independencia del menor. La competencia se produce principalmente entre quienes realizan actividades que tienen niveles de ingreso similares, pues sólo de esa manera la competencia se realiza en igualdad de condiciones. La rivalidad aumenta aún más entre quienes ocupan un mismo territorio.

Por ejemplo, los comerciantes de micros que trabajan en una misma esquina, que se encuentran varias veces durante el día, constantemente se están preguntando sobre el dinero que cada uno ha ganado. En su intento por ganar más que los otros, en cada luz roja del semáforo se esfuerzan por ganar las micros a los otros vendedores, en una carrera que más parece un juego que una lucha.

Algunos optan por eliminar la competencia, trabajando solos, en lugares aislados, y en horarios con poca concurrencia de niños trabajadores.

También se valora la capacidad de ganar el dinero en forma más eficiente. Es así que un niño que tiene que desplazarse una gran distancia para obtener una suma de dinero, es menos valorado que otro que desarrolla una actividad similar y gana lo mismo en un pequeño espacio. De manera que los niños también compiten en relación a las estrategias que emplean para ganar su dinero, porque con ello demuestran sus habilidades.

Dos niños que realizan actividades con ingresos muy diferentes, jamás compiten por el dinero ganado, porque las fuentes de sus ingresos son diferentes. Se confirma, por lo tanto, que la competencia laboral consiste principalmente en quién tiene más habilidad para conseguir un objetivo a partir de una misma fuente.

3.5.- Formas de comunicación

3.5.1.- El lenguaje hablado

El lenguaje de la calle es de frases cortas y poco elaboradas. La rapidez de los acontecimientos así lo requiere. No hay tiempo ni necesidad de pensar demasiado lo que se va a decir. La demora implica marginación, porque la palabra tardía no es escuchada.

A veces hay silencio. El silencio es empleado como una señal. Una pantalla interpuesta entre dos individuos. El silencio le dice al interlocutor que lo que él está diciendo no es importante. Es indiferencia. Es, por lo tanto, un indicio de carácter que tiene mucha validez en las relaciones cotidianas de la calle.

La palabra emitida por un individuo es ante todo una forma de comprobar su confiabilidad. Y son preferibles las aseveraciones comprobables en corto tiempo, pues la incertidumbre corroe las buenas relaciones. Quien hace anuncios de hechos que acontecerán dentro de varios días, probablemente será tildado de mentiroso. Pues, independientemente de la seguridad que se tenga sobre un suceso futuro, más vale anunciarlo casi en el momento mismo en que éste va a ocurrir, lo que seguramente tiene que ver con el hecho de que en la calle nadie tiene tiempo para esperas prolongadas. La paciencia no tiene valor allí. Más bien es algo peligroso. Porque el niño paciente corre el riesgo de perder muchas horas de espera, que pueden ser preciosas para quien intenta sobrevivir en ese medio.

En el lenguaje del niño es de gran importancia la forma de infundir temor ante los extraños que eventualmente pudieran agredirlo. Es así que frente a todo posible enfrentamiento físico hace uso de amenazas y advertencias, con el objeto de atemorizar al rival y hacerlo desistir de su propósito de llegar al contacto físico. El que triunfa en este tipo de amedrentamientos, que podríamos llamar de carácter, es mucho más valorado que el que triunfa a costa de golpes. Aún así, las personalidades fuertes deben tener esporádicamente enfrentamientos físicos que corroboren sus liderazgos.

El miedo también puede ser un arma para obtener información. El líder de un grupo, por ejemplo, puede hacer alusión directa a algún hecho escondido por uno de los miembros, en presencia de todo el grupo, para que el aludido confiese su mentira.

Las peleas muchas veces son gatilladas por insultos a la madre de uno de los menores. Este tipo de ofensas requiere de gran control para no irse a las manos, pues encubren una invasión directa del territorio más íntimo de cada cuál. Una intromisión en el espacio donde se encuentra lo máspreciado. Dejar pasar una ofensa así, es una señal de debilidad, pues el menor no es capaz de hacerse respetar poniendo al otro en su lugar.

La capacidad de conseguir propósitos a través de la palabra es también una cualidad deseable en la calle. Sin embargo, los objetivos deben conseguirse en corto tiempo. De lo contrario, se emplean otros medios.

Por ejemplo, la compasión despertada por los niños que piden plata en la calle y en las micros, se debe en gran medida a la manera que tienen ellos de elegir y pronunciar las palabras para conseguir su propósito.

Sin embargo, la eficiencia del lenguaje no se mide sólo en actitudes pasivas de los niños, sino en negociaciones entre pares, en igualdad de condiciones, en las que se pone en disputa la habilidad de cada niño como negociador. Cada cual debe convencer a los otros de que su propio planteamiento es el mejor. Esto puede ocurrir, por ejemplo, entre individuos de un mismo grupo que se proponen ejecutar algún plan.

Eventualmente, para conseguir sus propósitos el niño miente, aunque casi nunca lo hace dentro de su grupo, porque aquello debilita la confianza.

Otra característica del lenguaje empleado por los niños es su constante referencia a lugares de la ciudad, como instrumento de orientación espacial. Aluden a los lugares donde trabajan, a estaciones del metro, a estadios o a centros comerciales, siempre en forma muy sucinta. Al referirse a un paradero, por ejemplo, lo hacen diciendo sólo el número. El nombre de la calle queda implícito. También, cuando se refieren a una micro determinada, señalan sólo su número. Es decir, se sobreentiende que gran parte de la información que se desea transmitir, es conocida, lo que favorece el empleo de frases cortas, como se mencionaba anteriormente.

Este lenguaje es comprendido por niños de todas las edades. En particular, los más pequeños lo aprenden prontamente, debido a la entrada temprana a la calle y al contacto con individuos de más experiencia. Los conceptos más duros o los aspectos más propios de la vida callejera, se dan a conocer en gran medida a través de la palabra. La música escuchada por ellos, por ejemplo, favorece la difusión de temas que son como un espejo, en el que el menor ve reproducida su propia realidad. En particular, el tema del amor entre hombres y mujeres, de gran importancia en este medio y de mención recurrente, es asimilado por los niños desde pequeños, como un tema relevante.

3.5.2.- El lenguaje corporal

Hemos señalado los procedimientos seguidos por el niño para infundir temor con el cuerpo, antes del empleo directo de los puños o de armas en una pelea. Ya sea lanzando objetos o dando fuertes empujones, el menor expresa con su cuerpo importantes grados de agresividad.

Sin embargo, el cuerpo es mucho más que un arma para defenderse.

En el baile, por ejemplo, el niño encuentra un emocionante medio de expresión corporal. Un niño bailando alegremente rap, que gira con velocidad sobre el suelo al apoyarse sobre una mano, puede llegar a ser muy valorado en su grupo, por su destreza. Pero más allá de aquello, al bailar, el niño está expresando un sentimiento de felicidad.

El menor también hace uso de su cuerpo dibujando sobre él. Mediante el tatuaje graba figuras sobre su piel, empleando pequeñas máquinas domésticas construidas por él mismo. Pero pocas veces son indelebles, ya que se van cambiando con la edad y según las experiencias vividas.

Se comienza por moda. El niño se pinta figuras para lucirlas ante los demás, infundiendo a los otros ciertos aires de respeto y choreza. Y esto frecuentemente se mantiene con los años. La figura de una mujer desnuda en un brazo, por ejemplo, puede ser una señal aparente de mayor experiencia del portador, útil para hacerse respetar entre los primerizos.

Sin embargo, los tatuajes también tienen una connotación afectiva. Se lleva pegado al cuerpo algo muy querido: una frase de amor o el emblema de un equipo de fútbol.

Mientras más oculto está, más secreto es. Así, el escudo de un equipo de fútbol probablemente vaya tatuado en un brazo. Aunque a veces, puede ir al lado del corazón, como una forma de darle una connotación afectiva más fuerte. Los recuerdos de algún amor casi siempre van en el torso.

Entonces, el tatuaje es también un signo de emociones personales que el niño desea mostrar a sus amigos. Representa imágenes que el propio niño desea recordar en cada momento. Un señal física de algo que existe en su mente, que sirve de referencia a sus pensamientos y acciones.

3.5.3.- Redes de comunicación

La comunicación rápida de mensajes es un medio imprescindible de subsistencia para los grupos que desarrollan actividades vitales en la calle. La cercanía de carabineros, por ejemplo, vista como una amenaza, es comunicada por señas, voces y movimientos rápidos, desde una o dos cuadras de distancia. De día o de noche, los hombres y niños que trabajan en la calle, transmiten en los momentos de peligro, mensajes de alerta ininterrumpidos, que con frecuencia se traducen en escapes fulminantes que no dejan señales de existencia ante los vigilantes.

Y en estas redes entran también aquellos que desarrollan actividades más formales, como jardineros o comerciantes de pequeños kioscos autorizados. En los casos de alerta se refuerza una especie de límite de identidad que abarca a todos los que subsisten en la calle. Sin embargo, la corriente de información se desplaza con mayor rapidez entre amigos y conocidos. Los grupos considerados diferentes, como puede ser el caso de algunos pasteros bien adentrados en su vicio, con frecuencia perciben estos mensajes al darse cuenta de la activación de la red de alerta al interior de los otros grupos. En cualquier caso, es una regla insoslayable el deber de transmitir a los que realizan actividades semejantes, la inminencia de algún peligro.

La red de señales también funciona con celeridad en el caso de presencia de agentes positivos. Por ejemplo, la llegada de tíos o educadores de una casa de acogida, llevando comida para los niños, se traduce con frecuencia en una rápida concurrencia de menores hasta el lugar en que se encuentran los tíos. En este caso, si bien todos se enteran de una u otra manera de esta presencia, los grupos diferentes deben percatarse de ella por sus propios medios, y cuando concurren hasta el mismo punto que los demás, se producen descalificaciones contra ellos, que normalmente culminan con un espontáneo alejamiento.

La mensajería llega a ser un trabajo en las actividades más riesgosas, como puede ser en el comercio de pasta base, por ejemplo. Cadenas de niños se instalan en las esquinas de calles de las poblaciones, para avisar la inminencia de la llegada de la policía, cuando se está produciendo alguna operación importante al interior de la población. En este caso, el mensaje debe ser transmitido sin retardo, para alertar con tiempo a los implicados, lo cual requiere una actitud de permanente vigilancia de parte de todos los niños mensajeros, pero por sobretodo implica una gran responsabilidad para el primer niño de la cadena, que debe a la vez alertar a los otros y mostrar indiferencia ante los agentes policiales que pudieran haberlo visto.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS SOCIALES
BIBLIOTECA
I. Carrera Pinto 1045
Fono: 6787737

4.- El esparcimiento

4.1.- La conversación

Una de las mayores diversiones de los niños es la conversación.

Mientras esperan en el paradero la llegada de una nueva micro, los vendedores ambulantes comparten alguna experiencia del día. Los niños que trabajan en un mismo foco, hablan en cada momento sobre algún otro niño que no ven hace tiempo o sobre la plata que han juntado. Los que acuden a una casa de acogida hablan sobre las pololas que tienen. Siempre están conversando con otros niños sobre cosas cotidianas, directamente relacionadas con ellos mismos, habituales para todos.

Hablan de hechos, de personas, de cosas, de todo. Lo que hizo alguien mientras estaba jugando a los videos. La caída de uno de los integrantes de un grupo, cuando bajaban de un cerro. El combo que le pegó tal niña a un niño. Siempre se están riendo de todo eso y se burlan de alguna de las personas implicadas. Hablan más que nada de cosas entretenidas.

Se conversa sobre lo que se conoce. La mayor parte de ese conocimiento lo constituyen las experiencias que han tenido. Muy pocas veces se habla sobre algo que se ha leído o escuchado, lo que seguramente refleja la importancia de decir la verdad entre ellos. El que miente, oculta la verdad, y pierde la confianza de los otros.

Nadie habla sobre aspectos que le competen sólo a sí mismo. Los problemas familiares, por ejemplo, son normales entre los niños, y no influyen directamente en la relación entre ellos. Además, el niño no habla de eso, porque al ser algo normal, no tiene el deseo de contar que caracteriza al que posee un secreto de algo único. En ocasiones también, el niño siente vergüenza de hablar de lo suyo.

A veces, el menor debe ocultar ante los demás un secreto que le ha confesado otro niño. Puede suceder también que un grupo se ponga de acuerdo para realizar un plan que no debe ser conocido por los demás. Este secreto, jamás debe aflorar en una conversación con los otros, pues aquello sería delación, que trae consigo la total pérdida de confianza del delator frente al grupo.

Hay hechos manifiestos, sobre los que se conversa escasamente. Un ejemplo de ello puede ser el hecho de ser hincha de un club de fútbol. Los niños comúnmente llevan tatuajes o portan la camiseta que identifica a su club. Pero todo aquello es parte de una normalidad. También es parte de una forma de ser que permanece. Y no se habla sobre lo que permanece, sino sobre lo que es distinto, sobre lo que es novedoso.

Los temas se refieren a acontecimientos inmediatos, apenas distantes unos pocos días del presente, ya sea que hayan sucedido o que vayan a suceder. Dificilmente se habla sobre lo acontecido hace años, menos sobre el futuro, porque son parte de una realidad distante, que se percibe como una unidad que no cambia con el paso del tiempo. El pasado y el futuro son partes de un mundo inmodificable, que está muy lejos del alcance de los niños.

Rara vez el niño habla por hablar, sin importarle lo que se está diciendo en una conversación. Una pregunta siempre va seguida del silencio propio de quien espera atento una respuesta. Quizá, una de las pocas veces que el niño habla demás, es cuando miente. En tal caso, las palabras son un elemento distractor para los otros y una forma de aliviar la propia tensión de la mentira.

Cada tema es compartido por niños de distintas edades, como si todos comprendieran perfectamente lo que se habla. No hay temas prohibidos para los que tienen menor edad. Esta gran apertura explica, en parte, la rapidez con la que los recién llegados a la calle se incorporan al medio callejero, pues el conocimiento de las experiencias de los mayores les facilita el camino.

4.2.- El humor

El niño callejero tiene un enorme sentido del humor. Siempre está bromeando sobre todo y jamás se le ve quejándose.

Toda la adversidad: el maltrato de los padres, la escasez económica, el frío del invierno, forman parte de una realidad normal para los niños. A partir de eso viven, haciendo de la adversidad algo propio y natural.

Para ellos no existe tal adversidad. Por eso no lloran ante las demás personas que trabajan en la calle. A todos ellos les pasa lo mismo. Además, llorar por angustia es señal de debilidad. Y llorar de pena, casi nunca lo hacen, porque han creado fuertes defensas ante la falta de afecto.

Frente a los transeúntes que pasan, sí pueden lamentarse. El lamento de un niño motiva fácilmente a compasión. Eso lo sabe muy bien el menor, y sobretodo sabe cuál es la imagen de sí mismo que mejor puede explotar ante los pasantes, para conseguir dinero.

Entonces, su realidad no les impide reír, porque no es concebida como adversa. Tanto es así, que el niño llega a bromear sobre ella. Recordemos una parte de una conversación. Un niño le pregunta a otro: "¿Dentro de qué clase social te consideras?". El interpelado responde: "Subterránea". Es que el niño se sabe situado en un extremo. Pero las cosas son así y no hay nada que hacer ante eso.

Independientemente de ello, el menor bromea frente a lo que él considera adverso. Recuerdo, por ejemplo, a un niño advirtiéndole a un camarógrafo que no convenía filmar en la dirección donde estaban los carabineros, porque se iba a velar la película. Vemos que, aunque la fuerza pública es una institución que reprime fuertemente la actividad informal en la calle, el niño se refiere con humor a la presencia de los carabineros.

Las embarradas se conciben como algo divertido, como si fueran un juego. El hecho de que un niño haya apedreado los faroles de un parque, o las maldades que otro hizo en su casa mientras sus padres no estaban, son recuerdos divertidos para ellos. Son logros importantes, porque forman parte de la experiencia que el niño debe adquirir y mostrar ante los demás. El hacer lo prohibido por los entes castigadores, tomándolo con liviandad, es una señal de desprecio, propia de un carácter fuerte.

En realidad, entre los que trabajan en la calle, la mayor parte de las cosas se concibe como algo natural. La sexualidad, el empleo de la fuerza y la sobrevivencia en general, forman parte de la vida cotidiana. Una niña, por ejemplo, puede bromear sobre la posibilidad de quedar embarazada, porque en la calle ese hecho es algo normal. Además, si efectivamente quedara embarazada, aquello ocurriría probablemente en un tiempo más, y sabemos que en la calle, el futuro está siempre lejano para los niños.

El niño callejero está constantemente jugando. Los más pequeños se juntan en plazas donde juegan al pillarse, a las bolitas o a las escondidas. En las calles de las poblaciones y en las canchas de barrio se practica el fútbol. Otros juegan a las cartas.

Pero estas entretenimientos son sobretodo competencias que ponen en pugna algún tipo de destreza, habilidad o fuerza física de los niños, habiendo casi siempre una apuesta en dinero de por medio. La plata es un premio para el que demuestra ser el más dotado en alguna de esas cualidades. Entonces, el interés mayor del juego no está en la pura entretenimiento, sino en la competencia de habilidades y en la obtención de dinero.

En cada apuesta el niño está corriendo el riesgo de perder una parte o la totalidad del dinero acumulado en el trabajo de un día. La mayoría de las veces, la apuesta se transa entre fuerzas equilibradas, por lo que cada niño cree que tiene reales posibilidades de ganar. Unas pocas veces el desafío es propuesto por uno de los menores, que se sabe más hábil que el otro. En tal caso, el interpelado habitualmente acepta la propuesta, como señal de dignidad.

Cuando hay equilibrio de fuerzas es cuando realmente existe riesgo de perder. Pero el niño está habituado al riesgo. La incertidumbre de lo que pueda acontecer es parte de su vida cotidiana. El niño sólo piensa que tiene posibilidades de ganar dinero. Y si lo pierde, ya se verá.

Entra entonces al juego.

Lo primero es ganar la competencia. Ser mejor que el otro. Mostrarle a él y a los demás, que uno es superior. Después, por añadidura, vendrá la recompensa.

Espínola (1987, pág. 115) señala que en los juegos de los niños, se prueban las mismas habilidades que se requieren para la sobrevivencia en la calle. Por ejemplo, en el juego del borsillito, practicado en Asunción, que consiste en quitarle al otro un objeto de la mano, ganan los que son hábiles, rápidos y agresivos. Y pierden los que son aéreos, soñadores y confiados.

Es ciertamente muy duro perder todo el dinero. Sin embargo, de esa manera, el perdedor se da cuenta de sus debilidades y comienza a perseverar en el aprendizaje de las aptitudes más deseables.

Los niños son muy respetuosos de las reglas del juego. Si bien, muchas veces crean reglas nuevas, lo hacen de común acuerdo, y después siempre las acatan.

Durante la competencia son sumamente cuidadosos en que los resultados parciales sean siempre justos, sin que haya arbitrariedades. Sin embargo, si el adversario no se da cuenta de algún error que se ha cometido, esto siempre se pasa por alto cuando

ese error lo perjudica a él. De esa manera, se castiga al que no está suficientemente atento.

La manifestación de alguna duda sobre el cabal cumplimiento de las reglas de parte del adversario, debe hacerse en el mismo momento de observarse la falla, pues una protesta posterior no tiene validez.

Las apuestas normalmente no van más allá de dos monedas. Pero se apuesta cada vez que se juega, así que en una corrida de apuestas se puede perder todo, lo que a veces genera peleas.

Cuando los niños son más chicos y no están habituados todavía al manejo de dinero, las apuestas son más escasas, pero al cabo de poco tiempo, se inician en ellas. Tampoco entre las niñas hay apuestas. Las mujeres juegan sólo por pasatiempo, y cuando lo hacen, jamás ponen en disputa habilidades o fuerzas.

Entre niñas y niños no se apuesta dinero. Por lo tanto, tampoco hay competencia de habilidades. Se juega sólo a lograr algo de un individuo del sexo opuesto. El juego del semáforo es un buen ejemplo de ello. En él se forman dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres. Uno de los grupos persigue al otro, y cuando un niño pill a otro del sexo opuesto, señala uno de los colores del semáforo, que indica el tipo de pago que debe hacerle el capturado. Si el color es verde, debe darle un beso en la cara. Si es amarillo, es un beso en la frente o en la mano. Y si es rojo, el beso es en la boca. Algunas variantes incluyen la lengua.

Sin embargo, lo habitual es que los hombres y las mujeres jueguen separadamente, siguiendo la pauta tan marcada en este medio, sobre la división sexual de los roles.

Está muy claro qué es lo que juegan los hombres y qué las mujeres. Si un niño hombre juega con las mujeres, se automargina del grupo de hombres, pues se considera que no tiene las habilidades propias de su sexo.

También hay una división de los grupos de juego según las edades. Los chicos juegan con los chicos, y los grandes con los grandes, cuidando de esta manera que la competencia se produzca entre fuerzas equilibradas.

Hay, sin embargo, entre todos los juegos, uno en el que no se hacen distinciones de edad o de sexo, que es igualmente atractivo para todo tipo de niños y jóvenes callejeros: el video.

Los juegos de videos son casi una adicción para los niños. Cualquiera sea la actividad que realizan en la calle, día a día acuden a los videos, gastando en ellos una buena parte de sus ganancias, y sabiendo de antemano que allí no se gana dinero. Todo la plata que se invierte, se va. (Ramos, 1992, pág. 62)

Los videos son un desafío al ingenio, donde se requieren reacciones rápidas, al igual que en la vida cotidiana del menor.

Cuando el niño está frente a la máquina entra a un mundo de fantasías, en el que compite contra seres imaginarios. Aquí también se prueban habilidades. Los más hábiles son los que logran más avances o más triunfos en la máquina. Si el niño está sólo, la obtención de mayores puntajes, le da seguridad y refuerza su autoestima, de manera que cada vez, busca subir su puntuación.

La habilidad en los videos es un rasgo característico de estos niños, siendo también un indicador de la experiencia en la calle. El niño callejero debe ser hábil en los videos.

Muchas veces, cuando el niño no tiene dinero, igualmente va a los videos. Se instala allí a mirar, como si estuviera mirando una película que lo lleva a realidades distantes a la suya, olvidándose así de la propia. Naturalmente, los niños sin dinero van con menor frecuencia a los videos que los que sí lo tienen.

Los locales de videos están en todas partes y permanecen abiertos todo el día, así que, cualquiera sea la actividad del niño, siempre tiene algún local de videos cerca, y puede asistir a él en algún momento del día.

4.4.- La vagancia

La vagancia es al mismo tiempo un medio de distracción y un medio de búsqueda. El solo hecho de vagar distrae, por la gran cantidad de estímulos que el niño recibe. Pero también el menor vaga, buscando algún lugar, a alguna persona, o a veces, una ocasión para obtener dinero.

Cuando el niño deja de trabajar, prefiere vagar antes que quedarse en un lugar sin hacer nada. De esta manera, no se aburre.

Se encamina hacia lugares donde hay gente y negocios de todo tipo. Movimientos de micros y autos. Amplios espacios con luces e imágenes. Vitrinas con juegos deseados.

Más entretenido es aún vagar de noche, cuando las luces se multiplican y es más fácil ocultarse de la vigilancia. Las calles realmente se transforman durante la noche. Pero debe haber harta gente, porque sólo así el niño puede pasar desapercibido. Además, la presencia de gente es una señal de que los cines y los centros comerciales permanecen abiertos, que son lugares muy llamativos para el niño.

Los grandes carteles en las afueras de los cines, con ilustraciones de producciones cinematográficas, atraen a los niños. Películas que muchas veces son un buen reflejo del tipo de comportamientos y relaciones que se dan en la calle. Por eso, al

niño le parecen familiares. Las preferidas son las de acción, en las que habitualmente un individuo somete a otros, por la lucha de un bien, haciendo uso de su habilidad y de su fuerza. Actualmente, sin embargo, las películas en video están quitándole terreno al cine, así que los niños las ven con mayor frecuencia en aparatos de televisión.

La pornografía también ejerce un fuerte influjo sobre el niño, y muchas veces sus desplazamientos por la calle los encamina hacia un cine donde exhiben este tipo de películas. Como sabemos, la estimulación sexual es vivida desde temprano en la calle, así que esas imágenes pasan a formar parte de su experiencia.

Sin embargo, aunque los niños sean buenos conocedores de los distintos tipos de películas pornográficas o de acción, no es importante que demuestren ante los demás este conocimiento, porque lo que efectivamente vale en la calle son las acciones, y no la actitud pasiva de un espectador.

La vagancia, en todo caso, proporciona un gran conocimiento sobre el entorno físico y social del medio callejero. La ubicación de lugares para dormir o para esconderse, la identificación de los sitios más adecuados para desarrollar determinadas actividades, los hábitos de distintos tipos de personas en diferentes ambientes de la ciudad, todo eso, es parte del conocimiento que necesariamente el niño debe llegar a poseer, y muchas veces, se accede a él, vagando.

5.- Los vicios

El niño desde muy pequeño se habitúa al consumo de algunas drogas.

Se inicia con el cigarro, por simple imitación. Ve a otros niños o adultos fumando, y él quiere hacer lo mismo, para probar qué es lo que se siente.

Al cabo de unos años, y siempre con la idea fija de probar cosas nuevas y gustos diferentes, empieza a fumar marihuana. Es frecuente que uno o varios amigos ya habituados a ella, lo inviten a consumirla, integrándose así a un grupo ya formado, que se encuentra cotidianamente a fumar.

Ya a los cuatro años de edad, algunos niños la consumen. Con frecuencia, se reúnen en grupos de 10 a 20 niños, en plazas o parques ocultos de la vigilancia policial. En ocasiones, se juntan en alguna esquina de la misma población en que viven, pero teniendo cuidado de que en sus propias familias nadie lo sepa. Los padres, sobretodo, no deben saber nada de esto. Para ello, algunos niños, se echan gotitas en los ojos para disimular el natural enrojecimiento de la córnea que se produce después del consumo.

Sin embargo, algunos prefieren el neoprén. Pueden iniciarse en él como primera droga, o hacerlo un tiempo después de fumar marihuana, que ya no les produce las mismas sensaciones del comienzo. Parece ser que los que lo inhalan, lo hacen en forma solitaria o en pequeños grupos, y que no se juntan con los otros fumadores. Son ignorados o rechazados por los demás porque al consumir neoprén adoptan conductas agresivas y amenazantes frente a cualquiera que se les pone adelante. Son cabros choros que cogotean y roban.

Además, son percibidos como locos que se andan imaginando cosas que no existen. A esos cabros que andan aspirando ñoco con tarros o bolsas, hay que evitarlos o simplemente ignorarlos. Es así que un niño que aspira neoprén, difícilmente reconoce o comunica este hecho, para no ser marginado.

El consumo de pasta base es otro de los vicios bastante extendido entre los niños. Algunos se inician en ella y después derivan a la marihuana. Sin embargo, un buen número de ellos llega a ser adicto, creando tal nivel de dependencia de la pasta que pueden llegar incluso a matar para consumirla. Estos altos niveles de agresividad hacen que los pasteros y los que aspiran neoprén sean considerados dentro de un mismo grupo de cabros choros, con los cuales no hay que meterse. Pero esta visión está dirigida sobretudo hacia los adictos, que son seres solitarios y desesperados, que pierden su independencia debido a las drogas.

La cocaína también produce adicción con facilidad, pero su alto costo la hace inaccesible para la mayoría. El adicto, para pagar su consumo, debe entrar casi siempre en actividades que le reporten rápidamente elevadas sumas de dinero.

Pero más allá de la natural marginación de los adictos por parte de los demás niños, la realidad es que el consumo de todo tipo de drogas es inherente a las experiencias de la calle, pues el haberlas probado infunde siempre respeto ante los demás.

Y cuando los niños ya lo han experimentado todo, hacen mezclas. Mezclan marihuana con pasta, o pasta con cocaína. A veces también se las comen, haciendo así un gusto distinto que les dura más que si los productos estuvieran solos.

Cada vez que los niños se juntan a fumar, lo hacen durante noches enteras. A veces, esperando la hora de partida a una fiesta o simplemente para no sentir el aburrimiento.

Para pasar el frío hacen una fogata en tarros grandes que parten por la mitad. Allí ponen una tetera y toman té. Se quedan fumando y conversando. Juegan a las cartas, cuentan chistes y hablan de peleas en las que han participado, o de quién ha matado a más personas.

Permanecen allí juntos, jugando y fumando. Pero no necesariamente todos fuman lo mismo, pues cada uno tiene sus gustos. Los que fuman pasta, a veces usan una pipa, que se van pasando unos a otros. Aunque no siempre el uso de la pipa es colectivo.

Cuando viene la voladura, los niños sienten como si estuvieran en otro mundo. Se sienten contentos, se ríen, se imaginan cosas. Ven un ovni, por ejemplo. Algunos quieren tirarse volando desde un edificio. Otros ven a mujeres en todas partes y tienen sus propias fantasías con ellas.

Con la coca se aceleran, corren, se sienten urgidos. Pueden llegar incluso a disparar un arma. Con la marihuana también se vuelan, pero más tranquilos. Un marihuanero puede sentir, por ejemplo, que está caminando sobre una cama a pie pelado. Entre los que aspiran neoprén, algunos se ponen a mirar la luna y sienten como si estuvieran parados sobre ella. Hay otros que cuando están bien volados con el neoprén, se lo comen. Después empiezan a llorar, a quejarse, a revolcarse en el suelo. Quizá por algún dolor que sienten después de consumirlo.

Cuando los niños consumen mezclas, quedan más volados todavía, lo que significa una nueva experiencia, que los pone por sobre los que no han probado estas cosas. Sin embargo, ellos saben que las mezclas pueden ser peligrosas, sobretodo si se juntan con el alcohol, o si se alterna sucesivamente el consumo de marihuana, pasta y cocaína, pues se pierde absolutamente el control sobre las propias acciones.

Al que fuma pasta, después de cada cigarrillo, le viene un minuto de excitación y placer. También le da hambre. Queda allí parado y tieso. Los niños dicen que queda duro. Quizá sea porque es difícil botar al suelo a un consumidor de pasta. Pero luego le viene una sensación de angustia terrible, que solo puede evitarse con otro cigarrillo.

El marihuanero siente una picazón en la garganta. Y a veces, le viene la pálida, que se caracteriza por un hambre intensa y ganas de vomitar, con dolores de cabeza, fiebre e insomnio.

Si a los fumadores se les acaba la marihuana o la coca, o lo que sea que estén consumiendo, van a comprar más. En las poblaciones donde hay más consumo, sólo tienen que ir a la esquina, a comprarle a un traficante.

Muchos niños, de 12 o 13 años, son amigos de traficantes. Trabajan para ellos. Son vendedores y consumidores a la vez. Sin embargo, cuando están vendiendo, no pueden estar volados. Y si por alguna razón, son detenidos, el traficante los va a liberar.

El traficante es una especie de padrino, que vigila todas las acciones de los vendedores que trabajan para él. En particular, cuando alguno de los niños se involucra en un problema mayor, como podría ser un asesinato, el traficante habitualmente lo margina del negocio, para no tener problemas con la policía.

Los vendedores y los traficantes, en todo caso, están acostumbrados a llevar pistolas para defender la mercancía. Están dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias. Se sabe del caso de un niño de 14 años que vendía marihuana, que al ser abordado por cuatro cabros que intentaron quitarle la mercancía, mató de un balazo a uno de ellos. Y días después, demostrando una gran frialdad, volvió al mismo lugar de los

hechos, haciéndose el desentendido, y exponiéndose a una venganza de parte de los implicados.

Cuando los niños no son vendedores, deben realizar otros trabajos para pagar sus consumos. Los marihuaneros a veces piden plata. Pero los que fuman pasta base, los angustiados, que se desesperan cuando no tienen nada para comprarla, deben recurrir con frecuencia al robo para conseguir dinero con prontitud.

Mientras más numeroso es el grupo de fumadores, mejor puede protegerse ante los carabineros, pues cuando estos aparecen, inmediatamente huyen todos en distintas direcciones, haciendo más difícil la detención de varios a la vez. Los grupos grandes también pueden protegerse mejor ante eventuales peleas con pandillas de otras poblaciones.

Son en todo caso, estos grupos de fumadores, grupos muy cerrados que difícilmente aceptan la entrada de un extraño, lo que no significa que a veces se junten a fumar niños de distintas poblaciones. Menos aceptan a los niños que son más dependientes de sus familias o a los temerosos, repeliéndolos con amenazas de golpes para que se retiren prontamente. Se mantienen unidos mientras dura el vicio o mientras realizan una actividad relacionada con él, como ocurre en el caso de los niños que roban para financiar sus consumos.

Los costos de la marihuana y de la pasta son similares. Se obtiene un poco menos de un gramo de pasta, por mil pesos, que es lo mismo que vale un pito. La cocaína vale cinco o diez veces más. El neoprén es más barato. En cualquier ferretería se compra un tarro por quinientos pesos, que dura por un buen tiempo, hasta que el tarro se seca.

Es el menor costo del neoprén lo que lo hace más accesible a un mayor número de niños. Pero aunque cuesta menos, entre los niños existe la percepción de que el neoprén produce más daño físico que las otras drogas. Dicen que es tóxico. Que destroza las tripas y hace tira los pulmones. Que los que lo consumen se vuelven locos. Percepción que, sin duda, se refiere a los adictos y no a los que ocasionalmente lo aspiran.

La pasta también hace daño, pues el pastero, con el tiempo, se debilita. Pero para los niños este daño es menor que el producido por el neoprén.

Sobre la marihuana algunos menores dicen que hace bien si se consume en forma distanciada, y no todos los días. Creen que es buena para el corazón y para activar el apetito en la gente que pasa semanas enteras sin comer, que no tiene hambre. Les parece que es una buena receta en estos casos.

Los niños también beben alcohol, pero no es algo muy común entre ellos, pues el trago es más bien un hábito de gente mayor. Aunque hay niños de 15 años de edad que ya empiezan a tomar.

Los grupos de tomadores, de jóvenes o adultos, se juntan casi todas las noches en un mismo bar. Son grupos pequeños, de tres o cuatro personas, que permanecen allí hasta la hora en que cierran el bar.

Los adolescentes o niños, en cambio, se juntan a tomar en grupos un poco mayores, en parques o plazas, en forma ocasional. También las fiestas son con frecuencia las oportunidades en que lo hacen. Toman sobretodo cerveza. A veces, algunos combinados de pisco y gaseosas.

Estas fiestas son lugares de encuentro muy atractivo para los niños, que se prolongan por noches enteras. Si bien ocurren en lugares cerrados, como puede ser en la casa de uno de ellos, un buen número de concurrentes se queda afuera fumando marihuana o pasta base, donde a veces también se producen peleas.

Son estos los grupos de los vicios. Los que reúnen a los niños de más experiencia, a los más independientes, a los menos temerosos. A los que son definitivamente callejeros, ante sí mismos y ante los demás. Allí cada niño tiene su lugar, donde día a día puede compartir con otros niños, en un espacio de libertad, en el que debe, eso sí, hacerse respetar por sus propios medios.

El que no tiene experiencias en los vicios, probablemente tiene temores. No son temores a los vicios, sino temores a reunirse con los niños de los vicios, que son niños de carácter fuerte que han superado muchos miedos, y que seguramente están habituados a las peleas y al encierro en las cárceles.

El que entra a estos grupos pasa a ser más respetado entre sus antiguos amigos, que no saben de vicios. Y su relación con ellos cambia drásticamente, pues accede a un medio sin retorno, en el que comparte con niños más experimentados y autosuficientes.

VI.- Pedro, un niño callejero

Pedro tiene 11 años. Es un niño como cualquier otro. Inquieto, juguetón, cariñoso y sobretodo muy despierto. Sus amigos le dicen Chuqui, aludiendo al muñeco diabólico de la película. Debe ser porque Pedro le pega a los niños más chicos y le tira pelotazos a las micros. Sin embargo, cuando conversa conmigo, es un niño bueno.

Durante este tiempo, nos hemos juntado cinco veces. Las tres primeras nos quedamos conversando en la calle, frente a su casa, en la Villa Los Morros. En el cuarto encuentro salimos a pasear por el vecindario. Y la última vez, fuimos más allá, hasta la Plaza de los Vicios, donde él antes se juntaba con sus amigos a fumar.

Al principio, fui con un amigo mío, que ya conocía al Chuqui, para que me lo presentara. Esa vez hablamos primero con la madre del niño, para que nos autorizara a hacer las entrevistas. No nos puso ningún problema. Nos dijo, eso sí, que la última palabra la tenía el niño. De ceño fruncido, pero de buen carácter, se refirió siempre a su hijo como Pedrito, negando cualquier conducta incorrecta en él, en una actitud de sobreprotección declarada.

Pedro siempre tuvo buena disposición conmigo. En cada encuentro, llegaba yo entre diez y once de la mañana a golpear la puerta de su casa. Él se asomaba entonces por la ventana con cara de sueño, o a veces era su hermano, y bajaba pronto a abrir la puerta, después de mojarse un poco la cara. Atravesábamos luego hasta el otro lado de la calle y nos sentábamos a conversar.

Eran muchas las preguntas que yo le hacía y él siempre las respondía. Habitualmente en forma breve. A veces con un simple gesto.

Le dije que con todo lo que él me fuera contando iba a hacer una historia. Así que después del segundo encuentro bosquejé un texto y se lo leí. Recuerdo que lo siguió con mucha atención. Sería quizá porque el Chuqui encontraba entretenido ser el personaje principal de ese relato y que sus propias vivencias hubieran dado origen a una historia como esa.

Pedro trabajó hace un tiempo en una feria vendiendo frutas y verduras. También estuvo en un COD (Centro de Observación y Diagnóstico) durante dos meses, porque lo pillaron robando. Estos fueron hechos que me mostraron que, al menos por un tiempo, una parte importante de las actividades de Pedro se desarrolló en la calle. Y él se sentía cómodo en ese medio.

Fue a partir de estos hechos que, después de la primera entrevista, tuve la convicción de que el Chuqui era el niño apropiado para esta Historia de Vida.

1.- Su familia

Pedro vive con su papá y su mamá. Tiene cuatro hermanos, tres mujeres y un hombre. Su hermano se llama Rodrigo. Tiene 15 años. Las hermanas, Carola, Mónica y Bárbara. Todas mayores que Pedro, pero sólo la menor, que tiene 13, vive con ellos. Las otras dos, una vive en la misma villa y la otra con la abuelita, en la población La Bandera.

La familia de Pedro vive en una casa-esquina de dos pisos, con un pequeño patio cuadrado que da a la calle, de no más de cuatro metros de lado. Las viviendas vecinas son similares. Todas ordenadas en cuadras rectangulares, separadas por estrechas calles y escasamente frecuentadas por vehículos.

“ A mi papá le dicen Nano, pero no me acuerdo como se llama”, me cuenta Pedro en una de sus respuestas. Su mamá se llama Margarita. Ambos, tienen entre 40 y 50 años de edad.

Ella permanece en la casa, donde lava, hace el almuerzo y todas esas cosas. De repente, sale a visitar a alguna tía o amiga del vecindario.

Su papá trabaja en construcción, pero en estos días se encuentra cesante. A veces, se sienta en la vereda, afuera de la casa, como una forma de entretenerse mirando lo que pasa en la calle o simplemente para matar el tiempo.

Pedro dice que se lleva bien con todos ellos. Sin embargo, algunas de sus posibles conductas se ven reprimidas por temor a ser golpeado por el papá. Una de las prohibiciones se refiere a los límites que Pedro no debe cruzar en sus paseos por la calle, sin pedir permiso. “ No me dejan ir pallá. Mi papi dice que me va a pasarme algo”. Frecuentemente Rodrigo, su hermano, hace de vigilante, instalándose en la puerta de calle, y delatando cualquier transgresión de estos límites a su padre.

Cuando Rodrigo no está, Pedro habitualmente sobrepasa estas fronteras, para reunirse con sus amigos. A veces se arranca por el techo de la casa.

Parece ser que estos límites representan para Pedro algo así como la frontera de un gran patio. Un patio compartido por muchos niños. En él se encuentra la esquina donde juega con los chiquillos que viven cerca.

No le gusta estar adentro de su casa, aunque muchas veces debe entrar “ porque mi papi me echa padentro”. Afuera, en cambio, está libre y puede jugar.

Cuando recién llegó a la villa con su familia, hace unos cuatro años atrás, Pedro tenía un espacio mayor para jugar. “ No existían las casas del frente. Era un potrero así pallá...Jugábamos a la pelota...Es que habían como unas canchas ”.

De cualquier manera, para Pedro la casa significa protección y seguridad. En ella come y duerme. Además, puede entretenerse durante las noches, viendo televisión o jugando con su hermano a las peleitas o a la lotería.

Todos los sábados y domingos, su mamá lo lleva adonde su abuelita, que vive en La Bandera. Allá viven también su abuela, una de sus hermanas, y otros tíos y primos. Pero ese lugar es aburrido. "Es muy oscura la calle...No hay ningún cabro...Yo juego con mis puros primos".

Los amigos de Pedro son vecinos conocidos y aprobados por los padres, con los cuales juega habitualmente a la pelota o a las bolitas, en las cercanías de su casa. Todo lo que ocurre en esa vecindad es controlado por los padres, así que cualquier conducta incorrecta es castigada por ellos. Pedro tiene muy claro esto, por lo que su comportamiento al interior de este gran patio, se mantiene dentro de estas normas.

Puede decirse en todo caso, que lo que ocurre dentro de los límites permitidos, nada tiene que ver con lo que pasa más allá de la esquina que Pedro no debe sobrepasar.

Cuando regresa de los paseos no permitidos, en la casa siempre le preguntan adonde andaba, a lo que Pedro responde: "andaba con mis amigos", sin dar mayores precisiones, y por supuesto, sin admitir el hecho de haber sobrepasado los límites pre-establecidos. En estos casos, no habiendo evidencias de conductas incorrectas, los padres guardan silencio o simplemente le hacen advertencias al niño sobre la inconveniencia de las malas juntas. "Mi papi me dice que me va a pasarme algo si voy pallá". Hay en todo caso, de parte de los padres, una suerte de desentendimiento de las conductas del niño cuando éste se escapa del control familiar. La mamá de Pedro, por ejemplo, habla siempre de su Pedrito, excusándolo de cualquier conducta incorrecta, y responsabilizando de ellas a terceras personas. Esto se ve al menos desde fuera. Quizá, al interior del hogar, no sea así.

En todo caso, en su familia no saben nada de que él antes iba a robar y que se juntaba con amigos a fumar marihuana.

En su casa no han tenido problemas para comer. Quizá por eso Pedro no es forzado a trabajar por sus padres. Sobre esto, el Chuqui dice: "a mí, mi papi no me pega si no traigo plata". Pero en este tiempo, en que su papá no está trabajando, se consiguen plata con una hermana de Pedro, que trabaja en aseo. Ella vive con un hijo, en una casa cercana.

De todas maneras, los gastos son restringidos al máximo. En la mayoría de estas casas, la comida principal es el almuerzo, existiendo además una onces, y en algunos casos desayuno. Pero no hay cena.

De esta forma, Pedro pasa algunas horas de cada día en la casa, principalmente para comer y dormir. Pero su espacio predilecto es afuera. En las cercanías, para jugar con amigos del vecindario. Y sobretodo, en lugares más alejados,

fuera del control de sus padres, donde puede compartir con otros amigos y actuar con mayor libertad.

2.- La vida cotidiana

La hora de levantada de Pedro depende de lo que tiene que hacer. Hace unos meses, cuando trabajaba en la feria debía levantarse antes de las ocho. Ahora, que está yendo al colegio, se levanta como a las once, un poco antes de la pasada de la micro que lo lleva al colegio.

Sólo recientemente ha vuelto al colegio, pues los meses anteriores estuvo trabajando. Va en tercero básico.

En el colegio está como hasta la seis de la tarde. Cuando regresa, se queda una media hora jugando a las bolitas con sus amigos, cerca de la casa. Después va a tomar once. Y luego vuelve a salir. Ahí juega con los mismos amigos a la pelota, una o dos horas, hasta que se hace de noche. Entonces se va a la casa. Se queda jugando con su hermano y luego se acuesta. Otras veces se queda viendo televisión hasta tarde. Puede ser una teleserie o una película policial.

Los fines de semana habitualmente va a ver a su abuelita, con su mamá.

El resto del tiempo, de preferencia lo destina a jugar con amigos en la calle o a conversar con ellos en la esquina. Hace unos meses, el trabajo en la feria le demandaba una buena parte de su tiempo, de martes a domingo. También sus actividades destinadas al robo lo ocupaban tres o cuatro días a la semana. Y las juntas a fumar con sus amigos, eran actividades habituales.

En estos días, sin embargo, ha debido cambiar parte de su rutina, pues luego de haber pasado dos meses encerrado en el COD, ha salido con Libertad Vigilada, lo que lo obliga a alejarse de sus amistades de los robos y de los vicios.

3.- Su personalidad

Sus ojos claros y sonrisa fácil, lo muestran como un niño simpático y querible. Su complexión física y estatura son las de un niño normal y saludable. Es ágil de mente. De frases breves. Y sobretodo muy práctico. Sabe aprovechar cualquier ocasión que le pueda reportar algún beneficio. También, es hábil con las manos. Domina, por ejemplo, el manejo de las piedras y sabe manipular un cuchillo.

Pedro es tímido cuando debe hablar de su trabajo de robar, frente a personas que rechazan esa actividad. Para él, sin embargo, el robo es algo divertido. Es como un juego. Al hacerlo se deja llevar simplemente por un gusto. Igual que los vicios. Todas estas cosas son divertidas. En realidad, muchas de las palabras que el Chuqui

emplea al hablar de sus actividades, hacen pensar en la idea de juego. Por ejemplo, cuando dice que no le gusta dormir en la calle: "Es muy fome, porque te puede pasarte algo...te pueden pegar". O cuando cuenta la forma en que burlaba la vigilancia de su hermano: "Cuando no estaba mi hermano afuera, me arrancaba. Me iba por aquí y salía por allá".

Como parte de esta conducta lúdica, está la necesidad de explorar, experimentar sensaciones nuevas. Pedro cuenta, por ejemplo, de un trago que fabricó en la feria, mientras estaba trabajando. "La otra vez cuando estaba en la feria, que tomé cachantún, con limón y sal. La revolví así. Me lo tomé al seco. Y de repente estoy vendiendo, y me da una ésta en la guata. Como que me hacía así la guata. Y me puse blanco...Y empecé a vomitar...Me fui pa la casa. Mi mami me hizo agua con matico, parece. No sé qué es lo que era. Me dio agua con eso. Y después dormí. Y después al rato estuve un poco más bien...Y después en la noche empecé a vomitar, a vomitar...La mezcla yo la hice...Un vecino en la feria me dijo: querís. Si era cachantún...Ya po, yo le eché cachantún con poquito limón así, y un poquito de sal. Lo revolví, lo revolví...Que a mí me gusta la ésta salada po. Y ahí que le eché mucha sal, y ahí me dolió la guata".

Pedro es espontáneo. Sin pedir permiso a nadie, escupe, bosteza o lanza una piedra en señal de enojo. En este sentido, es un niño extrovertido. Si en la calle un niño le cae mal, le pega. La agresión verbal y física, son medios de los que él se vale para relacionarse con otros niños de la calle. Sin reparos y con gran valor puede insultar a un hombre mayor que no le cae bien, como lo hizo una vez, mientras conversábamos, frente a un joven amanerado que pasó cerca de nosotros. El hombre, de unos treinta años, llevaba un jarro con agua caliente. El Chuqui le gritó: "Hueco culiao". El joven entonces se acercó y puso su jarro sobre la cabeza del Chuqui, como amenazando que lo iba a dar vuelta sobre él. Ante esto, el niño le dijo, tranquilamente: "Tíramela, tíramela". Después, mientras el hombre se iba, el Chuqui lo siguió insultando: "Tai más abierto maricón hueco".

Son estas las conductas propias del ser malo. Pedro se siente bien al decir que es malo. Es que los que infunden respeto en la calle son los malos. Los que le pegan a los otros, los que le tiran piedrazos a las micros. Los malos, son los que no obedecen las reglas impuestas por la gente mayor. En la calle, las cosas son buenas en la medida que le dan un beneficio a la persona y son malas cuando le son perjudiciales. El provecho personal es lo que importa. Así que lo que infunde temor es aquello que puede traer consecuencias negativas, como la agresión física de un adulto. El mal no existe en sí mismo. En cambio, existen personas malas, que son las que le pueden hacer algún mal a Pedro.

En la calle, si un niño es acusado injustamente de algo, a él sólo le interesa esclarecer que la acusación es falsa, si tras de ella hay un castigo difícil de soportar. Sobretudo, cuando el acusador es un individuo despreciado por el niño, pues tratar de esclarecer algo ante él, es reconocer en el acusador un poder de dirimir asuntos relativos al niño. La indiferencia, en cambio, restablece el poder del propio niño.

Las actividades de Pedro habitualmente son grupales. Él depende de otros para lograr sus objetivos, pero también, al estar con otros, puede desarrollar la personalidad propia de un niño callejero, basada en el carácter fuerte de quien impone sus términos a los demás. Para ello, son lícitas la fuerza, la habilidad y el saber sacar provecho de cualquier ventaja. Son estos los atributos que deben ser desarrollados y se consideran imprescindibles en un niño callejero. El que no los valora o practica es simplemente un "gil", despreciado por el grupo.

Es esta misma necesidad de los otros, lo que hace que Pedro sea un niño muy sociable. Cada vez que sale de la casa, lo hace con la idea de buscar amigos y hacer cosas. Los amigos son los que hacen las mismas cosas que él. Con ellos hay confianza y sobretodo lealtad. Ante acciones reprobadas por las familias de sus amigos, Pedro sabe esconder sus identidades y paraderos, como una forma de protegerlos. Conducta que también el Chuqui demuestra ante extraños o frente a la policía.

Y aunque el Chuqui es muy sociable, es igualmente independiente y de mucha iniciativa. Lo que se hace en la calle, no se le pregunta a nadie. " Cuando estaba en la calle, cada uno inventaba adonde iba...Y cuando vendíamos las cosas que robábamos Ahí veimos a quién se las vendimos...cada uno va ".

4.- Lo que piensa y conoce

Pedro identifica bien muchas micros, con sus números y recorridos, pues ello tiene gran importancia en la eficiencia de sus desplazamientos callejeros. Conoce bien la ubicación de supermercados y otros negocios. Y también sabe donde venden la marihuana o la falopa, y cómo llegar a los lugares adonde se junta con sus amigos a robar. En todos esos lugares, sabe dónde hay guardias y cuál es la ubicación de las cámaras de vigilancia. Prefiere, en todo caso, frecuentar lugares más ocultos en relación a los carabineros. Puede llegar además a lejanos lugares de la ciudad sin experimentar temores: " La otra vez fuimos con otro cabro al Líder de Puente Alto, a dar una vuelta en bici ".

Sin embargo, pasar la noche en la calle es algo temible para él. No por el frío. Sino por la posibilidad de ser golpeado por otros.

Su aguda vista le facilita los desplazamientos por el espacio urbano. Con gran lucidez y agilidad reconoce los números que identifican a una micro, que recién aparece a más de dos cuadras. O distingue con igual rapidez, una pequeña rotura por donde colarse en una larga reja, para llegar más prontamente a un lugar.

En su relación con otros niños, Pedro sabe bien cuáles son los niños obedientes y cuáles son los malos, como él. " Los cabros que me prestan la pelota también son malos. También hacen sus cagás ". Y sobre el robo, aclara: " Pa robar no vai a ser obediente.. Tenís que quitarle las cosas al loco ". De esta manera, sabe con quién puede meterse y con quién no, pues el enfrentamiento entre malos es algo temible. A su

vez, entre los malos, hay unos más malos que otros. Entre ellos es sabido cuáles son los cabros más choros, que son los que con mayor facilidad intimidan a los demás.

En estos enfrentamientos, ya sea entre niños o personas mayores, es importante el conocimiento que se posea sobre lo que es capaz de hacer o no hacer el adversario. Pues, por ejemplo, si se sabe que el otro no se va a atrever a dar un golpe, se le puede seguir insultando sin temor, estableciendo así una superioridad sobre él. Esto ocurrió, por ejemplo, cuando Pedro insultó reiteradamente al joven que llevaba el recipiente con agua hirviendo en la calle, a sabiendas de que el joven no se iba a atrever a voltearla sobre su cabeza. De esa manera, Pedro demostró además un fuerte dominio del miedo.

El manejo de dinero es otro aspecto que Pedro domina, y es por lo demás imprescindible para quienes desarrollan una actividad en la calle. Saber qué productos se pueden obtener de un robo, y cómo venderlos rápidamente para conseguir dinero, es decisivo para asegurar la sobrevivencia.

Saber cómo vender es saber dónde y a quién vender, y cuánto es lo que se debe pedir por cada producto. Sólo después de esta negociación se definen las ganancias, que son distribuidas en partes iguales entre los niños que forman el grupo del robo.

Cuando van a robar, los niños habitualmente van armados con cuchillos. Pedro sabe bien que estos cuchillos sirven para asustar y que deben ser pequeños, pues sólo de esa manera pasan desapercibidos.

En todo caso, es frecuente que niños y jóvenes anden armados en las poblaciones. En la villa de Pedro muchos cabros andan con pistolas. Es sobretodo un medio para infundir respeto y temor ante los demás.

Todo esto lo cuenta Pedro con pleno conocimiento de causa. Cuando expresa lo que un volado siente después de fumar marihuana, es porque él mismo lo ha sentido. O cuando dice que no le daba miedo cuando robaba, igualmente expresa que nada sabe sobre lo que los demás sentían. Es decir, Pedro habla sólo sobre lo que él sabe y conoce, lo que se reduce a sus propias experiencias.

Sobre su pasado no tiene mucho recuerdo. " Me acuerdo cuando recién íbamos llegando, cuando recién llegaron las casas de ahí...Hace como tres tiempos atrás...Íbamos a jugar a un potrero que había pallá ". Primero dice tres tiempos, después dice que son tres meses. Pero luego, cuando dice la edad que tenía, que eran siete años, se comprende que los tres tiempos son tres años. Es la confusión tan habitual que se produce en estos niños, sobre las escalas de tiempos mayores. A diferencia de la claridad que poseen sobre el futuro o pasado inmediato, de unas pocas horas o de unos pocos días.

5.- Sus amigos

Pedro tiene dos grupos de amigos.

Uno, es el grupo de los juegos. Está formado por amigos que viven en la vecindad, con los que Pedro se junta cotidianamente a jugar a la pelota, a las bolitas o a la pallalla. Todos ellos son conocidos y aceptados por la familia.

El otro grupo es el de los vicios y el robo. Los amigos de los vicios son los que van con Pedro a fumar. En ocasiones, algunos de ellos, también roban con él. Los que fuman y los que roban, son concebidos por Pedro como parte de un mismo tipo de niños. Todos ellos hacen cosas no permitidas por la familia.

Los niños de los juegos están al lado de la casa de Pedro. No conocen ni se meten con los niños del otro grupo. Ante ellos, El Chuqui es malo. "Malo porque le pego a los cabros...a unos niñitos de ahí...Les pego porque me caen mal...Y les quebro los vidrios a las micros". También los amigos del colegio forman parte de este tipo de niños. Pero ellos viven en otra población, así que Pedro sólo los ve mientras está en clases.

Los grupos se mantienen cohesionados mientras dura la actividad que realizan, sea ésta el juego, el robo o los vicios. Los grupos que roban, a veces se unen con otros grupos que están haciendo lo mismo, para asegurar un botín parejo entre todos los niños. Algunos de estos menores a veces siguen juntos después del robo, cuando se proponen ir a fumar.

Los amigos de los vicios viven en la misma villa de Pedro, pero lejos de su casa. Y a veces tienen peleas con otros grupos de la población. "Peleábamos con otros cabros de allá...porque eran muy zampados, muy choros...La otra vez íbamos pasando y le pegaron un paipazo a otro, y ahí se armó la pelea...Ellos eran como siete...Nosotros éramos como ...hartos...como doce...Nadien ganó...Todos pegamos".

Pedro también tiene amigas. Pero se reúne con ellas sólo para conversar, en alguna esquina, cerca de su casa, junto con otros niños. "Con las cabras los juntamos aquí en la esquina. Después los vamos...pallá pabajo, a caminar...pero no con las cabras".

En la feria Pedro también tiene amigos, pero los ve sólo mientras está trabajando allá.

Los menores del grupo de juegos, las cabras y los de la feria, forman parte del mismo tipo de niños. Lo que hace con ellos es sabido por su familia o por conocidos de la familia, así que debe mantenerse dentro de las normas establecidas por sus padres. Eventualmente, con algunos de ellos hace cosas indebidas, pero cuida que aquello no se sepa en su casa.

Los otros niños, sean los de los vicios o los de los robos, permanecen ocultos ante su familia. Lo que hace con ellos, no debe saberse.

Sin embargo, reunirse con esos grupos es lo más deseado por Pedro. Quizá sea porque estando con ellos aflora la personalidad más fuertemente arraigada en él, que muestra el carácter dominante de un niño callejero que sabe imponer respeto. En ese medio, Pedro puede actuar mucha más libremente y conseguir lo que se propone, sin las reglas de otros.

Cuando Pedro se refiere a los espacios físicos compartidos con sus amigos de los vicios o de los robos, lo hace siempre vagamente, como con la intención de ocultar su ubicación. Al preguntarle sobre otros niños que roban, que viven en la misma villa, dice que son "cabros de allá atrás", señalando una dirección opuesta a la de su casa. Y cuando se refiere a los lugares a donde iba a fumar dice que "es en la calle, pallá", aclarando que es lejos de su casa, donde nadie los ve.

6.- El juego

El juego es una de las actividades más importantes en la vida de Pedro, pues cuando está en la calle, se relaciona con sus amigos principalmente a través del juego. La posibilidad de salir a jugar con amigos del vecindario, le permite evitar el aburrimiento de quedarse en la casa. En la casa no se hace nada, no se juega a nada. "En la casa no me aburro porque juego con los chiquillos en la esquina", dice Pedro, dejando claro que existe un entorno exterior a la casa, que es parte de la calle, y que al mismo tiempo es parte de su propia casa.

Los juegos que en ese espacio se realizan, son compartidos por niños del mismo sexo, que van desde los siete hasta los quince años de edad. En el grupo de Pedro, por ejemplo, participa también su hermano Rodrigo, que tiene quince.

Juegan a las bolitas, al pillarse o a la pelota. La pelota, sobretodo, es un pasatiempo habitual entre los niños. Hace unos años, Pedro iba con sus amigos a un potrero que había al frente de su casa, a jugar en unas canchas. Debían, eso sí, pasarse por las rejas, y esconderse de los guardias y de los perros que cuidaban el sitio. En estos días juegan en la calle, "en la esquina".

Otro juego habitual entre los niños, es la pallalla. Se realiza entre dos o más. Es una competencia en el manejo de piedras pequeñas. Cada niño escoge quince piedras, que luego coloca a su lado, en el suelo. En seguida, va lanzando al aire conjuntos de una hasta quince piedras, recibéndolas sucesivamente con ambos lados de la mano. Cuando alguna piedra se cae, le corresponde el turno a otro. Y al volver a empezar, cada niño parte jugando con el mismo número de piedras con las que perdió en la vuelta anterior.

Mientras van lanzando las piedras, los niños pronuncian palabras que dejan en claro en qué etapa se encuentran. "La del uno, la del dos, la del tres,..." Algunas

etapas tienen un nombre particular. Por ejemplo, la del seis, pincel, la del siete, jinete, la del ocho, pinocho, y la del nueve, blancanieves.

Aunque casi siempre la pallalla se juega en grupo, también puede practicarse estando solo. Pedro jugaba con frecuencia a este juego, mientras conversábamos.

Para ganar en la pallalla, es decisivo tener habilidad en el manejo de las piedras y hay que saber escogerlas adecuadamente. "Que sean redonditas".

Otro juego es el "suelta la pepa". En él, se forman dos grupos de a cinco niños. Cada grupo piensa algún nombre que debe ser descubierto por los del otro grupo, mediante preguntas. Si el nombre es descubierto, el grupo descubridor le pega patadas al otro. Y si, por el contrario, el nombre no es descubierto, el grupo que intentaba descubrirlo, recibe las patadas.

Como se ve, los juegos son casi siempre grupales, existiendo en la mayoría de ellos, una competencia de habilidad. Según Pedro, nunca se hacen apuestas cuando juegan. Todo es por pura entretención.

Estos grupos se forman espontáneamente con niños que se conocen y comparten un espacio común. Pedro, por ejemplo, juega con sus primos de la Bandera, cada vez que va a visitar a su abuelita, los fines de semana. O juega a las bolitas con los vecinos, después de que regresa del colegio. Son grupos que se reúnen por el juego. Así que cuando el juego termina, habitualmente el grupo se disgrega, hasta un próximo juego. Aunque, en ocasiones, los mismos niños se juntan también a conversar en una esquina.

Todo esto ocurre al interior de las fronteras permitidas en el hogar. Pero, más allá, están los otros niños con los que Pedro se junta. Son dos grupos, claramente diferenciados: "Los que salimos a robar y los que jugamos a la pelota... Los que fumamos son los mismos que salimos a robar".

De esta manera, el grupo de juegos está dentro del espacio controlado por la familia, formado por niños conocidos y aceptados por los padres. Lo que en ellos ocurre se enmarca dentro de las conductas admisibles para la familia.

Pedro se reunía casi todos los días con sus amigos a fumar. Se juntaban en un lugar de la villa y partían a una pequeña plaza, ubicada lejos de la población, donde tenían sus horas dedicadas a los vicios. “ Nos juntábamos a cualquier hora, cuando teníamos plata ”.

Para llegar allá se movilizaban en bicicleta o en micro, porque a pie, el trayecto les tomaba como media hora. Ocasionalmente se juntaban en alguna calle de la población, alejada de sus propias casas, donde no los conocían.

El grupo podía ser bastante numeroso. Entre diez y quince niños, de edades similares, se juntaban a veces.

Con el mismo dinero que obtenían de los robos, Pedro y algunos otros niños compraban cigarros, marihuana o falopa.

La compra la hacían dos o tres de ellos en un lugar conocido por todos, ubicado en otra población. Habitualmente, La Legua.

Y después se juntaban a fumar.

Cuando iban a la plaza se sentaban todos juntos en el pasto. Y se quedaban allí fumando un pito o aspirando falopa durante una o dos horas, en la tarde, hasta que oscurecía. Preferían estar allí cuando estaba más oscuro, pues de esa manera podían ocultarse mejor de la vigilancia de los carabineros, que con frecuencia rondaban por esos lugares. Pero a veces, también iban más temprano.

La marihuana los dejaba volados. La falopa, en cambio, los dejaba duros. “ La marihuana es como el cigarro, pero lo malo es que te deja volado, ahuevonado...Me gusta más la falopa porque te deja duro. No tenís ni ganas de hablar, no tenís ganas de hacer nada ”.

A veces fumaban en lugares más alejados, como en el sector del metro Escuela Militar, por ejemplo. Iban a cogotear allá, y después fumaban. Apenas juntaban un poco de plata, se compraban algún vicio. El dinero de los robos era sobretodo para eso.

8.- El trabajo

Pedro comenzó a trabajar hace no más de un año. Durante ese tiempo ha tenidos dos trabajos. En la feria vendiendo fruta. Y robando.

En ambos casos, los trabajos se iniciaron por invitación de alguien. No por propia iniciativa de Pedro. Tampoco por exigencia de su familia. Se presentaron sin que él los buscara. Pedro se encontraba en un lugar donde había otras personas que ya estaban realizando estos trabajos, y vieron que él los podía ayudar, así que lo invitaron.

La actividad de la feria era desde un principio conocida por sus padres. Se inició por una proposición de un caballero que vive cerca de su casa. Cuando este hombre llegó a la villa, Pedro le ayudó a trasladar algunos muebles. Fue después de eso que el caballero le preguntó si quería trabajar con él, vendiendo frutas.

El robo, en cambio, fue siempre una actividad que Pedro mantuvo oculta. Me dice que hoy sus padres nada saben de eso. A mí me parece que los padres sí saben, pero hacen como que no lo supieran. De hecho, hace unos dos meses Pedro estuvo detenido por robo. Quizá, para los padres controlar a Pedro es algo casi imposible, o tal vez el robo les reporta ingresos que son necesarios para la familia.

Cuando Pedro compara estas dos actividades, dice que prefiere robar. "Las dos cosas me gustan, pero más robando, porque así ganai más... A veces sacai tus cosas buenas pa tí...Un reloj, un personal...".

8.1.- La feria

La feria funciona de martes a domingo, de ocho de la mañana a tres de la tarde. El lunes, como en todas las ferias, hay descanso.

Cuando Pedro trabajaba allí, se sentía a gusto. Nadie lo molestaba y se ganaba sus monedas.

Además tenía buenas relaciones con el dueño del puesto de frutas, en el que trabajaba. Fue él quien le puso el sobrenombre de Chuqui. Seguramente, como vivía cerca de su casa, este hombre conocía una buena parte de sus hábitos callejeros.

Al final de cada día, el caballero le pagaba. "De repente cuando estaba malo, me pagaba poco. Como dos quinientos. Y cuando estaba bueno, harta plata. Como cuatro y tanto".

Además de vender, Pedro debía ayudar en el armado y desarmado del puesto. "Tenía que cargar cajones...Cuando los íbamos y cuando los veníamos...Los cajones los guardamos en la camioneta, y después la ganamos ahí la camioneta y los tapamos". Pero esto de vender y cargar, para Pedro no era un trabajo pesado.

En la feria tenía amigos y lo pasaba bien. Había también otros niños que vendían fósforos, pastillas o fletaban. Sobre los fleteros, dice: " Se ganaban en una esquina. Las señoras los tomaban, echaban la ésta arriba, y ahí se iban ". Todos estos eran trabajos muy diferentes al suyo, pues para Pedro, no había grupos de actividades según tipos de trabajo, como podría ser vender y fletar. Vender fósforos era un trabajo tan distinto al suyo como fletar.

En estos días, como Pedro está yendo al colegio, ya no trabaja en la feria durante los días de semana. Aunque a veces, los domingos sí. " El domingo trabajé con el caballero...Es que me mando a llamar...Y ahí me pagó...Ahora me pagó tres quinientos ".

8.2.- Robar

Pedro empezó a robar a los 10 años. La idea se originó cuando estaba conversando con unos amigos en una esquina de la villa y llegaron unos cabros que los invitaron a robar. Durante varios días se juntaron a conversar sobre cuándo lo iban a hacer. Hasta que un día partieron.

Los cabros tenían unos cuchillos guardados. Así que fueron cada uno con un cuchillo. Eran cuatro. El mayor tenía 14 años de edad, y el menor era Pedro.

Durante varios días robaron en un supermercado. " Robábamos buzos...A veces cogoteábamos a los güeones afuera...Les quitábamos las cosas ". Todo esto, durante una semana y media, más o menos. Hasta que se aburrieron, y empezaron a ir a otros lados. Fueron a Las Condes, por ejemplo.

Lo hacían día por medio, yendo cada vez a sitios diferentes.

Iban a lugares donde había harta gente, como en las estaciones de metro. Se iban en micro y llegaban allá como a las tres de la tarde, cuando se juntaba la mayor cantidad de personas.

Antes de abordar a la víctima, se sentaban en distintos lados, pero cerca unos de otros. Ahí se ponían a mirar a la gente, hasta que uno de ellos individualizaba a la persona que iban a cogotear, señalándola con la mano para que los demás niños la vieran.

" Ahí robábamos, cogoteábamos a los cabros y a las viejas...Parábamos a los cabros, y los llevábamos pa otros lados, adonde estaba más piolita, y ahí les quitábamos las cosas...Los cabros con mochila tenían como 13 años... Al que cogoteábamos le decíamos que entregara todo, o sino le íbamos a pegarle ".

" Cuando iba caminando, los atravesábamos así, le colocábamos un cuchillo en el cuello, y uno en la guata...Los cuatro encima de él, porque con dos se nos puede espantar...Le decíamos: camina, camina, ven. Y camina con nosotros ".

“ Había harta gente, pero nosotros lo intimidábamos, si gritai te pegamos. Lo intimidábamos, y él no gritaba ...Después los llevamos pa una plaza y los sentamos...Le robamos las cosas...Después le decíamos: acompáñalos a la micro. Los subíamos a la micro que los servía pacá, los subíamos y el loco se quedaba ahí ”.

Las cosas que obtenían en cada robo incluían relojes, radios personales, mochilas y dinero. Los objetos los guardaban en un patio de la villa, durante unos días, y después los vendían en otros lugares. “ Los vendíamos por ahí, por la gente, pallá ”, dejando claro que era lejos de su casa, pero sin precisar cuáles eran esos lugares.

Después de la venta, el dinero se repartía en partes iguales.

En ocasiones, se juntaban con otros niños que estaban robando en los mismos lugares, haciendo un número de hasta diez niños. Después se separaban en grupos menores a robar, y se repartían entre todos, lo que obtenían.

Cuando Pedro fue por primera vez a robar, tuvo miedo por el hecho de ser la primera vez. Pero cuando lo hubo realizado, dejó de temer, pues ya sabía de qué se trataba. El haber conseguido cosas para él y los demás niños, fue formidable... “ Fue bacán porque le quitai las cosas al cabro...Y te traís las cosas, y no te dice ná po ”.

Pero la verdad es que cada vez que iban a robar, el miedo volvía... “ De repente tengo miedo...Que lleguen los pacos y nos lleven ”. Sin embargo, Pedro recalca la conducta decidida y el carácter que se debe tener en estas acciones. “ Pa robar no vai a ser obediente... Si vai a robar tenís que quitarle las cosas al loco ”.

Por el contrario, no existe ningún miedo por la forma en que pueda reaccionar la víctima del robo... “ No importa...Le pegamos”. Por lo demás, los niños asaltan de preferencia a niños y señoras mayores.

En estos lugares Pedro veía a muchos otros niños trabajando. Pero sólo distinguía a los que estaban robando. Como si robar fuera el único trabajo posible para conseguir dinero en la calle. Y con ellos se juntaba a cogotear. Algunos eran conocidos, que vivían en la misma villa que él.

En el grupo de cabros con los que se juntaba Pedro para robar, no había un jefe o alguien que tomara las decisiones. “ Cada uno inventaba adonde iba”. Y así como repartían las ganancias, durante el día se compraban algo para comer, como queque o pan, por ejemplo, y lo compartían.

No se producían peleas al interior del grupo, ni con otros cabros que andaban robando. Menos aún había disputa por un territorio... “ Cada uno se va pa su lugar ”. Lo que sí ocurría a veces, era que hacían competencias con otros cabros sobre quién robaba más.

Todos los que robaban, tenían a los ojos de Pedro, dos cosas en común: que robaban y que tenían los mismos vicios. Los vicios eran fumar marihuana o falopa. La falopa es como la coca, que se aspira por la nariz.

De hecho, el mismo grupo de Pedro, muchas veces después de robar se juntaba a fumar. El dinero de los robos les permitía costear sus vicios. Los que robaban con Pedro, como eran de la misma villa que él, se juntaban con frecuencia en los alrededores de la población, a fumar, junto con otros niños.

De esta manera, el robo y los vicios, aparecen vinculados. Los mismos que roban están habituados a los vicios, y pueden perseverar en ellos sólo por el dinero que consiguen robando.

Pedro dejó de robar después de que lo llevaron detenido. Debió pasar dos meses recluido en un Centro de Observación y Diagnóstico (COD). Y sólo logró salir con el beneficio de la Libertad Vigilada. En estos días, semanalmente es visitado por carabineros, que vienen a comprobar que su conducta se mantenga dentro de los límites demarcados por la justicia, lo que por supuesto incluye el no robar. Pedro además está asistiendo diariamente al colegio, como parte de las exigencias de la Libertad Vigilada.

Cuando Pedro iba a robar se sentía libre. Podía hacer y decir lo que quisiera. Estaba lejos de la opresión de su familia. Allí conseguía cosas con facilidad sin que nadie le dijera nada. Y con la sola práctica, el miedo del principio iba desapareciendo, pues iba aprendiendo a hacerse respetar ante la víctima del robo. Frente a cualquier reacción del afectado, una amenaza intimidatoria o el simple acercamiento de un cuchillo, bastaban.

Quizá había algo de juego en todo esto. Hasta que aparecía la amenaza del castigo. La posible llegada de carabineros era el único germen del miedo que estaba siempre latente, pues el ser detenido habitualmente implicaba castigos físicos y, en ocasiones, encierros prolongados.

9.- El castigo y el encierro

Hace unos meses Pedro fue detenido, por robo. Lo llevaron a la comisaría y luego lo enviaron a un COD, durante dos meses.

En la comisaría, el trato que Pedro recibía de los carabineros era el mismo trato de un adulto ante un niño de mal comportamiento...“ Cuando nosotros nos portábamos mal, nos pegaban, charchazos...o patás”. Era algo habitual.

Pero lo realmente dramático venía después, en el COD. El encierro. Estar privado de libertad durante meses. Y sobretodo aburrirse sin remedio. “ Estar allá era fome, porque estai encerrado. No hacíai ná”.

“ Estábamos en pabellones...Yo estaba en el C... Todos los que estaban en el C, estaban por robo...Los que estaban por protección, ahí en el D...Los del C eran malos ”.

“ Nunca los sacaban al patio...Íbamos a almorzar, a reposar...Después íbamos a tomar leche...Después salíamos en un patio terrible de...como una...como una jaula, porque estaba todo cerrado así. Igual que una casa, pero sin ventanas ”.

Los cuidaban unos tíos, que eran “ unos viejos grandes”... “ Ellos eran buenos y malos, porque cuando nos portábamos mal los pegaban”. “ Nos pegaban cuando peleábamos...Y también los castigaban por otros cabros que se fugaban por las rejas...Los viejos tenían de esas pistolas con postones”. Los tíos eran para Pedro, como los carabineros. Adultos que le pegaban cuando se portaba mal.

Algunos niños se arrancaban. Hacían tira las rejas, cuando no estaban los viejos. También había rescates. Venían niños de otras partes a rescatar a algún cabro que estaba encerrado. Grupos de niños que venían con pistolas y les pegaban a los tíos. “ Eran los mismos cabros que estaban encerrados que les decían a los otros que los fueran a buscar ”.

Después de más de dos meses de encierro, Pedro fue llevado al juzgado, donde le permitieron salir con Libertad Vigilada.

En estos días, desde que salió del COD, han venido a verlo dos veces. “ Un paco y una paca vienen a verme cómo me estoy portando...Vienen cuando estoy en el colegio...Me dice mi mami...Me dejan un papelito así, como una carta...Ahí lo leo...Si me porto mal, me van a buscar con carabineros y padentro ”.

De esta manera, después de los meses de encierro, la amenaza latente de un nuevo encierro restringen la libertad actual de Pedro. Se siente impedido de frecuentar los espacios más alejados de su casa, donde antes se reunía con sus amigos, sin el control familiar. Así, el temor a volver a un encierro de meses, hacen cambiar sus hábitos y formas de ocupación de la calle.

VII.- Guión Argumental y video acerca de la sobrevivencia en la calle

Este guión está basado en la Historia de Vida de Pedro, expuesta en el capítulo anterior. Se han modificado, eso sí, algunos aspectos de ella, incorporando vivencias de otros niños, con el objeto de exponer diversos conflictos que los menores deben resolver cotidianamente.

El personaje principal de la historia es Manuel. Es un niño que trabaja vendiendo loza en la feria, que es forzado por sus padres a colaborar económicamente con los ingresos familiares. Un día, después del trabajo, es invitado por unos amigos a fumar, por lo que gasta todo el dinero ganado.

Ya casi de noche vuelve a su casa. Pero al ver a su padre que lo espera en la calle dispuesto a golpearlo, siente miedo y se escapa. Vaga por la ciudad, buscando un sitio para dormir. Sin la ayuda de nadie resuelve los problemas de comida y abrigo, se oculta de la vigilancia policial y se defiende de la agresión de extraños. Más tarde, ya avanzada la noche, duerme durante algunas horas en un sitio eriazo.

Al día siguiente, se encuentra con un amigo que le propone ir a robar, para obtener rápidamente el dinero que necesita para volver a su casa, a lo que Manuel accede. Entre tres asaltan a un escolar a la salida de una estación del Metro, vendiendo después las cosas robadas y distribuyendo entre ellos el dinero obtenido.

Finalmente, Manuel vuelve a su casa. Su padre, furioso lo recibe en la puerta dispuesto a castigarlo. Pero antes que ello ocurra, Manuel le entrega el dinero conseguido, calmando su furia y dejando los acontecimientos de los últimos días en el olvido.

Ésta es la historia, a partir de la cual se elaboró un guión argumental sobre las estrategias de sobrevivencia de un niño callejero.

Para construir este guión, primeramente se discretizó la historia en escenas independientes, ocurridas en diferentes espacios o momentos. Los acontecimientos de la feria, por ejemplo, se dividieron en tres escenas. La primera, que da cuenta de lo que ocurre a la manecida, cuando se están instalando los puestos. La segunda, cuando al mediodía la feria está en su apogeo. Y la última, con la desarmadura de los puestos y la partida de los ferianos. Se identificaron además los diferentes personajes de la narración, y su participación en cada escena.

Luego se construyó el texto. Para ello se realizaron tres encuentros con niños callejeros. El primero fue con dos niños payasos y un tarjetero, en un centro cultural ubicado en las cercanías de donde ellos estaban trabajando. Después, con un cartonero, al lado de su casa. Y el último encuentro fue con siete niños fleteros de feria, en el patio de una bomba de incendios, ubicada al lado de la feria en la que hacen sus fletes.

En cada encuentro se les contaba a los niños la historia. Y luego, escena por escena, se les pedía que fueran inventando un texto para cada personaje. Cuando eran varios niños, cada uno hacía el papel de uno de los personajes. Y se hacían varias pruebas, cambiando los papeles de cada niño. Finalmente, a partir de los textos reunidos en estos tres encuentros, se estructuró el guión definitivo, que se presenta en las próximas páginas.

A.- LA POBLACIÓN

1.- Sitio eriazo. Exterior, atardecer.

Planos generales sucesivos de calles y lugares característicos de la población, en fundidos encadenados, hasta llegar a calle aledaña al sitio eriazo, y luego paneo hacia el sitio. Se divisan tres niños jugando a la payaya.

Los niños definen quién parte (con las piedras, como se hace habitualmente en la payaya) y luego comienza el juego.

Manuel (*jugando*) : La del uno, la del dos, la del tres...

Niño 1 (*apenas Manuel pierde*): Ah, perdiste. Me toca...(*comienza a jugar*)
La del uno, la del dos, la del tres, la del cuatro...

Niño 2 : Me toca...La del uno, la del dos, la del tres, la del cuatro...(*toma una piedra que se le cae al suelo, tratando de hacer trampa*)

Manuel: Te le cayó una, tramposo...Me toca, me toca...La del tres, la del cuatro, la del cinco...Perdí.

Niño 1 (*antes de seguir jugando*) : ¿ Juguemos mañana a la pelota con los cabros ?

Niño 2: ¿ Cuáles? ¿ Los del Pasaje 5 ? No, con esos no. Son entero de pesados.

Manuel: Juguemos, no más. Total igual les ganamos.

Niño 1: Sí...Juguemos...En la cancha del parque.

Niño 2 (*al Niño 1*): Ya po. Te toca.

Niño 1 (*sigue jugando*): La del seis, pincel...

Manuel (*lanzándole una piedra al Niño 1*): Vos ibai en la del cinco.

Niño 1: Ya, no seai choro...(*Y parte ahora de cinco*)...La del cinco, la del sei pincel, la del siete jinete, la del ocho pinocho. Perdí.

(*) Video adjunto, con la actuación de los niños de la Villa El Remanso, de la Comuna de La Pintana.

Manuel: ¡ Mira, un ratón!

Manuel señala con la mano en una dirección.

Niño 2: ¿ Adonde ?

Manuel: ¡ Mira ! ¡ Allá está, allá está !

Los tres niños se paran y van hasta el lugar donde se esconde el ratón. Se paran frente a unos escombros, debajo de los cuáles se supone que anda el ratón...Permanecen en silencio, con una piedra en la mano levantada, prontos a lanzarla. Mueven papeles y tarros, por si el ratón sale. De pronto Manuel reacciona

Manuel (*grita y lanza con fuerza su piedra*): ¡ Ahí anda !

Niño 1: ¡ Acá está! (*tirándole una piedra al ratón*) ¡ Es un medio guarén!
¡ Pillémoslo, pillémoslo!

Manuel: Sí. ¡ Persigámoslo, pa hacer un asado !

Niño 1 (*a Manuel*): Es igualito a tí.

Manuel: ¡ Cállate ahuevonado! . No dejís que se escape.

Los tres niños lo empiezan a buscar. Luego de unos segundos de búsqueda, uno de ellos comenta:

Niño 2: Parece que se arrancó.

Manuel: Sí se fue. ¿ Viste, por tu culpa ? (*al Niño 1*).

Niño 2: Tenía una media cola.

Manuel: Ya, volvamos.

Niño 1: Vamos a jugar, mejor.

Los tres niños se sientan de nuevo en la tierra y se disponen a seguir jugando. Manuel retoma su turno. Comienza desde cinco.

Manuel: ¿ En cuál iba?..En la del cinco...La del cinco, la del sei pincel...

En ese momento, se escucha la voz de Luisa, su hermana.

Luisa (*Hermana 1 de Manuel, gritando en off*) : ¡ Manuel! ¡A tomar once !

Manuel levanta la cabeza, pero luego sigue jugando. Cuando llega a diez, se escucha de nuevo la voz de Luisa.

Luisa (*En primerísimo primer plano, gritando*): ¡ Manuel !

Manuel : Me tengo que ir.

Manuel parte corriendo.

B.- CASA DE MANUEL

2.- Entrada Casa de Manuel. Exterior, atardecer.

Luisa entra desde la calle al pequeño patio de la casa. Manuel, detrás de ella, saluda a un amigo. En una esquina inmediata a la casa, Manuel intercambia unas pocas palabras con él .

Amigo 1: Ya empezó el campeonato.

Manuel: ¿ Es en la cancha del 15 ?

Amigo 1: No...En el 32...¡ Anda el sábado !

Manuel lo saluda con la mano y entra a la casa.

3.- Comedor. Interior, noche.

Manuel llega a sentarse a la pequeña mesa, donde ya se encuentran sentados tomando once, sus tres hermanos, su papá y su mamá. La televisión está encendida a un costado. El papá la mira mientras toma la once.

Papá (*a Manuel*): Y vos, ¿ dónde andabai?

Manuel: En el sitio..Con el Lalo y el Rafa.

Papá (*a Manuel*): Te he dicho que no vayai pallá.

Manuel se queda callado.

Mamá: Y a la hora que venís llegando...Ya, tomá la leche mejor.

Todos continúan tomando la once callados. El papá sigue mirando la tele. Luisa pateo a Pato(hermano de Manuel) por debajo de la mesa.

Pato: Ya po Luisa, déjate.

Pato lanza una miga de pan a la taza de Luisa.

Luisa: Oye, ¿ qué te pasa ? Mami, ¡ díle!

Mamá (*a Luisa*): ¡ Quédate tranquila, cabrita !

Luisa saca con asco el pan de su tasa.

(Silencio)

Pato (*hermano de Manuel*): Don Nano, de la panadería dijo que ya no nos iba a fiar más pan.

Mamá: ¿ Cuándo dijo eso ?

Pato: En la mañana.

Papá: ¡ Chis!, ahora hay que comprar.

Mamá (*al papá*) : Y vos, ¿ cuándo vay a entrar a trabajar ?

Papá: No sé...Tienen que darme pega.

Mamá: Y ahora ¿ de donde vamos a sacar plata pal pan ? ¿ Qué hacemos?... Oye, soy entero de flojo (*al papá*)...Trabajan tus hijos antes que tú...¿ Cómo querís que comamos si no trabajai ?

Papá: ¿ Me vay a pegarme ahora ?

Mamá: Si no trabajai, ¿ cómo vamos a alimentar a los niños ? Tengo que comprarle pañales a la guagua. ¿ Por qué no te conseguís plata con tu hermano ?

Papá: No...Es muy choro ese gallo...Yo no me meto con él... Y vos, ¿ por qué no le pedís a la Rosa ?

Mamá: No, si ya me dijo que no los prestaba más después de lo que pasó la otra vez.

Papá: Justo ahora se le ocurre enojarse con nosotros a esa vieja...Y eso que tiene negocio...Ya, me voy a verme el partido mejor (*se para de la mesa, y se va a sentar frente al televisor*)

La mamá y los niños siguen sentados en la mesa.

Mamá (*a Manuel*): Oye Manuel, mañana te tiene que irte bien en la feria.

Manuel: Sí, mamá.

Mamá: Con lo que trajiste el sábado, no los alcanza.

Manuel: No, si mañana los va a ir mejor.

Pato se levanta y desaparece de cuadro.

Luisa: Aquí es como si nadie trabajara.

Papá (*desde un lado*): Uds. puro que juegan y hacen puros gastos no más.

Hermana 1 (*de Manuel*): ¿ Pásame la margarina, mami ?

La mamá le pasa la margarina.

Luisa: Me voy a tomarme otra taza. (*se para*)

Pato entra en cuadro.

Pato: Manuel, te buscan afuera.

Manuel: ¿ Quién es ?

Pato: No sé.

Manuel se levanta y va a ver quién es. Los demás se quedan allí. En un momento, vuelve.

Manuel (*a Pato*): Tai chistosito.

Pato se ríe y sale arrancando. Manuel corre detrás de él. Ambos desaparecen de cuadro.

4.- **Dormitorio. Interior, noche.**

Pequeña pieza con dos camas pegadas entre sí. Manuel y Pato juegan a la lotería en una de las camas. Cada niño con dos cartones.

Pato (*canta los números*): Cuarenta y cinco, la bolita número trece, veintidós...Y seguimos, buscando la lota.

Pato revuelve el tarro de los número que no han salido. Y continúa.

Pato (*acelerando el ritmo*): Dos, treintitrés, veintiocho.

Manuel (*interrumpiendo*): Vay muy rápido...No veís que no alcanzo a poner los números...

Pato (*continúa*): Oye, ¿ si no tengo toda la noche ?...¿ En cuál te quedaste ?

Manuel: El treintitrés.

Pato (*más lento*): Treintitrés, ventiocho, cuatro, cuarentitrés...

Manuel (*fuerte*): Lota.

Pato: ¿ A ver ? (*revisa los cartones de Manuel*)...No, ese no lo dije.

Manuel: ¿ Cuál ?

Pato: El doce.

Manuel: Sí, sí lo dijiste.

Pato: ¡ Soy un tramposo, hueón !

Manuel (*tirándole una ficha en la cara a Pato*): ¿ Cómo que hueón! Vos po.

Pato se tira sobre Manuel y se ponen a luchar.

Manuel (*tomándolo del cuello*): ¡ Qué querís culiao!

Pato: Te voy a sacarte todos los dedos.

Siguen luchando. Hasta que finalmente Manuel domina a Pato y lo apreta. Pato grita.

Manuel: ¿ Qué estabai diciendo?

Pato: Nada, nada, nada...

Manuel: Ya, sigamos jugando mejor. (*y suelta a Pato*).

Los dos niños se sientan de nuevo en la cama.

Manuel: Yo canto ahora..Pasa la caja.

Pato le entrega la caja.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS SOCIALES
BIBLIOTECA
I. Carrera Pinto 1045
Fino: 6 7 8 7 7 3 7

5.- Dormitorio. Interior, amaneciendo.

Pato y Manuel duermen en una cama. En la otra, duermen sus dos hermanas. Afuera está aclarando. Un camión pasa. Manuel despierta y se levanta. Va al baño.

6.- Baño. Interior, amaneciendo.

Manuel se lava la cara y se peina con la mano. Hace pipí.

7.- Cocina. Interior, amaneciendo.

Sobre la cocina se calienta agua en la tetera. La mamá en bata lava ropa en el lavaplatos. Manuel aparece. Coge una tasa que hay sobre la mesa, le echa azúcar y café, y se sirve agua caliente de la tetera. Saca un pedazo de pan de una bolsa colgada en la pared y se sienta. Luego de un momento de silencio, se inicia la conversación.

Mamá: ¿ Adónde toca la feria ?

Manuel: En General Arriagada...Me voy en micro.

Mamá: Tenés que llegar temprano, ¿ ah ?

Manuel: Sí, mamá.

Mamá: Y díle al Antonio, que te pase más plata, ne veís que tenemos que pagar la cuenta de la luz?

Manuel: Que trabaje mi papi pa que la pague.

Mamá: Ah, tu papá se pasa el día viendo tele.

Manuel: Pero mi papi...

Mamá: Si tu papá no está ni ahí con Uds.

Momento de silencio.

Mamá: Ahora el Pato va a tener que ir a machetear.

Manuel: ¿ Cuándo ?

Mamá : Ahora, después de la escuela.

Manuel le echa mantequilla al pan. Y toma el último sorbo de leche.

Manuel (*levantándose de la mesa*): Yo me voy mamá.

Mamá: Oye, hoy día tiene que irte bien en la feria... Tenís que volver con plata en la noche. O si no te las vai a tener que ver con tu papá no más.

Manuel: Sí, mamá. Chao.

Manuel se va.

C.- LA FERIA

8.- Calle ancha. Exterior, temprano en la mañana.

Plano General de la feria. Los diferentes puestos se instalan. Manuel traslada cajas de platos y vasos desde una camioneta. Don Antonio, el dueño del puesto, se las va entregando desde la camioneta.

Don Antonio (*pasándole una caja de platos*): Ten cuidado Manuel, aquí hay loza delicada.

Manuel: Sí, Don Antonio.

Manuel va arrumbando las cajas unas sobre otras.

Don Antonio: ¡ Ponlas separadas las cajas! Acuérdate que los vasos quedan a este otro lado.

Don Antonio instala los fierros y los tableros del puesto. Manuel comienza a sacar los vasos de las cajas y los va limpiando.

Don Antonio: Los largos no pueden quedar muy afuera...El otro día una vieja me pasó a llevar tres vasos largos que estaban demasiado afuera.

Manuel: Yo no deajo que los tomen.

Don Antonio: Pon los vasos bien ordenados.

Don Antonio comienza a sacar los platos de las cajas. Mientras tanto Manuel entona una canción.

Manuel (*moviendo la cabeza, hacia un perro que pasa*) : Mire. El primer cliente.

Don Antonio ordena las cajas vacías y las arrumba en la parte trasera del puesto.

9.- **Calle ancha. Exterior, mediodía.**

Feria muy concurrida. En uno de sus extremos, niños y jóvenes fleteros ofrecen sus servicios. En cada puesto, los ferianos vocean sus productos. Los clientes, en su mayoría mujeres, pasan y compran todo tipo de productos.

La cámara muestra el puesto de pescados, con el vendedor cogiendo y pesando un pescado. En el siguiente plano, una señora se prueba una chomba frente a un vendedor de ropa, quien le hace un gesto de que le queda bien.

En seguida, un primer plano del puesto de Don Antonio y Manuel.

Manuel (*grita a viva voz*): ¡ Vendo loza, caserita ! ¡ Sei por mil los vasos, pa que se luzca con sus invitados !

Una señora (Señora 1) se acerca al puesto de Manuel, y mira las cosas.

Manuel: Sí, casera... Consulte no más, sin compromiso.

La señora mira los vasos.

Señora 1: ¿ A cómo estos vasos ?

Manuel: Los vasos, a sei en mil.

La señora se va sin comprar.

Don Antonio: Ya casera, ya casera, llegaron los platos, casera.

Manuel (*le grita a un vecino*): ¡ Dale care palta ! (*y sonríe*)

Sigue pasando gente frente al puesto.

Manuel: ¡ La loza, la loza, la loza!

Una lola se para a mirar los platos.

Don Antonio: Atiende a la casera, Manuel. Yo voy a comprar una bebida.

Manuel: Diga no más casera.

Lola: Dame cuatro de esos.

Manuel: Al tiro, caserita.

*Manuel envuelve los vasos. La lola le paga. Don Antonio vuelve.
Una señora (Señora 2) toma un plato y lo mira.*

Don Antonio : ¿ Cómo le va, casera?

Señora 2: Bien pu casero, ¿ y a Ud.?

Don Antonio: Bien caserita. ¿ Qué anda buscando?

Señora 2: No me quedan platos casero. ¿ A cómo son estos ?

Don Antonio: Se los deajo a cinco en mil, casera.

La señora piensa por un momento.

Señora 2: Déme diez.

Don Antonio: Muy bien pu caserita....¡ Manuel envuélvele los platos a la señora !

Manuel: Listo, Don Antonio.

Manuel acumula diez platos y se dispone a envolverlos.

10.- Calle ancha. Exterior, tarde.

La feria va quedando desierta de clientes. Algunos vendedores desarman sus puestos. Don Antonio mueve la camioneta para empezar a cargarla. Manuel echa vasos a una caja.

Don Antonio (*desde el auto le grita a Manuel*) : ¡ Ya, Manuel, tráete las cajas que estén listas !

Don Antonio se baja de la camioneta y comienza a desarmar los fierros y los tableros.

Manuel: ¡ Puta que pesan estas gueás !

Manuel lleva una caja hasta el auto. Don Antonio lleva un tablero y lo deja al lado de la camioneta. Manuel le ayuda con los fierros.

Luego de cargar la camioneta, Don Antonio y Manuel conversan al lado del auto.

Don Antonio: Manuel, hoy día los fue mejor que el sábado, así que te voy a darte un poco más.

Don Antonio le pasa cuatro mil pesos.

Manuel: ¿ Me puede dar un poco más Don Antonio ? Es que tengo que llevar más plata a la casa. Mi papá está sin trabajo y hay que pagar unas cuentas.

Don Antonio: Y cuánto más querís que te pase, si ya te pagué tu plata...Toma ahí tenís quinientos pesos más...Ya, chao.

Manuel: Chao, Don Manuel. Gracias.

Manuel se va caminando.

D.- LA POBLACIÓN

11.- Calle angosta. Exterior, tarde.

Manuel camina silbando. Juega con un montón de monedas que lleva en su mano. Patea con fuerza una piedra que hay en el suelo.

Mientras tanto, tres niños conversan en una esquina de la población.

Niño 4: ¿ Vieron el partido del Colo el otro día ?

Niño 5: Sí, taba bueno ah.

Niño 4 (al Niño 5): ¿ Cachaste al Espina, el gol ? Bacán.

Niño 3: Ah, ¿ Y el partido de la Chile ?

Niño 5: Ah, ese partido. ¿ Cachaste el gol ? Con efecto iba la pelota...Y el arquero, entero de malo.

Niño 3: El arquero más matao.

Niño 4: Oye, ¿ vamos mañana a ver el entrenamiento del Colo ?

Niño 5: No, la última vez no los dejaron pasar.

Niño 4: No seai tonto. Vamos, no más. Si nadie los va a cacharlos. Hay que pasarse por las canchas.

Niño 3: Ah, yo conozco a casi todos los jugadores del Colo.

Niño 5: Yo, al puro Rambo no más...Hasta me saqué una foto con él.

Niño 3: Ah, soy cuentero.

Niño 5: La dura.

Niño 4: Cabros, ¿ juntemos tapla pa los topi ?

Niño 5: ¿ Quién tiene un jachí ?

Niño 3: Sí. Compremos esmokin pa que fumemos de los grandes.

El Niño 3 divisa a Manuel que viene caminando.

(grita) Niño 3 : Eh, cabros, allá viene el Manuel. Invitémoslo a fumar. ¡ Manuel!

Manuel escucha el grito y se encamina hacia el grupo.

Niño 3 (a Manuel): ¿ Qué andai haciendo?

Manuel: Nada...Taba en la feria.

Niño 3: ¿ Tenís plata ?

Manuel: Lo que gané en la feria, no más.

Niño 3: ¿ Vamos a fumar ?

Manuel: No puedo. Tengo que darle plata a mi mamá.

Niño 4: Ven. Vamos no más. Si mañana igual vai a trabajar. Igual le podís darle plata.

Manuel: No. Si tengo que llegar a mi casa.

Niño 4: Veís que soy. ¿Y qué te da tu mamá ? ¿ Te deja alguna plata ?

Manuel: Na, po. Se la doy toda a ella.

Niño 4: Viste...Vamos no más.

Manuel se queda un momento en silencio, hasta que se decide.

Manuel: Bueno...Vamos.

Los demás celebran la decisión de Manuel. Los cuatro niños parten caminando y cantando. La cámara los sigue mientras caminan hacia la plaza de los vicios.



La conversación en la cocina



De noche en los videos



El encuentro con el muchacho



Manuel vagando al amanecer



“ Señorita, ¿ me regala un pancito, por favor ? ”



Su padre lo reprende fuertemente

E.- LA PLAZA

12.- Plaza pequeña rodeada de casas. Exterior, atardeciendo.

Plaza vacía y tranquila, en un barrio con muy poco movimiento de gente. Luego de un momento de quietud, se escuchan en off, las voces y risas de un grupo de niños que se acerca.

El grupo entra en campo. Se sientan en el pasto. El Niño 4 y el Niño 5 empiezan a hacer los papelillos.

Niño 4 (al Niño 5): ¿ Cachaste la pelea que hubo anoche ?

Niño 5: ¿Cuál pelea ?

Niño 4: Adonde se pelearon los ñocos con los de atrás...Le pegaron una puñalá al Chispa...¿ No la viste?

Niño 5: No. Yo no sabía ná...Es que llegué muy tarde.

Manuel (fumando): Ah, que está bueno el pito, loco...¿ Quién hace estos pitos, loco?

Niño 3: No sé. La señora de ahí...¡ Más traficante la vieja !

Niño 4: Sí. ¡ Y más sapa también !

Niño 5: Vamos a comprarle al tata, loco. El tata tiene unos pitos así. (con sus manos da a entender que son muy buenos).

Un hombre pasa por la vereda del frente.

Niño 5 (al hombre): ¿ Qué sapeái, ah? Andai puro sapeando, viejo culiao.

Niño 4: ¿ Quién me convida otro ?

Niño 3: Toma...¿ Hácetelo vos po?

Manuel: Ah, ¡ que quedé volao !

Todos están volados.

Niño 3 (también volado): La cagá.

Manuel: Cabros, ¿ saben qué ? ¿ Vamos pa la playa en la volá, así ?

Niño 4: Tai gueón. Vos tenís que irte pa la casa. ¿ Pa qué fumai marihuana ?

Manuel: Pa que crezca así...Van a pegarme a mí después...Voy a llegar entero de volao...O si no, me van a pegarme

Niño 3 (alucinado): ¡ Mira un avión, loco!

Niño 4: No digái gueá...Mira en el canal. Es el diablo.

Niño 3: Ah. Estoy terrible de piteao, loco...Mira, loco, la gueá grande...Tirémoslos del edificio.

Niño 4: Me voy a tirarme de la punta del trampolín pabajo.

Niño 5: Tai rica...¿ Por qué no vamos pallá ?... Ven a fumarte un topi de a luca...Si pus loco. Yo soy choro pus loco. Cuando me siguen las mujeres salgo corriendo. (*Se para, camina, y se cae, como si fuera un borracho*)

Los niños siguen alucinando, cada uno en su volada.

La cámara se va distanciando, hasta que se escuchan sólo murmullos del grupo.

13.- Plaza pequeña rodeada de casas. Exterior, noche.

La Plaza está medianamente alumbrada. Las casas del contorno están prendidas. Los niños siguen sentados en el pasto, pero han dejado de fumar. Permanecen un momento callados. El Niño 4 se pone a cantar.

Niño 4 (*a Manuel*): La media voladita que te fuiste, loco.

Niño 5: Oye, cabros, ¿ Vamos a trabajar allá arriba?

Niño 3: ¿ Adonde? ¿ Arriba al Bondi?

Niño 5: Adonde Don Hugo

Niño 4: Pero Don Hugo paga muy mal.

Niño 3: Es que después po...No veís que no podemos irlos en la volá...El Bondi dura como hasta las nueve...Haguemos tapla.

Manuel: ¡ Cabros, es entero de tarde! Me tengo que ir.

Niño 4: ¿ Quédate otro rato, ahuevonao? Pa qué tan agilao. Pa qué te corrís.

Niño 5: Quédate aquí en la calle. Total, mañana volví a tu casa.

Manuel (*parándose*): No. Me voy. Chao, loco.

Niño 5: Oye. Ná que ver. Si no te van a decirte ná.

Manuel (*alejándose*): Chao.

Manuel se va caminando rápidamente.

F.- CASA DE MANUEL

14.- Entrada Casa de Manuel. Exterior, noche.

El papá de Manuel espera a su hijo en la calle, al lado de la casa. Está fuera de sí. La mamá está asomada en la puerta. Su cara es de preocupación. Los dos miran hacia ambos lados de la calle, por si se divisa a Manuel.

Papá (*con un palo en la mano, indignado le dice a su mujer*): Este cabro culiao todavía no llega...Te apuesto que debe estar por allí con sus amigos.(*tira el palo contra el suelo*).

Mamá: Deja, si va a llegar ya...Si tiene que traer la plata.

El papá camina hasta la esquina para ver si viene Manuel.

Papá: ¿ Adonde andará?...Espera a que llegue no más.

El papá se queda parado, mirando.

G.- LA POBLACIÓN

15.- Calle angosta cercana a la casa de Manuel. Exterior, noche.

La calle está casi vacía. Manuel camina rápidamente por el centro de la calle, de regreso a su casa. Repentinamente se detiene, al divisar a lo lejos a su padre .

Manuel (*aterrado*): ¡ Chucha!...Mí papá...Y está con un palo...Me va a pegarme.

Manuel se esconde detrás de un poste.

Manuel: Más encima no tengo ni plata...Si me quedo afuera...No, mucho frío y me llevan preso.

Sigue mirando, desde su escondite. Ve a su padre muy enojado.

Manuel: ¿ Qué hago?...Mi papi me va a pegarme...Me voy a quedarme en la calle, mejor.

Se va caminando rápido por un pasaje perpendicular a la calle por la que venía, dejando atrás su casa y la población.

H.- LA CALLE

16.- Calle concurrida de la ciudad. Exterior, noche.

Manuel camina por la calle. Uno que otro auto pasa por allí. Aún hay gente caminando por la calle. Se detiene frente a una vitrina. Se queda mirando por un momento los artículos del escaparate. Luego sigue su camino. Pasa por un restaurant que tiene mesas en el exterior. Algunas personas se encuentran comiendo allí. Manuel se acerca a una mesa y pide algo.

Manuel: Caballero, ¿ tiene un pancito, un poquito de comida que me dé, por favor ?

Caballero: No. Anda a pedir a otro lado.

No consigue nada. El mozo lo echa. Manuel se aleja caminando.

17.- Calle casi desierta de la ciudad. Exterior, noche.

Ya avanzada la noche, los negocios están cerrados. Ya nadie circula por allí. Manuel camina, buscando algún lugar donde dormir. Siente frío.

Manuel: Es tarde...Tengo que buscar algo pa dormir...No hay nadie...¿ Qué hago?...Si me voy pa la casa me van a darme de correazo...Me duermo no más...¡ Qué voy a estar hueviando !. Si no, me van a pillarme los pacos.

Sigue caminando. Un muchacho callejero viene en sentido contrario. Cuando se cruza con Manuel, lo empuja.

Muchacho: ¡ Oye, vos no soy de aquí !

Manuel: ¿ Qué te pasa, loco?

Muchacho: ¡ Vos, no soy de aquí !

Manuel : ¿ Y qué te pasa si no soy de aquí ?

Muchacho: Te virái no más.

Manuel: ¿ Y si no quiero ?

Muchacho: ¡ Pásame las monedas !

Manuel (*sacando una cuchilla*): ¡ Ah, conchetumadre, no veís que tengo una cuchilla?

El muchacho retrocede.

Muchacho: Apuesto a que soy de la Galva, de los malos. Por eso andai con cuchilla. No te podís defender a mano limpia.

Manuel: Ándate mejor de aquí. Si vos sabís que yo igual no más te la entierro...Ando con toda la mala y no estoy ni ahí con matarte.

El muchacho se va retirando.

Muchacho (*grita, desde lejos*) : ¡ No pasa ná, loco !

Hasta que finalmente el muchacho desaparece.

Manuel sigue caminando. Ve un escondrijo debajo de una escalera. A unos pasos de allí hay un viejo con un perro, calentándose al lado de una fogata. El viejo se acerca a Manuel y lo espanta.

Viejo: ¿ Quién soy vos ?

Manuel se asusta. Permanece callado.

Viejo: Sabís que aquí no te quedís, porque aquí este lado es mío. Y sabís que aquí nadie se queda, porque yo no más mando aquí. Así que ándate a dormirte a otro lado.

Manuel se va. Continúa por la calle hasta que divisa un sitio para dormir, a la entrada de un edificio viejo.

18.- Edificio viejo. Exterior, noche.

Manuel se acerca a la entrada del edificio y mira hacia el interior.

Manuel (*luego de comprobar que no hay nadie*) : Aquí me quedo...No me puede molestar nadie aquí.

Se sienta en las gradas de la entrada. Liego de un momento, busca algo en lo alrededores para abrigarse durante la noche. Encuentra algunos diarios y cartones. Vuelve a la entrada del edificio. Pone un cartón de piso. Luego se sienta y se cubre con el resto de los papeles y cartones. Intenta dormir.

19.- Edificio viejo. Exterior, noche.

Manuel despierta sobresaltado por el ruido de una bocina de una camioneta de carabineros. Ve el reflejo de la luz roja intermitente, que denuncia el paso del vehículo.

Manuel: Ah, los pacos. ¿Qué voy a hacer?...Me quedo aquí no más...Si me pillan, me pillan no más.

*Se esconde bajo los papeles.
Luego de un momento la luz desaparece. Manuel se levanta a verificar que el peligro ya pasó. Se escucha en off un grito lejano que asusta a Manuel.*

Manuel: Le están pegando a ése.

Se retira prontamente a su lugar de resguardo. Luego de un momento, se acuesta de nuevo.

20.- Edificio viejo. Exterior, amaneciendo.

Manuel despierta con el frío propio del amanecer. No hay nadie. Se levanta y comienza a caminar.

21.- Calle casi desierta de la ciudad. Exterior, amaneciendo.

*Las luces del alumbrado público y los locales comerciales aún están encendidas. La cámara sigue a Manuel en su camino por las calles. Uno que otro transeúnte pasa por allí. Los vehículos también son escasos.
La cámara muestra el frontis de una panadería abierta. Manuel se detiene al lado de la entrada y luego entra.*

22.- Panadería. Interior, amaneciendo.

Sólo dos clientes hay en la panadería. Manuel acude directamente a la única vendedora del negocio.

Manuel: Señorita, ¿me regala un pancito, por favor?

Vendedora (a Manuel, mientras atiende a un cliente) : No me vengai a molestar...Estai espantando mis clientes.

Manuel se queda al lado del mesón, mientras la vendedora atiende a otro cliente.

Vendedora (después de atender a los dos clientes y pasándole una marraqueta a Manuel): ¡ Ya, toma, ahí tenís !

Manuel: Muchas gracias, señorita.

Manuel le pega dos mordiscos al pan, con ansiedad. Luego sale del local.

23.- Calle de la ciudad. Exterior, día.

Son como las ocho de la mañana, en una calle cercana al paradero 14 de Vicuña Mackenna. Se ven muchas personas y vehículos en la calle. Dos niños callejeros caminan entre la gente. Conversan sobre el lugar al que van a ir.

Niño 6: ¿ Vamos pallá parriba a ver si conseguimos algo ?

Luchito (Amigo 2 de Manuel): Es que pallá parriba nunca va bien. Mejor pal 14. Pacá andan pocos pacos y podimos arrancar más rápido.

Niño 6 : Pero todavía no han abierto el Schopping.

Luchito: No importa. Vamos, no más...En la tarde vamos a robar al cine...Hoy día hay un menso botín.

Niño 6: El otro día me junté en el cine con unos cabros a vender tapas de bebidas, cuando era la promoción de Fanta.

Luchito: ¿ Qué hicieron ?

Niño 6: Vender po...Pero después los guardias no los dejaron...A mí me agarraron porque decían que andaba puro robando y me tuvieron como dos horas en la guardia.

El niño 6 divisa a Manuel en la vereda del frente.

Niño 6 (a Luchito): ¡ Cácha! Allá anda el Manuel.

Luchito: ¿ Adonde ?

Niño 6 (señalando a Manuel con su brazo extendido) : ¡ Allá !

Luchito ve a Manuel.

Luchito (*gritándole a Manuel*) : ¡ Manuel! ¡ Manuel!

Manuel lo ve y le hace una seña. Luego atraviesa hasta donde está su amigo.

Luchito: ¿ Adonde andabai?

Manuel: Andaba por ahí, en la calle.

Luchito: ¿ En qué parte ?

Manuel: Por ahí , en los árboles.

Luchito: Tenís una cara...No te hai peinao huevón.

Manuel : No...Anoche no fui a mi casa...Es que no tenía plata y mi papi me iba a pegarme.

Luchito: Oye Manuel. ¿ Sabís que nosotros ahí tenemos una picá, y conseguimos plata rapidito así.

Manuel: ¿ Qué cosa es ?

Luchito: Vamos a chorear al metro.

Manuel: ¿Cuál metro ?

Luchito: Al 14.

Manuel se queda callado pensando.

Niño 6: Vamos no más socio.

Luchito: Pa que les llevís plata a tu mamá.

Manuel: Bueno, ya. Vamos.

El grupo se encamina hacia el sitio del robo.

24.- Acceso Estación del metro. Exterior, día.

El grupo se separa. Cada niño se ubica a unos diez metros del otro, formando los tres una especie de triángulo. Todos miran hacia la escalera de acceso del metro, mientras sale la gente. Al cabo de unos minutos de espera, entremedio del gentío se distingue a un escolar de unos 12 años, llevando una mochila y escuchando un personal.

Luchito lo ve primero y le hace disimuladamente una señal a los demás. Los tres se acercan a él y lo intimidan. Luchito y el Niño 6 le ponen un cuchillo por la espalda.

Luchito (*al escolar*): ¡ Ya ven, síguelos!

El niño atemorizado, intenta rehusar la orden.

Niño 6: Cuidado con sapiar, loco. ¿ Querís que te apuñalemos aquí mismo? Si gritai te pegamos.

El escolar se calma, y se deja llevar por los niños. Un poco más allá el escolar se desespera nuevamente.

Escolar: ¡ Suelta, suelta !

Manuel (*tirándolo del cuello de la camisa hacia atrás*): No te movai, no te movai...porque aquí te acuchillamos aquí mismo y te dejamos botao...Si no querís que te pase nada mal, síguelos mejor.

Luchito (*acelerando el paso*): Más rápido.

El niño se tranquiliza. Luego se van por las calles sin que nadie intervenga.

25.- Parque casi desierto. Exterior, día.

Llegan a un parque casi desierto.

Niño 6: Aquí está piolita.

Luchito: Sí. Aquí está bueno. Camina pallá (*al escolar*).

Se van hacia un asiento.

Luchito (*empujando al niño hacia el asiento*): ¡ Ya, siéntate, aquí !

El Niño 6 le quita la mochila y empieza a revisarla.

Luchito: ¡ Ya, sácate el reloj y el personal !

El escolar comienza asacárselos con lentitud.

Manuel: Apúrate huevón...O querís que te acuchillemos aquí cabro culiao.

Luchito se pone a escuchar música. Manuel se queda con el reloj.

Niño 6 (*molesto después de revisar la mochila*): ¡ Puros cuadernos viejos, no más!

Manuel le revisa la ropa, buscando dinero. Encuentra mil pesos. El escolar se para e intenta reaccionar.

Luchito (*empujándolo contra el asiento*): ¡ Quédate ahí, ahuevona !

Escolar: Ya me cogotearon. Ahora déjenme ir.

Luchito: Cállate conchetumadre...Los vamos a ir cuando nosotros queramos.

Luchito revisa lo que consiguieron.

Luchito: Tenemos la mochila, el personal, un reloj...

Manuel: Y una luca.

Luchito: ¡ Bacán!.

Manuel: Así, pa qué voy a seguir trabajando en la feria.

Luchito: ¡ Viste !

El escolar se inquieta nuevamente.

Escolar (*casi llorando*) : ¡ Déjenme !

Niño 6 (*al escolar*): Quédate tranquilo cabro...Vámonos mejor, antes que este huevón los sapée.

Luchito (*a los otros niños*) : Vámonos caminando al paradero con este huevón...Y allá tomamos una micro y lo soltamos.

Manuel: Ya. ¡ Vamos!... ¡ Acompáñalos a la micro! (*al escolar*)

Luchito agarra al escolar por la espalda y lo levanta. El grupo de 3 niños se van caminando, rodeando al escolar, hasta el paradero de micros.

26.- Paradero de micros. Exterior, día.

Mientras el grupo de 3 niños y el escolar esperan en el paradero, llega una señora (Señora 3). Todos permanecen callados. La señora mira al grupo, con cierta sospecha. Pasa un momento de tensa espera. El escolar trata de pedir auxilio en un momento en que la señora no está mirando.

Luchito (*diciéndole al oído*): ¡ Atrévete, porque te enterramos al tiro el cuchillo aquí !

El muchacho se calma. La señora sube a una micro.

Niño 6: ¡ Pórtate bien, huevoncito! Tú sabís que nosotros no andamos con cuentos.

Manuel: La 52 pasa por aquí.

Luchito: ¡ Vos, piolita ! *(le dice al escolar, mientras se acerca un hombre)*

El hombre se queda en el paradero (Hombre 2). Se produce un momento más de tensa espera, hasta que finalmente llega la micro que les sirve.

Niño 6: Ahí viene la 12 Aceituno...Ya vamos...

Luchito *(al escolar)* : No vai a sapear a los pacos...Sapea a los pacos y te vamos a matarte.

La micro se detiene y los tres niños suben, empujando al escolar hacia la vereda. Apenas suben, el hombre acude a auxiliar al niño. La cámara muestra al hombre que escucha al niño, mientras la micro se aleja.

27.- Micro casi vacía. Interior, día.

En la micro, los niños rien celebrando el éxito del robo.

Niño 6 *(a Luchito)*: ¿ Deja ver el reloj ? *(mira el reloj y se lo pone)*

Manuel se pone un audifono del personal en el oído, y va tarareando una canción. En la parte trasera, donde no hay nadie más, luego de un momento planean cómo van a vender las cosas.

Manuel: Ya, yo me quedo con el personal.

Luchito: No, po. Si el personal yo se lo quité

Manuel: No, ya, el personal...pasa.

Manuel y Luchito forcejean un poco, tratando cada uno de llevarse el personal.

Niño 6: No, cabros...Mejor vendámoslo...Son cinco luquitas.

Manuel: Ah, sí, vendámoslo. Con el reloj y la mochila.

Luchito: El reloj vale cuatro lucas.

Manuel: ¡ Muy poco! Esa güeá vale seis lucas.

Niño 6: ¿ Y la mochila ?

Manuel: Unas dos lucas no más. Si está buena.

Luchito: Vendemos las cosas ahora, y en la tarde los juntamos en el sitio.

Niño 6 (a Luchito): ¿ Préstame el personal ?

Luchito le pasa el otro audifono al Niño 6 y se ponen los dos a cantar. Manuel también canta con ellos. La micro se pierde por el fondo de la calle, en dirección a la población.

I.- LA POBLACIÓN

28.- Sitio eriazo. Exterior, anocheciendo.

El grupo de tres niños se encuentra sentado en un extremo del sitio. Luchito cuenta el dinero, mientras los otros miran atentamente. En total hay nueve billetes de a mil y diecisiete monedas de a cien, o sea, diez mil setecientos pesos.

Luchito: Siete, ocho, nueve lucas. Una, dos, tres,...diecisiete gambas... Tres lucas pa tí, tres pa tí, tres pa mí. Cinco gambas pa vos, cinco pa vos y cinco gambas pa mí.

Manuel: Sobran dos gambas.

Niño 6 (a Luchito): Vos me debís gamba, así que yo me quedo con una moneda y el Manuel se queda con la otra.

Luchito: Bueno ya. Toma y toma. *(pasándole una moneda a cada uno)*

Niño 6 : Tengo una luca pa un pito, una luca pa un torneo y una luca pa copete.

Manuel: Yo tengo pa comprarme un paquete de cigarros y tres lucas pa llevarle a mi mamá...Bueno cabros, me tengo que irme.

Luchito: Chao Manuel...Ahí mañana te venimos a buscar pa que vamos a echar otra vuelta allá abajo, acaso los va bien.

Manuel: Ya, chao.

Manuel parte caminando, dejando atrás a los otros dos niños.

29.- Calle angosta. Exterior, noche.

Es ya bastante tarde. Manuel camina contento por el centro de la calle. Va tarareando una canción. Agita las monedas que lleva en su bolsillo. Se queda conversando con un amigo (Amigo 1) en una esquina. Luego sigue caminando, en dirección a su casa.

J.- CASA DE MANUEL

30.- Casa de Manuel. Interior, noche.

Alguien golpea a la puerta una y otra vez. Nadie sale a abrir porque es tarde ya y todos duermen. El papá de Manuel despierta muy molesto.

Papá (*levantándose*): ¡ Ahora vienen a molestar estos hueones...No pueden venir en la mañana. Justo ahora cuando estoy durmiendo.

El papá Manuel sale a abrir.

Papá (*antes de abrir, con voz fuerte*): ¿ Quién es ?

Manuel (*desde fuera*): Soy yo papi.

Papá (*abriendo*): ¿ Quién ?

La figura de Manuel se vislumbra entre sombras. La cara del papá se desfigura de rabia.

Papá (*gritando*): ¿ Adonde andabai ?...Menos mal que se acordaste que tenís casa.

El papá toma a Manuel del pelo y lo empuja hacia adentro de la casa.

Papá: Vos no servís pa ná...No llegai ni con plata ni con ná...Nunca más se te vaya a ocurrir no llegar a la casa...Cabro culiao...Siempre querís hacer lo que tu querái...Pero, no po. Estoy yo aquí. Yo mando, yo mando (*le empieza a pegar cachetadas en la cabeza, lo empuja y lo tira al suelo*)

Manuel (*desde el suelo*): ¡ No, papá ! Si traje plata. No me pegue.

Manuel se mete rápidamente las manos al bolsillo y saca la plata para dársela al papá. El papá se detiene en su intento de golpearlo.

Papá: Ya. A ver...¡ Pasa! ¿ Cuánto trajiste ?

Manuel le pasa la plata.

Papá: Ya... ¡ Ándate a acostarte mejor !

Manuel sube rápidamente la escalera. El papá apaga la luz.

K.- LA POBLACIÓN

31.- Sitio eriazo. Exterior, mañana.

Manuel se encuentra con sus dos amigos, jugando a la payaya, en el sitio eriazo de la población. Manuel lleva un gorro.

Manuel (*jugando*): La del 10, la del 11, caballito de bronce.

Niño 2 (*a Manuel*) : Ganaste... Ahora te falta la del té... La cafetera... Vuelta la cafetera.

Manuel: Vuelta la cafetera. Cafetera vuelta. Gané.

Niño 1: No. No ganaste. Te saltaste una.

Manuel: Soy mentiroso. ¿ A ver, cuál me salté ?

Niño 1: La del ocho.

Manuel: No. No me la salté.

Niño 1: Sí, te la saltaste.

El Niño 1 estira el brazo, le quita el gorro a Manuel y sale corriendo. Manuel sale persiguiéndolo.

Manuel: ¡ Pásame el gorro ! Cuando te pille, te voy a sacarte la chucha.

Fin del Guión

VIII.- Conclusiones

Desde muy pequeño el niño va a la calle a obtener dinero. Casi siempre influido por conocidos o familiares, se incorpora tempranamente al trabajo callejero y desarrolla día a día durante horas alguna actividad que le reporta ingresos. La calle es además un amplio campo de libertad e independencia, donde puede jugar y conversar con sus amigos.

Ya a los nueve o diez años de edad se desplaza solo por la ciudad con un claro conocimiento de los espacios y las distancias. Recorre muchos kilómetros a pie y en micro, llegando a lugares muy distantes de su propia casa. En estos desplazamientos aprende a distinguir sitios y horarios adecuados para desarrollar las diferentes actividades económicas que conoce.

Su propio trabajo lo va adiestrando en el manejo de dinero, y lo va haciendo cada vez más independiente de su familia. Con el tiempo llega a ser muy eficiente en algún trabajo, maximizando sus ganancias diarias. Una parte de ellas habitualmente es aportada al hogar. Otra parte la gasta en comida y otra es destinada a la compra de algunos vicios, como marihuana o pasta base. También acude con frecuencia a los videos.

Desarrolla una actividad principal, y eventualmente otros trabajos de corta duración, que emprende con mayor facilidad cuando está más desligado de adultos que controlen su desempeño en el trabajo principal. Casi siempre basta una oferta tentadora para definir un cambio de actividad. Pero es la expectativa de mejorar los ingresos lo que habitualmente motiva estos cambios. Cuando ella se presenta, el menor busca la mejor alternativa dentro de los trabajos que día a día ve en la calle.

En los sitios en que hay mayor diversidad de actividades económicas, el niño llega a tener clara conciencia de cuáles son las que reportan mayores ingresos, derivando rápidamente hacia ellas. Sin embargo, cuando el niño es más pasivo o más dependiente de su familia, el cambio de trabajo difícilmente ocurre o bien se produce con mayor lentitud.

Muchas veces los cambios son accidentales, pues ocurren sin que el mismo niño los busque, como puede sucederle a un tarjetero que se incorpora al comercio sexual. Otras veces se producen por la influencia de los grupos a los cuales el menor se integra.

Cuando un niño accede a alguno de los trabajos más atractivos desde el punto de vista económico, como son el robo, la venta de drogas o el comercio sexual, difícilmente sale de ellos por decisión propia. Parece ser que los límites de su visión se restringen casi únicamente a esas actividades, pues todo lo demás le parece secundario. Muchos de los menores que desde un principio entran a ellas, nada saben de la existencia de otros trabajos. Ingresos importantes obtenidos en corto tiempo, les hacen pensar que

no hay mejor forma de conseguir dinero. Y aunque esas actividades son más riesgosas, la experiencia les enseña a superar el miedo y a enfrentar los conflictos inherentes a ellas.

Los grupos que se reúnen en torno a los vicios son muy atractivos para los niños, pues están asociados a la diversión. Poseen una fuerte identificación con la vida callejera, lo que es siempre buscado por los menores, ya que estos se sienten antes que nada callejeros. La calle es el espacio en el que más les gusta estar porque allí consiguen la mayor parte de las cosas que necesitan.

Sin embargo, son realmente callejeros los que son autosuficientes, los que no dependen de sus familias, los que ignoran las reglas impuestas por sus padres y los que adoptan las reglas propias de la calle. Quienes logran esto, son admirados y respetados por los demás. Y son sobretodo temidos, porque saben hacerse respetar. Son los que mejor dominan el miedo y pueden sobrevivir en la calle.

Aunque todos los niños aspiran a ser así, los de carácter pasivo deben mantenerse al margen o reunirse en torno a los más fuertes. Es común que los primerizos o los más dependientes se pongan bajo la protección de los más experimentados.

La experiencia se ve principalmente en el momento de abordar los conflictos. La forma de enfrentar a un adversario o las estrategias empleadas para burlar a la policía dan claras señales acerca del nivel de experiencia de un individuo.

La capacidad de liderazgo es uno de los frutos de la experiencia. Los líderes son los que primero toman las decisiones. Los que hacen prevalecer sus puntos de vista, sin jamás atender las opiniones de los primerizos. Son los que no dudan en usar la fuerza o recurrir a un arma, si es necesario.

En la calle se valora sobretodo, la capacidad de conseguir objetivos en situaciones adversas. El éxito de un robo, por ejemplo, da siempre señales de habilidad y valentía muy destacables en los que lo consiguen. La lealtad también es muy valorada en todo ámbito. Como sucede en el narcotráfico, cuando los vendedores son detenidos y saben guardar silencio para proteger la integridad de las redes de comercio de droga.

La confianza, muy asociada a la lealtad, es indispensable para mantener la unidad de cualquier grupo callejero. Sólo los que actúan en bien del grupo, son dignos de confianza. Deben saber oponerse a los adversarios del grupo y solidarizar con los demás integrantes en las situaciones de conflicto.

Los niños se incorporan a estos grupos para protegerse de posibles agresiones y de la amenaza de la policía. Se reúnen con ellos porque viven o trabajan en un mismo sector o porque tienen los mismos vicios. A veces, también hay intereses económicos, pues, en ocasiones, los que trabajan en una misma actividad, distribuyen sus ganancias para minimizar la incertidumbre en la cantidad de dinero obtenida por cada uno.

Estando en estos grupos, el niño puede lograr mayor independencia de su familia y encontrarse con amigos con los cuales compartir diariamente. Allí se siente reconocido y respetado por los demás, así que prefiere estar con ellos en vez de estar en su casa, donde el espacio es pequeño y donde muchas veces prima el castigo.

Es sobretodo su gran sentido del humor y su naturalidad para enfrentar las situaciones adversas, lo que tienen de común estos niños. Con sus pocos años, aprenden a distinguir aquello que va en contra de sus intereses y a sacar provecho de las situaciones ventajosas, en un medio donde las personas y las cosas, aparecen y desaparecen con rapidez.

La calle es donde prefieren estar. Y aunque acuden a ella con la intención de obtener dinero, destinan una buena parte de su tiempo para estar con sus amigos y pasarlo bien. Y por muy riesgosas que sean sus actividades, al final, después de algún momento de peligro o de premura, los niños siempre pasan a alguna esquina a comprarse un dulce.

BIBLIOGRAFIA

- Aylwin, N. y otros. " Entre el Hogar y La Calle". Universidad Católica y UNICEF. 1988.
- Araya, D., Latorre, P. y Correa M. " Me quieren mucho, poquito, nada ". Colectivo Raíces. 1997.
- Elton, Alejandro. " Caminito al cielo ". Un Video Etnográfico. Memoria para optar al Título de Antropólogo Social. Universidad de Chile. 1995.
- Espínola, B. y otros. " Menores Trabajadores de la Calle en Asunción. Un Libro para la Acción" . UNICEF. Asunción, Paraguay. 1987.
- Fellini, F. " Roma ". Aymá S. A. Editora. Barcelona. 1972.
- Fuenzalida, A. Guarda F. y Jiménez M. " Relaciones Vecinales en la Vida Cotidiana de los Pobladores". Escuela de Trabajo Social. Universidad Católica. 1991.
- Gutiérrez, V. y otros. " El Gamín ". UNICEF. Colombia. 1978.
- Lucchini, Riccardo. " Niños callejeros en América Latina : Identidad y Supervivencia ". Université de Fribourg, Suiza. 1988.
- Mansilla, M. E. " Los Petisos. Una Aproximación Analítica y Alternativa al Mundo de los Niños en y de la Calle". UNICEF. Lima, Perú. 1986.
- Martinic, Sergio. " La Familia Marginal Urbana : Estudio Exploratorio ". Tesis para optar al título de Licenciado en Antropología. Universidad de Chile. 1980.
- Munizaga, C. " Vida de un Araucano". Universidad de Chile. 1960.
- Oliveira, O. de. " O Menino, o Trabalho e a Lei. UNICEF, MPAS, SAS, FUNABEM, Río de Janeiro. 1987.
- Ramos, C. " Niños en las Calles. Vida y Trabajo de los Niños en las Calles de Santiago". Hogar de Cristo y UNICEF. 1992.
- Richards, M. C. " La Calle: ¿ Una Atracción o el Único Camino Posible" . Hogar de Cristo y UNICEF. 1996.
- Ruiz-Tagle, A. ¡ Arauco La Bronca !. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1983.

- Taylor, L. " Visualizing Theory ". Selected Essays From Visual Anthropology Review. Routledge. Londres. 1994.
- Torres O., Vaccaro L. Y otros. " Niños de la Calle " Edición del Seminario " Niños de y en la Calle – Alternativas de Atención " UNICEF. 1990.
- Vittachi, T. " Droits de l'enfant, devoirs envers l'enfant " en : Tribune Internationale des droits de l'enfant, Vol. 3, 1986.